

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXI

Nº2

FEBRERO 2008



NUESTRA PORTADA:

Cristo románico de los Desamparados

Capilla de la Asunción o de los Argiz
Santa Iglesia Catedral-Basílica de “San Martín” de Ourense.

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Beati Misericordes

Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXI

Febrero 2008

Nº 2

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

Mensaje del Sr. Obispo para la publicación “Comunidade”, mes de marzo de 2008	199
Saludo del Sr. Obispo para la Semana Santa	202
Actividades del Sr. Obispo	204

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos	209
Archivo Histórico Diocesano	
Memoria del Archivo Histórico Diocesano de Ourense. Año 2007.....	209

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española	
Nota de la CCVII Comisión Permanente de la CEE ante las Elecciones Generales de 2008	223
Nombramiento Episcopal de D. Mario Iceta Gavicagoeascoa como Obispo Auxiliar de Bilbao ...	225

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Ángelus	229
Audiencias Generales.....	233
Cartas.....	247
Discursos.....	252
Homilías	302
Santa Sede	
Secretaría de Estado	
Visita del Cardenal Tarcisio Bertone a Cuba con ocasión del X Aniversario del Viaje de Juan Pablo II.....	313
Iglesia en el Mundo	
Cáritas Internacional	
Ponencia en la Iniciativa Mundial contra la trata de seres humanos en la ONU.....	368

CRÓNICA DIOCESANA

Febrero.....	373
--------------	-----



LA VOZ DEL PRELADO

MENSAJES

Mensaje del Sr. Obispo para la publicación “Comunidad”, mes de marzo de 2008

Después de la Cuaresma que estamos viviendo nos acercamos a la gran Semana Santa en la cual celebraremos el misterio pascual de Nuestro Señor Jesucristo, centro de la vida cristiana. Lo que viviremos en los acontecimientos de cada día de la Semana Santa atañe plenamente a los acontecimientos acaecidos a la persona de Jesús en los últimos días desde su entrada en Jerusalén.

La Semana Santa comienza con la celebración del Domingo de Ramos. El Señor es aclamado triunfalmente en Jerusalén. Nosotros imitaremos este mismo gesto cuando salgamos a las calles de nuestra ciudad o cuando, en los atrios de nuestras iglesias, se bendigan nuestras palmas y ramos y caminemos procesionalmente recordando a Cristo, Mesías y Señor, que va hacia la muerte para la salvación de todos los hombres.

La última celebración antes del Triduo Pascual tendrá lugar en la tarde del Miércoles Santo. En nuestra Catedral celebraremos la Misa Crismal concelebrada por muchos sacerdotes venidos de toda la Diócesis en torno a su Obispo. En esta Misa Crismal se consagra el crisma y se bendicen los óleos que se usarán para la celebración de los sacramentos a lo largo de todo el año.

El Jueves Santo es ese gran pórtico que nos abre al Triduo pascual de la pasión, muerte y resurrección del Señor. En este día celebramos la Institución de la Eucaristía y del Orden sacerdotal. También se nos invita a vivir el amor fraterno a través de la caridad que brota de un corazón lleno de Dios. Las vigili-
lias de oración ante el Santísimo serán momentos de intimidad y permanente oración junto al Señor.

El Viernes Santo es el día de la Pasión del Señor y la Iglesia nos invita a acompañarlo hasta el Monte Calvario en donde exhausto muere por nosotros. Alzaremos nuestros ojos a la cruz y miraremos al Crucificado que ha sido elevado triunfalmente y ante el que nos postramos en silencio agradecido.

Durante el Sábado Santo la Iglesia permanece en silencio meditativo junto al sepulcro del Señor. Cogidos de la mano de María, la Madre Dolorosa, recordamos su dolor y valentía y aguardamos esperanzados el anuncio de Jesús Resucitado en esta noche santa de la Vigilia Pascual. En la noche pascual resonará en todos nuestros templos la exclamación que tanto ansiábamos: ¡Ha resucitado! Será el momento de renovar nuestra fe vacilante al volver a pronunciar las promesas bautismales.

Cantaremos llenos de gozo el “Aleluya”, prolongado intensamente a lo largo de toda la Pascua.

Ojalá que seáis capaces de encontrar tiempos de oración y contemplación en cada una de estas celebraciones de

Semana Santa que se nos avecina.

Con cariño, os bendice vuestro
Obispo

+ Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Ourense

Mensaxe do Sr. Bispo para a publicación “Comunidade”, mes de marzo de 2008

Despois da Coresma que estamos a vivir achegámonos á gran Semana Santa na cal celebraremos o misterio pascual do noso Señor Xesus Cristo, centro da vida cristiá. O que viviremos nos acontecementos de cada día da Semana Santa atinxe plenamente ós acontecementos acaecidos á persoa de Xesús nos derradeiros días dende a súa entrada en Xerusalén.

A Semana Santa comeza coa celebración do Domingo de Ramos. O Señor é aclamado triunfalmente en Xerusalén. Nós imitaremos este mesmo xesto cando saiamos ás rúas da nosa cidade ou cando, nos adros das nosas igrexas, se bendigan as nosas palmas e ramos e camiñemos procesionalmente lembrando a Cristo, Mesías e Señor, que vai cara a morte para a salvación de todos os homes.

A derradeira celebración antes do Triduo Pascual terá lugar na tarde do Mércores Santo. Na nosa Catedral celebraremos a Misa Crismal concele-

brada por moitos sacerdotes vidos de toda a Diocese á redor do seu Bispo. Nesta Misa Crismal conságrase o crisma e bendinse os óleos que se usarán para a celebración dos sacramentos ó longo de todo o ano.

O Xoves Santo é ese gran pórtico que nos abre ó Triduo pascual da paixón, morte e resurrección do Señor. Neste día celebrámo-la Institución da Eucaristía e do Orde sacerdotal. Tamén se nos convida a vivi-lo amor fraterno a través da caridade que agroma dun corazón cheo de Deus. As vixilias de oración ante o Santísimo serán momentos de intimidade e permanente oración xunto ó Señor.

O Venres Santo é o día da Paixón do Señor e a Igrexa convídanos a acompañalo ata o Monte Calvario, onde exhausto, morre por nós. Alzaremos os nosos ollos á cruz e ollaremos ó Crucificado que foi elevado triunfalmente e diante do que nos prostramos en silencio agradecido.

Durante o Sábado Santo a Igrexa permanece en silencio meditativo xunto ó sepulcro do Señor. Collidos da man de María, a Nai Dolorosa, lembrámo-la súa dor e valentía e agardamos esperanzados o anuncio de Xesús Resucitado nesta noite santa da Vixilia Pascual. Na noite pascual resoará en tódolos nosos templos a exclamación que tanto ansiábamos: ¡Resucitou! Será o momento de renovar a nosa fe vacilante ó volver a pronunciar as promesas bautismais. Cantaremos

cheos de gozo o «Aleluia», prolongado intensamente ó longo de toda a Pascua.

Oxalá que sexades capaces de atopar tempos de oración e contemplación en cada unha destas celebracións de Semana Santa que senos aveciña.

Con cariño, bendívo-lo voso Bispo

+ Luís Quinteiro Fiúza
Bispo de Ourense

Saludo del Sr. Obispo para la Semana Santa

Un año más la Liturgia de la Iglesia nos permite vivir en esta Semana Santa los principales misterios de la vida del Señor. Vamos a celebrar, especialmente en el Triduo Pascual, su muerte, su sepultura y su Resurrección. En ellos podremos ver y contemplar el rostro humano de Dios que es Amor.

Se entrega por amor y resucita por amor enseñándonos así, al mismo tiempo, el camino y el término de nuestro recorrido por la vida: vivir amando y recibir la recompensa de este amor resucitando a una vida definitiva para ser vivida en la plenitud eterna del amor de Dios.

Muchos de nuestros hermanos, en un ambiente de relativismo exacerbado y en medio de una cultura sin trascendencia, no encuentran verdadero sentido y fundamento a sus vidas. Y es que, como nos recuerda el Papa Benedicto XVI: “Un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza. Esa gran esperanza que no se apaga en las noches de soledad”.

Volver a revivir la muerte por amor y la resurrección de Jesucristo es volver a encontrar las auténticas razones que nos permiten recuperar el gozo y la definiti-

va esperanza sabiendo que nuestro destino es la Salvación de todo aquello que nos oprime y oscurece nuestro futuro, porque el Señor lo venció primero.

No se nos ocultan los peligros y sufrimientos reales de nuestro tiempo, pero es más grande nuestra confianza en el poder salvador de Dios que se hace presente, precisamente, en estos misterios que celebramos.

Por eso mi invitación a todas las familias a que encuentren tiempos de oración y contemplación en estas celebraciones de Semana Santa. Verán así florecer de nuevo en su seno relaciones nuevas que puedan llenar el corazón de jóvenes y mayores en esa ansia última de ser felices y experimentarán también eso que nos dice el Papa en su encíclica *Salvados en la Esperanza*: “El hombre es redimido por el Amor”. El Amor supremo que se nos ofrece en estos misterios, especialmente en esta Semana Santa. ¡Felices Pascuas!

Con mi bendición

+ Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Saúdo do Sr. Bispo para a Semana Santa

Un ano máis a Liturxia da Igrexa permítenos vivir nesta Semana Santa os principais misterios da vida do Señor. Imos celebrar, especialmente no Triduo Pascual, a súa morte, a súa sepultura e a súa Resurrección. Neles poderemos ver e contempla-lo rostro humano de Deus que é Amor.

Entrégase por amor e resucita por amor, ensinándonos así, ó mesmo tempo, o camiño e o termo do noso percorrido pola vida: vivir amando e recibirla recompensa deste amor resucitando a unha vida definitiva para ser vivida na plenitude eterna do amor de Deus.

Moitos dos nosos irmáns, nun ambiente de relativismo exacerbado e en medio dunha cultura sen transcendencia, non atopan verdadeiro sentido e fundamento ás súas vidas. E é que, como nos lembra o Papa, Benedicto XVI: “Un mundo sen Deus é un mundo sen esperanza. Esa gran esperanza que non se apaga nas noites de soidade”.

Volver revivi-la morte por amor e a resurrección de Xesus Cristo é volver a atopa-las auténticas razóns que nos

permiten recupera-lo gozo e a definitiva esperanza sabendo que o noso destino é a Salvación de todo aquilo que nos oprime e escurece o noso futuro, porque o Señor venceuno primeiro.

Non se nos ocultan os perigos e sufrimentos reais do noso tempo, pero é máis grande a nosa confianza no poder salvador de Deus que se fai presente, precisamente, nestes misterios que celebramos.

Por iso a miña invitación a tódalas familias a que atopen tempos de oración e contemplación nestas celebracións de Semana Santa. Verán así florecer de novo no seu seo relacións novas que poidan enche-lo corazón de mozos e maiores nesa ansia última de ser felices e experimentarán tamén iso que nos di o Papa na súa encíclica *Salvados na Esperanza*: «O home é redimido polo Amor». O Amor supremo que senos ofrece nestes misterios, especialmente nesta Semana Santa. ¡Felices Pascuas!

Coa miña bendición

+ Luís Quinteiro Fiúza
Bispo de Ourense

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

ENERO

- Día 25: Encuentro con los sacerdotes jóvenes.
Concelebración Eucarística de Exequias por el E. D. del Rvdo. Manuel Pérez Barreiro en Vilamartín de Valdeorras.
- Día 26: Asiste a la Sesión Pública Extraordinaria en el Monasterio de Santa María la Real de Oseira para la recepción del Académico de Número electo Ilmo. Sr. D. Acisclo Manzano Freire.
- Día 27: Santa Visita Pastoral a las Parroquias de San Andrés de Rante y San Ildefonso en San Ciprián de Viñas en el Arciprestazgo de Ourense Sur.
- Día 28: Preside la Celebración Eucarística en la fiesta de Santo Tomás de Aquino en el Seminario Mayor.
- Día 31: Preside la Celebración Eucarística en la S. I. Catedral con motivo de la fiesta de los religiosos que celebran a su Patrona adelantada a este día.

FEBRERO

- Día 2: Preside la Celebración Eucarística en la S. I. Catedral con motivo de la fiesta de Nuestra Señora de la Candelaria.
- Día 6: Preside la Celebración Eucarística de la Imposición de la ceniza en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.
- Días 8 y 10: Santa Visita Pastoral a la Parroquia de San Pío X en el Arciprestazgo de Ourense Sur.
- Día 9: Asiste a la Ordenación Episcopal del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Alfonso Carrasco Rouco como nuevo Obispo de Lugo.
- Día 12: Reunión del Consejo Episcopal.
- Días 15-16-17: Santa Visita Pastoral a la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro en el Arciprestazgo de Ourense Sur.
- Día 18: Preside la Celebración Eucarística en la S. I. Catedral a los miembros del Liceo que recuerdan a sus socios difuntos de este último año.

Día 21: Asiste al Acto de Homenaje, in memoriam, del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Eugenio Romero Pose, en la Facultad de Teología de San Dámaso de Madrid.

Día 22: Encuentro con los sacerdotes jóvenes.

Asiste a la Conferencia de Clausura de la Semana de la Familia “Familias depredadoras, familias creadoras” pronunciada por D. Xosé Manuel Domínguez Prieto en el Ateneo de Ourense.



IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha **1 de febrero de 2008**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quintero Fiuza, ha tenido a bien realizar el nombramiento del **Rvdo. D. Arturo Pérez Fernández** como Administrador parroquial de San Mamede de Estevesiños.

Con fecha **13 de febrero de 2008**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quintero Fiuza, ha tenido a bien realizar los nombramientos del **Rvdo. D. Manuel Pérez Vences** como Administrador parroquial de Santa María de Piuca y del **Rvdo. D. Enrique Bande Rodríguez** como Capellán de las Misioneras del Divino Maestro de Montealegre.

ARCHIVO HISTÓRICO DIOCESANO

MEMORIA DEL ARCHIVO HISTORICO DIOCESANO DE OURENSE AÑO 2007

El paso de los días, siempre tan veloz, hace que casi imperceptiblemente tengamos que redactar una nueva memoria del Archivo, que es sobre todo momento para hacer balance de lo que hacemos y al tiempo evaluarnos a nosotros mismos.

La Memoria es ante todo dar cuenta al Sr. Obispo y a la Diócesis de nuestra actividad que se engloba dentro de las actividades y responsabilidades de la Curia Diocesana, y por tanto una actividad pastoral de la Iglesia, así sentimos que es ante todo nuestro trabajo, cotidiano, perseverante, como depósito de la memoria de la Iglesia, y como

servicio fraterno de la misma a los que por el archivo se acercan.

En segundo lugar queremos dar cuenta a la Sociedad de este servicio, callado, sin muchos reconocimientos económicos y hasta afectuosos. A las instancias públicas a las que servimos como leales ciudadanos a cambio de poco o nada. A los que de alguna manera nos ayudan para que vean lo que responsablemente hacemos.

Memoria de datos objetivos que hasta a nosotros nos sorprenden, sobre todo porque con escasísimos medios personales llegamos a mucho.

Así pues memoria y gratitud, memoria y responsabilidad unidas son estas páginas que deseamos sirvan a quien las lea para que también sienta el Archivo Histórico Diocesano como algo propio.

Instalaciones y mobiliario

Se ha seguido con rigor realizando las copias de seguridad que permiten la conservación de los ficheros de documentación catalogada, con la debida actualización de los antivirus.

Se renovó un ordenador con nuevo monitor y todos los aparatos necesarios para su mayor rendimiento informático.

Reglamento y servicios del Archivo

El archivo se rige por el reglamento de la Asociación de Archiveros de la Iglesia en España y adopta en la solitud de documentos para su consulta la normativa del Archivo Secreto Vaticano.

Está abierto a todos los investigadores presentando el DNI u otro documento acreditativo de su identidad.

La entrada es libre y gratuita.

-Consulta directa de los fondos en sala.

-Consulta indirecta de fondos (por correo postal, o electrónico, y teléfono)

-Información sobre los fondos y

orientación sobre buscas

-Realización de visitas guiadas a estudiantes y profesionales

-Biblioteca auxiliar para la investigación,

-Expedición de informes técnicos y compulsas y certificaciones

-El Archivo ofrece a los investigadores servicio de fotocopiadora (cuando los documentos lo permiten) y de scanner y fotografía digital)

Catalogación

Se ha seguido informatizando fondos documentales de las siguientes series: Contabilidad Diocesana, Administración, Patrimonio Histórico-Artístico, Libertades, Expedientes matrimoniales 2005. Protocolos Notariales, Judicial, Expediente de obras y Fondos Parroquiales ingresados en el año. Inventarios.

En total se ha llegado a 57.265 fichas informatizadas y 8396 las cajas con documentación.

Ingresos de documentación año 2007

(Por orden alfabético de Parroquias o Lugares)

BELEDA, San Vicente: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos, Defunciones)

AGUIS, San Martiño: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Matrimonios, Defunciones)

ALBERGUERÍA, Santa María: Documentación Parroquial

AMIUDAL, Santiago : Proyecto reforma de casa en ruinas para centro social multiusos.

ARAUXO, San Paio: Documentación Parroquial

ARCOS, Santa María: Documentación Parroquial

ARMARIZ, San Salvador: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos, Defunciones)

ARMENTAL, San Salvador: Documentación Parroquial

BOAZO, Santa María: Duplicados de Partidas Sacramentales, años 2006 (Difuntos)

BOIMORTO, Santa Eulalia: Documentación Parroquial

BOUSÉS, Santa Baia: Tratamiento de conservación-restauración realizado a la imagen de la Virgen del Buen Suceso

CALVOS DE RANDÍN, Santiago: Documentación Parroquial

CAMEIXA, San Martiño - Capilla de San Bartolomé da Freixa; Proyecto: Rehabilitación de la Capilla de San Bartolomé da Freixa

CAMPO, San Miguel: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones, Confirmados)

CANEDO, San Miguel: Documentación Parroquial

CARTELLE, Santa María: Documentación Parroquial

CASTEALOUS, San Martiño: Documentación Parroquial

CASTELAUS, San Martiño: Documentos varios

CELA, Santa María: Documentación Parroquial

CORNEDA Santiago: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Defunciones)

Proyecto de recuperación del muro de cierre de la rectoral. Proyecto de restauración y conservación. Retablo del ECCE HOMO

CORTEGADA, Santa María: Memoria: Restauración de la cubierta de la Iglesia.

COUSO DE SALAS - FEAS - GOLPELLAS - CALVOS DE RANDIN: Documentación Parroquial

CRISTOSENDE, San Salvador: Duplicados de Partidas Sacramentales, años 2006 (Difuntos)

FEÁS, San Miguel: Documentación Parroquial

FLARIZ: Anexo al proyecto básico y de ejecución de ampliación del cementerio. Proyecto técnico de legalización de ampliación de cementerio

FLOR DO REI, Santa María: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos)

FONCUBERTA, Santa María: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos, Defunciones)

GOLPELLÁS, San Xoán: Documentación Parroquial

GRAÍCES, San Vicente: Documentación Parroquial

GUNTÍN, Santa María: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Defunciones)

LAMAS, San Martiño: Documentación Parroquial

LAROÁ, San Pedro: Documentación Parroquial

LOBÁS, San Vicente: Documentación Parroquial

LONGOS, Santa Baia: Documentación Parroquial

LUMEARES, San Salvador: Documentación Parroquial

MARRUBIO, San Andrés: Presupuesto de restauración retablo de la Iglesia.

MONTEDERRAMO, San Cosme: Presupuesto de restauración retablo de la Iglesia

MONTOEDO, Santa Mariña: Duplicados de Partidas Sacramentales, años 2006 (Difuntos). Bautismo (2002, 2005)

MOREIRAS, San Martiño: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Defunciones)

MOREIRAS, Santa Marta: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos, Defunciones)

MOURA, San Xoán: Documentación Parroquial

NAVALLO, San Vicente: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Confirmados)

OÍMBRA, Santa María: Memoria carpintería Iglesia de Oimbra (puerta principal de Iglesia)

OLÁS, Santa María: Documentación Parroquial

ORILLE, San Pedro: Memoria de restauración del retablo de la Iglesia

OURENSE: Documentación de Cursillos de Cristiandad

OURENSE: Documentación de Manos Unidas

OURENSE: Fichas visita pastoral de D. Ángel Temiño Saiz. (2ª y 3ª Santa Visita Pastoral, años 1958-1968)

OURENSE - CALDAS, Santiago: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones)

OURENSE - CENTRO, Santa Eufemia: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones, Confirmados)

OURENSE - MARÍA AUXILIADORA: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones, Confirmados)

PARADA DO SIL, Santa Cristina: Documentación Parroquial

PARADA DO SIL, Santa Mariña: Documentación Parroquial

PAZÓ, San Martiño: Documentación Parroquial

PENTES - CAPILLA DE SAN PEDRO DE EROSA: Proyecto básico y de ejecución de rehabilitación de Ermita.

PEROXA, San Xés: Documentación Parroquial

PEXEIROS, Santa María: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Defunciones)

POBOEIROS, San Xoan: Duplicados de Partidas Sacramentales, años 2006

PRADO DE MIÑO, Santa María: Documentación Parroquial

PREXIGUEIRÓ, San Salvador: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos, Defunciones, Confirmados)

RIBAS DO SIL, San Estebo – MONASTERIO: Proyecto básico y de ejecución. Actuaciones de restauración en la Iglesia del Monasterio de San Esteban de Ribas del Sil

RIOS, Santa María: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos)

RUBIÁS DOS MIXTOS, Santiago - Couto Mixto: Proyecto: Restauración de pinturas de la sacristía de la Iglesia de Santiago de Rubiás dos Mixtos

SAN CLODIO, Santa María – MONASTERIO: Proyecto: Básico y de ejecución de reparación de la tribuna de la nave lateral del sur de la Iglesia del monasterio de San Clodio, Leiro (Ourense)

SAS DO MONTE, San Pedro: Presupuesto de restauración, retablo de la Iglesia

SEIRÓ, San Salvador: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos)

SEOANE DE ALLARIZ, San Xoán: Documentación Parroquial

SEOANE VELLO, San Xoan: Duplicados de Partidas Sacramentales, años 1983 - 2005 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones)

SERANTES, Santo Tomé: Documentación Parroquial

SOUTO, San Cristobo: Documentación Parroquial

TABOADELA, San Miguel: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones)

TORÁN Santa María: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos, Defunciones)

TOUZA, San Xurxo: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos, Defunciones, Confirmados)

VERÍN - IGLESIA DE LA MERCED: Proyecto de substitución de cableado y focos en la Iglesia de la Merced, Verín.

VIDE DO MIÑO, San Salvador: Documentación Parroquial

VIDE, San Xoan: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones)

VILA, Santa María: Documentación Parroquial

VILADERBÓS, Santa María: Presupuesto de restauración del retablo mayor

VILAR DAS TRES, A Purísima: Presupuesto de restauración de la Virgen Inmaculada.

VILARRUBÍN, San Martiño: Documentación Parroquial

VILELA, Santa María: Proyecto: Restauración de fresco de la Capilla de Vilela - Maside (Ourense)

VIÑA, San Román: Documentación Parroquial

XUNQUEIRA DE AMBIA, San María la Real: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2005 (Bautismos, Matrimonios, Defunciones)

XUNQUEIRA DE AMBIA, Santa María la Real: Documentación Parroquial

XUNQUEIRA DE ESPADAÑEDO, Santa María – MONASTERIO: Proyecto: Básico y de ejecución de intervención en el Monasterio de Xunqueira de Espadañedo. 3ª fase.

Particularmente significamos nuestros reconocimientos a los Rvdos Señores que este año han hecho llegar documentación al Archivo:

D. Adolfo Requejo Rodríguez

D. Urbano Requejo

D. Manuel Rodríguez Fernández

D. Emilio José Gil Fernández

D. Isaac Pereiro Pereiro

D. José Manuel Fernández Rúas

D. Eustaquio Barbosa Fernández

D. Amador Vázquez Pérez

D. Orlando Sánchez Nóvoa

D. José Manuel Armesto Santiso

D. Eligio Mojón Rodicio

D. José Ángel Feijoo Mirón

D. José Rodríguez Feijoo

D. Jorge Juan Pérez Gallego

D. Miguel Ángel González García

D. Angel Manuel Perez Cobelas

D. Eladio Gómez Barrio

D. Rogelio Rodríguez Nóvoa

D. José Sánchez Justo

D. Cesareo Lourido

D. Félix Alvarez Rodríguez

D. Luis Cortizo

D. José Rodríguez Martínez

Delegación de Manos Unidas - CARITAS

D. Luis Pérez González

D. Fernando Domínguez Ordoñez

D. Delmiro Armada Díaz

D. José Rodríguez Martínez

D. Delmiro Armada Díaz

D. Castor Iglesias Alvarez

Biblioteca

La Biblioteca se ha incrementado con cincuenta nuevos títulos en su mayor parte obras de historia local, revistas y trabajos de investigadores que según la reglamentación del Archivo se comprometen a entregar una copia de sus trabajos

Así mismo ha habido nuevos incrementos en la Biblioteca de Geografía donada por la Doctora Pilar Torres Luna, catedrática de la Universidad de Santiago,

Investigadores

Recordamos que es documentación reservada la que no tiene más de 75 años. Por lo cual el año 2007 se pudo consultar hasta 1932.

Se abrió ficha a 103 investigadores que han acudido al Archivo por primera vez.

Siendo un total de 899 los investigadores atendidos durante el año.

Además de sacerdotes y otras personas que hacen consultas puntuales que no se asientan como investigadores.

Enero.....	78
Febrero	70
Marzo.....	87
Abril.....	87
Mayo.....	102
Junio	64
Julio.....	129
Agosto	Vacaciones
Septiembre	95
Octubre.....	97
Noviembre	56
Diciembre	34

Por correspondencia convencional y por correo electrónico 708 consultas.

Además se han atendido de la Secretaría Xeral de Emigración 8 solicitudes de partidas de emigrantes directamente. La mayor parte de las consultas por correo son de emigrantes buscando datos de sus antepasados para fines

de nacionalización. Así mismo se han atendido 18 solicitudes pedidas por la Unión de Sociedades Gallegas del Uruguay y de la Oficina de Ayuda al Emigrante retornado de la Diputación Provincial de Ourense.

Además hay que añadir las consultas telefónicas que se atienden todos los días.

Publicaciones realizadas con documentación consultada en este archivo

Algunos, aunque su fecha de edición es anterior, aparecieron realmente el año 2007 por lo que figuran en este listado.

AA.VV. Antonio Fraguas Fraguas 1905 - 1999. Un home que traballou sempre por e pra Galicia. Ofrenda no seu Centenario. Museo do Pobo Galego. Santiago2006

CARNICERO MÉNDEZ AGUIRRE, Justo Manuel; Fuentes para el estudio del mundo librario en la Diócesis de Ourense durante el Siglo XVI. Estudios Mindonienses - Nº 23, Año 2007. Mondoñedo-Ferrol 2007

GARCÍA CORTÉS, Carlos; Abadologio de la Real e Insigne Colegiata de Santa María del Campo (La Coruña, 1852-2005).Estudios Mindonienses - Nº 22, Año 2006.Mondoñedo-Ferrol, 2006

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel; “De otro tiempo...1772” Co-

tilleos clericales asturcienses. =El Pensamiento Astorgano - Diciembre 2007. Astorga, 2007

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel, Arturo Vázquez Núñez. Silencio y memoria en los cien años de su muerte - Retazos de historia. Auria - Año XI - Octubre, Nº 126, Ourense, 2007

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel, Iglesias de "refugio y sagrado" en Ourense - Retazos de historia Auria - Año XI - Agosto, Nº 124, Ourense 2007

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel, La custodia procesional del Corpus, la solemnidad del Corpus Christi y otras obras de orfebrería eucarística de la catedral de Ourense. PORTA DA AIRA Nº 11 Ourense, 2006

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel, Retazos de Historia. Devoción y gresca en el Monterrei de 1714. Auria - Año X - Febrero, Nº 118, Ourense, 2006

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel, Retazos de Historia. ¿qué hacer con los monasterios? Estado de tres abadías cistercienses hacia 1850, Auria - Año XI - Abril, Nº 120, Ourense 2007

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel, San Rosendo de Mondoñedo y Celanova. Notas y catálogo de una iconografía viva. Estudios Mindonienses - Nº 23, Mondoñedo-Ferrol 2007

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel, Santo Domingo de Ourense (Parroquia de Santa Eufemia la real del Norte). Historia y Arte. Cuadernos Porta da Aira 9. Ourense, 2007

HERNÁNDEZ FIGUEIREDO, José Ramón, Establecimiento e devir das Escolas Pías no Mosteiro de San Salvador. Docencia e ensino en Celanova (1868-1929) Estudios Mindonienses - Nº 23, Año 2007. Mondoñedo-Ferrol, 2007

HERNÁNDEZ FIGUEIREDO, José Ramón, Las Hijas de la Caridad en Ourense. Beneficencia y enseñanza (siglos XIX y XX). Deputación Provincial de Ourense. Ourense, 2007

HERNÁNDEZ FIGUEIREDO, José Ramón, Nuestra Señora de las Maravillas. Santuario de las Tierras de Celanova. Ourense, 2007

OSUNA REY, Juan Manuel, Los Franceses en Galicia. Historia militar de la guerra de independencia en Galicia (1809) Fundación Pedro Barrié de la Maza. La Coruña, 2006

RODRIGUEZ PEREZ, José Ricardo, O Entorno familiar do Beato Juan Jacobo Fernández (1808-2008). Natural de Moire freguesía de Sta. Ma de Carballeda, Concello de Piñor (Ourense). Estudios de Genealogía, Heráldica y Nobiliaria de Galicia. Boletín Nº 6. Pontevedra, 2007

Personal y becarios

Director: M.I.Sr. D. Miguel Ángel González García

Auxiliares (merced a un convenio de colaboración con la Diputación Provincial, que permite la atención del archivo y un horario constante. Por lo que el Archivo y la Diócesis reiteran su reconocimiento y gratitud al Ilmo. Sr. Presidente de la Diputación, D. José Luis Baltar Pumar, que de modo muy personal siempre ha atendido las peticiones que le hemos presentado)

D. Francisco Javier Sierra Gómez.

D. Emilio Formoso Montero

Economía

Los gastos de mantenimiento corren a cargo de la administración Diocesana.

Un convenio con la Secretaría Xeral de Emigración de la Xunta de Galicia firmado el 4 de abril de 2007, con el Archivo, que facilitó fichas de duplicados de partidas con valor de información sobre emigrantes, aportó la Cantidad de 6000 € que se han invertido en el las mejoras de mobiliario citadas

Diversas actividades

-El Director del Archivo participó en el Congreso Rudesindus celebrado en Mondoñedo-santo Tirso y Celanova como ponente.

-El Archivo ha participado en la Edición y presentación de las Actas del III Congreso Internacional del Císter.

-Han hecho visitas organizadas al Archivo Alumnos de cursos de Archivos y Bibliotecas, también diversos colegios.

-Se ha donado una colección de publicaciones a la Biblioteca de la Diputación Provincial de Pontevedra y al Museo del Pobo Estradense, así como a otras instancias y particulares que los han solicitado

-Colabora siendo sede circunstancial con la Asociación de Belenistas de Ourense y con el Grupo Francisco de Moure.

-Por los profesores Manuel Rey Olleiros y Carlos Núñez Deza se ha recopilado todos los pergaminos con notación musical medieval del archivo y se han digitalizado para su catalogación.

Diversarum Rerum

Importante complemento a la Actividad del Archivo ha sido la publicación con el Archivo Capitular del nº 2 de la Revista *Diversarum Rerum*, subvencionada por Caixa Galicia. Ha cumplido con su propósito de dar cabida a trabajos de investigación realizada en ambos archivos y principalmente por jóvenes investigadores.

Se presentó el nº 2 el 28 de noviembre de 2007 en Caixa Galicia y ha

tenido una acogida muy satisfactoria. Se distribuye gratuitamente a los que la solicitan.

El índice del segundo número que ha más que duplicado sus páginas número ha sido el siguiente:

APUNTE SOBRE LA PREDICACIÓN EN LA CATEDRAL DE OURENSE A MEDIADOS DEL SIGLO XIX Y OTRAS NOTICIAS DE SERMONES / Miguel Ángel González García

ESPACIOS Y MIRADAS PARA LAS RELIQUIAS EN EL CONTEXTO DE LA ESPAÑA CONTRARREFORMISTA: DE LO PRIVADO A LO PÚBLICO / Manuel Arias Martínez

LOS CONTINENTES DE LO SAGRADO. RELICARIOS Y ORFEBRERÍA EN EL MUNDO MEDIEVAL / M^a Luisa Martín Ansón

JUEGO DE LETRAS EN EL ARCHIVO DE LA CATEDRAL DE OURENSE: ABC DIVERSO DEL SIGLO XVI / Alejandro Delgado Arce

LA SECCIÓN DE MÚSICA DEL ARCHIVO DE LA CATEDRAL DE CÚRENSE Y EL HALLAZGO DE UN NUEVO CANTORAL / María Belén Pumar Diéguez

NOTICIAS SOBRE CINCO CONVENTOS ORENSANOS Y

DOS LUCENSES SUPRIMIDOS (1835-1836) / Ernesto Zaragoza Pascual

UN FORO DA ENCOMENDA DE PAZOS DE ARENTEIRO / César Gómez Buxán

LA RECONSTRUCCIÓN DEL CONVENTO DE SANTO DOMINGO DE RIBADAVIA (1852-54), Y SU UTILIZACIÓN TRAS LA DESAMORTIZACIÓN / José Ramón Estévez Pérez

LAS VISITAS PASTORALES DEL ARCEDIANATO DE RIBADAVIA EN EL SIGLO XVI / Ernesto Iglesias Almeida

APUNTAMIENTOS PARA LA VISITA DE LA PARROQUIAL DE SANTA EUFEMIA A FINES DEL SIGLO XVI / José Manuel Uruburu Ventura

O BEATO JUAN JACOBO FERNÁNDEZ, NATURAL DE MOIRE / Xosé Ricardo Rodríguez Pérez

ALGUNAS BIOGRAFÍAS CISTERCIENSES DE GALICIA / Fray M^a Damián Yáñez Neira

MONASTERIOS, CAMINOS DE PEREGRINACIÓN E INFRAESTRUCTURA VIARIA EN EL NORTE DE ZAMORA / Rafael González Rodríguez

UN TESTIMONIO DEL DE-
TERIORO DE LA CAPILLA DE LA
CONCEPCIÓN DE LA CATEDRAL
DE OURENSE EN EL AÑO 1723 /
Miguel Ángel González García

CAPELAS DOS ARREDORES DA
CIDADE DE OURENSE / Fernando
González Suárez

ALGUNOS APUNTES BIOGRÁ-
FICOS SOBRE LA FIGURA DEL
DEÁN TOMÁS PORTABALES
BLANCO / José Ramón Hernández
Figueiredo

PARROQUIA DE SAN ESTEBAN
DE TRASESTRADA Y SUS POSE-
SIONES / Odilo Gómez Parente

Los índices completos de los dos nú-
meros están en el servicio DIALNET
de la Universidad de La Rioja y en la
página web de la Biblioteca de la Di-
putación de Pontevedra.

Dirección y horarios

El Archivo Histórico Diocesano está
ubicado en el Seminario Mayor, en el
pabellón derecho.

✉ Vista Hermosa.
Carretera del Seminario s/n.
32002 OURENSE

La correspondencia puede tam-
bién dirigirse al apartado 142. 32080
OURENSE

☎ 988 36 63 35

✉ [archivohistorico@obispado-
deourense.com](mailto:archivohistorico@obispado-deourense.com)

Las noticias e informaciones del Ar-
chivo pueden también consultarse en
la página web del obispado.

www.obispadodeourense.com

Horario

De lunes a viernes de 9 a 13.

Vacaciones:

Mes de agosto

Semana Santa desde el jueves santo
al lunes de Pascua, ambos inclusive.

Navidad del 24 de diciembre al 2 de
enero.

Las fiestas nacionales, locales , de la
Diócesis y del Seminario (11 y 12 de
noviembre y 28 de enero).

Miguel Ángel González García
Director del Archivo Histórico Dio-
cesano



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Nota de la CCVII Comisión Permanente de la CEE ante las Elecciones Generales de 2008

1. Los españoles hemos sido convocados a las urnas para el próximo 9 de marzo. Como en otras ocasiones semejantes, los Obispos ofrecemos a los católicos y a todos los que deseen escucharnos algunas consideraciones que estimulen el ejercicio responsable del voto. Hablamos como pastores de la Iglesia que tienen la obligación y el derecho de *orientar el discernimiento moral* que es necesario hacer cuando se toman decisiones que han de contribuir al pleno reconocimiento de los derechos fundamentales de todos y a la promoción del bien común.

2. Con tal finalidad pensamos que es éste un momento apropiado para leer y meditar de nuevo la Instrucción Pastoral aprobada el 23 de noviembre de 2006 por la Asamblea Plenaria de nuestra Conferencia Episcopal bajo el título de "*Orientaciones morales ante la situación actual de España*". Recordamos algunas ideas fundamentales de esta Instrucción, que han de ser comprendidas, por tanto, en el conjunto de aquel relevante texto.

3. Respetamos a quienes ven las cosas de otra manera. Sólo pedimos libertad y respeto para *proponer libremente*

nuestra manera de ver las cosas, sin que nadie se sienta amenazado ni nuestra intervención sea interpretada como una ofensa o como un peligro para la libertad de los demás. Deseamos colaborar sinceramente en el enriquecimiento espiritual de nuestra sociedad, en la consolidación de la auténtica tolerancia y de la convivencia en el mutuo respeto, la libertad y la justicia, como fundamento imprescindible de la paz verdadera (n. 81).

4. Si bien es verdad que los católicos pueden apoyar partidos diferentes y militar en ellos, también es cierto que no todos los programas son igualmente compatibles con la fe y las exigencias de la vida cristiana, ni son tampoco igualmente cercanos y proporcionados a *los objetivos y valores que los cristianos deben promover* en la vida pública (n. 50).

5. Los católicos y los ciudadanos que quieran actuar responsablemente, antes de apoyar con su voto una u otra propuesta, han de valorar las distintas ofertas políticas, teniendo en cuenta el aprecio que cada partido, cada programa y cada dirigente otorga a la dimensión moral de la vida. *La calidad y exigencia moral de los ciudadanos en el*

ejercicio de su voto es el mejor medio para mantener el vigor y la autenticidad de las instituciones democráticas (n. 56). No se debe confundir la condición de aconfesionalidad o laicidad del Estado con la desvinculación moral y la exención de obligaciones morales objetivas. Al decir esto, no pretendemos que los gobernantes se sometan a los criterios de la moral católica. Pero sí que se atengan al denominador común de la moral fundada en la recta razón y en la experiencia histórica de cada pueblo (n. 55).

6. “Es preciso afrontar - señala el Papa - con determinación y claridad de propósitos, el peligro de opciones políticas y legislativas que contradicen valores fundamentales y principios antropológicos y éticos arraigados en la naturaleza del ser humano, en particular con respecto a *la defensa de la vida humana* en todas sus etapas, desde la concepción hasta la muerte natural, y a *la promoción de la familia fundada en el matrimonio*, evitando introducir en el ordenamiento público otras formas de unión que contribuirían a desestabilizarla, oscureciendo su carácter peculiar y su insustituible función social” (n. 56). La legislación debe proteger al matrimonio, empezando por reconocerlo en su ser propio y específico (n. 41).

7. No es justo tratar de construir artificialmente una sociedad sin referencias religiosas, exclusivamente terrena, sin culto a Dios ni aspiración ninguna a la vida eterna (n. 13). En ese sentido parece que apuntan, entre otras cosas,

las dificultades crecientes para incorporar el estudio libre de la religión católica en los currículos de la escuela pública, así como el programa de la nueva asignatura, de carácter obligatorio, denominada “Educación para la ciudadanía” (n.18), que lesiona el derecho de los padres - y de la escuela en colaboración con ellos - a formar a sus hijos de acuerdo con sus convicciones religiosas y morales. *Es necesario promover un gran pacto de Estado sobre la base de la libertad de enseñanza y la educación de calidad para todos.*

8. *El terrorismo* es una práctica intrínsecamente perversa, del todo incompatible con una visión moral de la vida justa y razonable. No sólo vulnera gravemente el derecho a la vida y a la libertad, sino que es muestra de la más dura intolerancia y totalitarismo (n. 65). Una sociedad que quiera ser libre y justa no puede reconocer explícita ni implícitamente a una organización terrorista como representante político de ningún sector de la población, ni puede tenerla como interlocutor político (n. 68).

9. La Iglesia reconoce, en principio, la legitimidad de las posiciones nacionalistas que, sin recurrir a la violencia, por métodos democráticos, pretendan modificar la configuración política de la unidad de España (n. 73). Al mismo tiempo, enseña que, también en este caso, es necesario *tutelar el bien común de una sociedad pluricentenario* y - en palabras de Juan Pablo II a los obispos italianos - “superar decididamente las

tendencias corporativas y los peligros del separatismo con una actitud honrada de amor al bien de la propia nación y con comportamientos de solidaridad renovada” por parte de todos. Hay que evitar los riesgos de manipulación de la verdad histórica y de la opinión pública en favor de pretensiones particularistas o reivindicaciones ideológicas (n. 74).

10. En este momento de la sociedad española, algunas situaciones concretas deben ser tenidas muy particularmente en cuenta. Nos parece que *los inmigrantes* necesitan especialmente atención y ayuda. Y, junto a los inmigrantes, los que no tienen trabajo, los que están solos, las jóvenes que pueden caer en las redes de la prostitución, *las mujeres* humilladas y amenazadas por la violencia doméstica, *los niños*, objeto de explotaciones y

de abusos, y quienes no tienen casa ni familia donde acogerse. Hay que trabajar también para *superar las injustas distancias y diferencias* entre las personas y las comunidades autónomas, tratando de resolver los problemas más acuciantes, como son el trabajo, la vivienda accesible, o el disfrute equitativo de la naturaleza, compartiendo dones tan indispensables para la vida como el agua y cuidando con esmero *el patrimonio común de la creación* (n. 80). En el orden internacional, es necesario atender a la justa colaboración al desarrollo integral de los pueblos.

Que el Señor ilumine y fortalezca a todos para actuar en conciencia y conforme a las exigencias de la convivencia en justicia y libertad.

30 de enero de 2008

NOMBRAMIENTO EPISCOPAL

El sacerdote Mario Iceta Gavicagoeascoa ha sido nombrado Obispo Auxiliar de Bilbao

La Santa Sede ha hecho público que el Papa Benedicto XVI ha aceptado la renuncia presentada por Mons. D. Carmelo Echenagusía Uribe, conforme a los cánones 411 y 401 (párrafo 1) del Código de Derecho Canónico. El Santo Padre ha nombrado Obispo Auxiliar de la Diócesis de Bilbao a D. Mario Iceta Gavicagoeascoa, en la actualidad Vicario General de la diócesis de Córdoba, asignándole la sede titular de Álava.

D. Mario Iceta Gavicagoeascoa nació en Gernika (Vizcaya), diócesis de Bilbao, el 21 de marzo de 1965. Cursó sus estudios de Teología, primero en la Universidad de Navarra y posteriormente en el Seminario diocesano de Córdoba. El

16 de julio de 1994 fue ordenado sacerdote en la Catedral de Córdoba, diócesis donde se incardinó.

Especialista en Bioética

Es Doctor en Medicina y Cirugía por la Universidad de Navarra (1995), con una tesis doctoral sobre Bioética y Ética Médica. Es, así mismo, Doctor en Teología por el Pontificio Instituto Juan Pablo II para el estudio sobre el Matrimonio y Familia de Roma (2002) con una Tesis sobre Moral fundamental. Es también Master en Economía por la Fundación Universidad Empresa de Madrid y la Universidad Nacional de Educación a Distancia de Madrid (2004) y miembro correspondiente de la Real Academia de Córdoba en su sección de Ciencias morales, políticas y sociales desde 1994. Fundador de la Sociedad Andaluza de Investigación Bioética (Córdoba, 1993) y de la revista especializada bioética y Ciencias de la Salud (1993).

En la diócesis de Córdoba ha desempeñado diversos cargos pastorales como párroco, Vicario Episcopal y Canónigo penitenciario. En el campo docente ha sido profesor de Religión en Educación secundaria (1994-1997); Profesor de Teología de los Sacramentos, Liturgia y Canto Litúrgico en el Seminario Diocesano de Córdoba (1994-1997); profesor asociado de Teología Moral fundamental y Bioética en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (2004-2006); profesor de Moral fundamental y de Moral de la Persona y Bioética en el mismo Seminario, así como en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de la Diócesis desde 2002 hasta la actualidad.

Actualmente desempeña el cargo de Vicario general de la diócesis y Moderador de la Curia (2007) y Capellán de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados de Córdoba, así como Canónigo arcediano-ecónomo de la Santa Iglesia Catedral (2007). En razón de su cargo como canónigo arcediano, es Patrono por el grupo fundacional, Miembro del Consejo de Administración y presidente de la Comisión de Inversiones de CajaSur desde julio de 2005.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSALSANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

*Domingo 3 de febrero de 2008**Queridos hermanos y hermanas:*

Hoy quisiera encomendar a vuestra oración algunas intenciones. En primer lugar, recordando que ayer, fiesta litúrgica de la Presentación del Señor, celebramos la Jornada de la vida consagrada, os invito a rezar por aquellos a quienes Cristo llama a seguirlo más de cerca con una consagración especial. A estos hermanos y hermanas nuestros, que se dedican totalmente al servicio de Dios y de la Iglesia con los votos de pobreza, castidad y obediencia, va nuestra gratitud. La Virgen santísima obtenga muchas y santas vocaciones a la vida consagrada, que constituye una riqueza inestimable para la Iglesia y para el mundo.

Otra intención de oración nos la ofrece la Jornada por la vida, que se celebra hoy en Italia, y tiene como tema "Servir a la vida". Saludo y doy las gracias a cuantos se han dado cita aquí, en la plaza de San Pedro, para testimoniar su compromiso en la defensa y promoción de la vida y para reafirmar que "la civilización de un pueblo se mide según su capacidad de servir a la vida" (*Mensaje de la*

Conferencia episcopal italiana para la XXX Jornada nacional por la vida).

Cada uno, según sus posibilidades, su profesionalidad y su competencia, debe sentirse siempre impulsado a amar y servir a la vida, desde su inicio hasta su ocaso natural.

En efecto, es compromiso de todos acoger la vida humana como don que se debe respetar, tutelar y promover, mucho más cuando es frágil y necesita atención y cuidados, sea antes del nacimiento, sea en su fase terminal. Me uno a los obispos italianos para alentar a cuantos, con esfuerzo pero con alegría, sin estridencia y con gran entrega, atienden a familiares ancianos o discapacitados, y a quienes dedican regularmente parte de su tiempo para ayudar a personas de todas las edades, cuya vida está probada por numerosas y diversas formas de pobreza.

Oremos también para que la Cuaresma, que comenzará el miércoles próximo con el rito de imposición de la ceniza -que celebraré como todos los años en la basílica de Santa Sabina, en el Aventino-, sea un tiempo de auténtica conversión para todos los cristianos, llamados a un

testimonio cada vez más auténtico y valiente de su fe.

Encomendemos estas intenciones de oración a la Virgen. Desde ayer hasta todo el día 11 de febrero, memoria de Nuestra Señora de Lourdes y 150° aniversario de las apariciones, se puede recibir la indulgencia plenaria, aplicable a los difuntos, con las acostumbradas condiciones -confesión, comunión y oración por las intenciones del Papa- y recogiéndose en oración ante una imagen bendita de la Virgen de Lourdes expuesta a la veneración pública. Los ancianos y los enfermos pueden lucrarla mediante el deseo del corazón.

Que María, Madre y Estrella de la esperanza, ilumine nuestros pasos y nos haga discípulos cada vez más fieles de Jesucristo.

Plaza de San Pedro, I Domingo de Cuaresma, 10 de febrero de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

El miércoles pasado, con el ayuno y el rito de imposición de la ceniza, hemos entrado en la Cuaresma. Pero, ¿qué significa “entrar en la Cuaresma”? Significa iniciar un tiempo de particular empeño en el combate espiritual que nos opone al mal presente en el mundo, en cada uno de nosotros y en

torno a nosotros. Quiere decir mirar el mal cara a cara y disponerse a luchar contra sus efectos, sobre todo contra sus causas, hasta la causa última, que es Satanás. Significa no descargar el problema del mal en los demás, en la sociedad o en Dios, sino reconocer las propias responsabilidades y afrontarlo conscientemente. A este propósito, resuena con mucha urgencia, para nosotros cristianos, la invitación de Jesús a que cada uno tome su “cruz” y lo siga con humildad y confianza (cf. *Mt 16, 24*). La “cruz”, por pesada que sea, no es sinónimo de desventura, de desgracia que hay que evitar lo más posible, sino de oportunidad para seguir a Jesús y así adquirir fuerza en la lucha contra el pecado y el mal. Por tanto, entrar en la Cuaresma significa renovar la decisión personal y comunitaria de afrontar el mal junto con Cristo. En efecto, el camino de la cruz es el único que conduce a la victoria del amor sobre el odio, del compartir con los demás sobre el egoísmo, de la paz sobre la violencia. Vista así, la Cuaresma es en verdad una ocasión de fuerte empeño ascético y espiritual, fundado en la gracia de Cristo.

Este año, el inicio de la Cuaresma coincide providencialmente con el 150° aniversario de las apariciones de Lourdes. Cuatro años después de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción por parte del beato Pío IX, María se apareció por primera vez el 11 de febrero de 1858 a santa Bernardita Soubirous en la

gruta de Massabielle. Siguiéron luego otras apariciones, acompañadas de acontecimientos extraordinarios, y al final la Virgen santísima se despidió revelando a la joven vidente, en el dialecto local: “Yo soy la Inmaculada Concepción”. El mensaje que la Virgen sigue difundiendo en Lourdes recuerda las palabras que Jesús pronunció precisamente al inicio de su misión pública, y que volvemos a escuchar muchas veces durante estos días de Cuaresma: “Convertíos y creed en el Evangelio”, rezad y haced penitencia. Acojamos la invitación de María, que hace eco a la de Cristo, y pidámosle que nos obtenga “entrar” con fe en la Cuaresma, para vivir con alegría interior y empeño generoso este tiempo de gracia.

A la Virgen le encomendamos también a los enfermos y a cuantos los asisten amorosamente. En efecto, mañana, memoria de la Virgen de Lourdes, se celebra la Jornada mundial del enfermo. Saludo de todo corazón a los peregrinos que se reunirán en la basílica de San Pedro, guiados por el cardenal Lozano Barragán, presidente del Consejo pontificio para la pastoral de la salud. Lamentablemente, no podré encontrarme con ellos, porque esta tarde iniciaré los ejercicios espirituales, pero en el silencio y en el recogimiento oraré por ellos y por todas las necesidades de la Iglesia y del mundo. A cuantos quieran recordarme ante el Señor, les expreso desde ahora mi sincera gratitud.

Plaza de San Pedro, Segundo domingo de Cuaresma, 17 de febrero de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer se concluyeron aquí, en el palacio apostólico, los ejercicios espirituales durante los cuales, como todos los años, se unieron en la oración y en la meditación el Papa y sus colaboradores de la Curia romana. Doy las gracias a cuantos nos han acompañado espiritualmente: el Señor los recompense por su generosidad.

Hoy, segundo domingo de Cuaresma, prosiguiendo el camino penitencial, la liturgia, después de habernos presentado el domingo pasado el evangelio de las tentaciones de Jesús en el desierto, nos invita a reflexionar sobre el acontecimiento extraordinario de la Transfiguración en el monte. Considerados juntos, ambos episodios anticipan el misterio pascual: la lucha de Jesús con el tentador preludia el gran duelo final de la Pasión, mientras la luz de su cuerpo transfigurado anticipa la gloria de la Resurrección. Por una parte, vemos a Jesús plenamente hombre, que comparte con nosotros incluso la tentación; por otra, lo contemplamos como Hijo de Dios, que diviniza nuestra humanidad. De este modo, podríamos decir que estos dos domingos son como dos pilares sobre los que se apoya todo el edificio de la Cuaresma hasta la Pascua, más aún, toda la estructura de la vida cristiana, que consiste esencialmente en el dinamismo pascual: de la muerte a la vida.

El monte -tanto el Tabor como el Sinaí- es el lugar de la cercanía con Dios. Es el espacio elevado, con respecto a la existencia diaria, donde se respira el aire puro de la creación. Es el lugar de la oración, donde se está en la presencia del Señor, como Moisés y Elías, que aparecen junto a Jesús transfigurado y hablan con él del “éxodo” que le espera en Jerusalén, es decir, de su Pascua. La Transfiguración es un acontecimiento de oración: orando, Jesús se sumerge en Dios, se une íntimamente a él, se adhiere con su voluntad humana a la voluntad de amor del Padre, y así la luz lo invade y aparece visiblemente la verdad de su ser: él es Dios, Luz de Luz. También el vestido de Jesús se vuelve blanco y resplandeciente. Esto nos hace pensar en el Bautismo, en el vestido blanco que llevan los neófitos. Quien renace en el Bautismo es revestido de luz, anticipando la existencia celestial, que el Apocalipsis representa con el símbolo de las vestiduras blancas (cf. *Ap* 7, 9. 13).

Aquí está el punto crucial: la Transfiguración es anticipación de la resurrección, pero esta presupone la muerte. Jesús manifiesta su gloria a los Apóstoles, a fin de que tengan la fuerza para afrontar el escándalo de la cruz y comprendan que es necesario pasar a través de muchas tribulaciones para llegar al reino de Dios. La voz del Padre, que resuena desde lo alto, proclama que Jesús es su Hijo predilecto, como en el bautismo en el Jordán, añadiendo: “Escuchadlo” (*Mt* 17, 5). Para entrar en la vida eterna es necesario escuchar a

Jesús, seguirlo por el camino de la cruz, llevando en el corazón, como él, la esperanza de la resurrección. *Spe salvi*, salvados en esperanza. Hoy podemos decir: “Transfigurados en esperanza”.

Dirigiéndonos ahora con la oración a María, reconozcamos en ella a la criatura humana transfigurada interiormente por la gracia de Cristo, y encomendémonos a su guía para recorrer con fe y generosidad el itinerario de la Cuaresma.

III Domingo de Cuaresma, 24 de febrero de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

En este tercer domingo de Cuaresma la liturgia vuelve a proponernos este año uno de los textos más hermosos y profundos de la Biblia: el diálogo entre Jesús y la samaritana (cf. *Jn* 4, 5-42). San Agustín, del que estoy hablando extensamente en las catequesis de los miércoles, se sentía con razón fascinado por este relato, e hizo un comentario memorable de él. Es imposible expresar en una breve explicación la riqueza de esta página evangélica: es preciso leerla y meditarla personalmente, identificándose con aquella mujer que, un día como tantos otros, fue a sacar agua del pozo y allí se encontró a Jesús sentado, «cansado del camino», en medio del calor del mediodía. «Dame de beber»,

le dijo, dejándola muy sorprendida. En efecto, no era costumbre que un judío dirigiera la palabra a una mujer samaritana, por lo demás desconocida. Pero el asombro de la mujer estaba destinado a aumentar: Jesús le habló de un «agua viva» capaz de saciar la sed y de convertirse en ella en un «manantial de agua que salta hasta la vida eterna»; le demostró, además, que conocía su vida personal; le reveló que había llegado la hora de adorar al único Dios verdadero en espíritu y en verdad; y, por último, le aseguró -cosa muy rara- que era el Mesías.

Todo esto a partir de la experiencia real y sensible de la sed. El tema de la sed atraviesa todo el evangelio de san Juan: desde el encuentro con la samaritana, pasando por la gran profecía durante la fiesta de las Tiendas (cf. *Jn* 7, 37-38), hasta la cruz, cuando Jesús, antes de morir, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed» (*Jn* 19, 28). La sed de Cristo es una puerta de acceso al misterio de Dios, que tuvo sed para saciar la nuestra, como se hizo pobre para enriquecernos (cf. *2 Co* 8, 9).

Sí, Dios tiene sed de nuestra fe y de nuestro amor. Como un padre bueno y misericordioso, desea para nosotros todo el bien posible, y este bien es él mismo. En cambio, la mujer samaritana representa la insatisfacción existencial de quien no ha encontrado lo que busca: había tenido «cinco maridos» y convivía con otro hombre; sus continuas idas al pozo para sacar agua expresan un vivir repetitivo y resignado. Pero todo cambió para ella aquel día gracias al coloquio con el Señor Jesús, que la desconcertó hasta el punto de inducirla a dejar el cántaro del agua y correr a decir a la gente del pueblo: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿será este el Mesías?» (*Jn* 4, 28-29).

Queridos hermanos y hermanas, también nosotros abramos el corazón a la escucha confiada de la palabra de Dios para encontrar, como la samaritana, a Jesús que nos revela su amor y nos dice: el Mesías, tu Salvador, «soy yo: el que habla contigo» (*Jn* 4, 26). Nos obtenga este don María, la primera y perfecta discípula del Verbo encarnado.

AUDIENCIAS GENERALES

Miércoles, 30 de enero de 2008
San Agustín. Armonía entre fe y razón

Queridos amigos:

Después de la Semana de oración

por la unidad de los cristianos volvemos hoy a hablar de la gran figura de san Agustín. Mi querido predecesor, Juan Pablo II, le dedicó, en 1986, es decir, en el decimosexto centenario de su conversión, un

largo y denso documento, la carta apostólica *Augustinum Hipponensem* (cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 14 de septiembre de 1986, pp. 15-21). El mismo Papa definió ese texto como «una acción de gracias a Dios por el don que hizo a la Iglesia, y mediante ella a la humanidad entera, gracias a aquella admirable conversión» (n. 1).

Sobre el tema de la conversión hablaré en una próxima audiencia. Es un tema fundamental, no sólo para su vida personal, sino también para la nuestra. En el evangelio del domingo pasado el Señor mismo resumió su predicación con la palabra: “Convertíos”. Siguiendo el camino de san Agustín, podríamos meditar en lo que significa esta conversión: es algo definitivo, decisivo, pero la decisión fundamental debe desarrollarse, debe realizarse en toda nuestra vida.

La catequesis de hoy está dedicada, en cambio, al tema de la fe y la razón, un tema determinante, o mejor, el tema determinante de la biografía de san Agustín. De niño había aprendido de su madre, santa Mónica, la fe católica. Pero siendo adolescente había abandonado esta fe porque ya no lograba ver su racionalidad y no quería una religión que no fuera también para él expresión de la razón, es decir, de la verdad. Su sed de verdad era radical y lo llevó a alejarse de la fe católica. Pero era tan radical que no podía contentarse con filosofías que no llegaran a la verdad

misma, que no llegaran hasta Dios. Y a un Dios que no fuera sólo una hipótesis cosmológica última, sino que fuera el verdadero Dios, el Dios que da la vida y que entra en nuestra misma vida. De este modo, todo el itinerario intelectual y espiritual de san Agustín constituye un modelo válido también hoy en la relación entre fe y razón, tema no sólo para hombres creyentes, sino también para todo hombre que busca la verdad, tema central para el equilibrio y el destino de todo ser humano.

Estas dos dimensiones, fe y razón, no deben separarse ni contraponerse, sino que deben estar siempre unidas. Como escribió san Agustín tras su conversión, fe y razón son “las dos fuerzas que nos llevan a conocer” (*Contra academicos*, III, 20, 43). A este respecto, son justamente célebres sus dos fórmulas (cf. *Sermones*, 43, 9) con las que expresa esta síntesis coherente entre fe y razón: *crede ut intelligas* (“cree para comprender”) -creer abre el camino para cruzar la puerta de la verdad-, pero también y de manera inseparable, *intellige ut credas* (“comprende para creer”), escruta la verdad para poder encontrar a Dios y creer.

Las dos afirmaciones de san Agustín expresan con gran eficacia y profundidad la síntesis de este problema, en la que la Iglesia católica ve manifestado su camino. Históricamente esta síntesis se fue formando, ya antes de la venida de Cristo, en el encuentro entre la fe judía y el pensamiento griego en el

judaísmo helenístico. Sucesivamente, en la historia, esta síntesis fue retomada y desarrollada por muchos pensadores cristianos. La armonía entre fe y razón significa sobre todo que Dios no está lejos: no está lejos de nuestra razón y de nuestra vida; está cerca de todo ser humano, cerca de nuestro corazón y de nuestra razón, si realmente nos ponemos en camino.

San Agustín experimentó con extraordinaria intensidad esta cercanía de Dios al hombre. La presencia de Dios en el hombre es profunda y al mismo tiempo misteriosa, pero puede reconocerse y descubrirse en la propia intimidad: no hay que salir fuera -afirma el convertido-; “vuelve a ti mismo. La verdad habita en lo más íntimo del hombre. Y si encuentras que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo. Pero, al hacerlo, recuerda que trasciendes un alma que razona. Así pues, dirígete adonde se enciende la luz misma de la razón” (*De vera religione*, 39, 72). Con una afirmación famosísima del inicio de las *Confesiones*, autobiografía espiritual escrita en alabanza de Dios, él mismo subraya: “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descansa en ti” (I, 1, 1).

La lejanía de Dios equivale, por tanto, a la lejanía de sí mismos. “Porque tú -reconoce san Agustín (*Confesiones*, III, 6, 11)- estabas más dentro de mí que lo más íntimo de mí, y más alto que lo supremo de mi ser” (“*interior intimo meo et superior summo meo*”),

hasta el punto de que, como añade en otro pasaje recordando el tiempo precedente a su conversión, “tú estabas, ciertamente, delante de mí, mas yo me había alejado también de mí, y no acertaba a hallarme, ¡cuánto menos a ti!” (*Confesiones*, V, 2, 2).

Precisamente porque san Agustín vivió a fondo este itinerario intelectual y espiritual, supo presentarlo en sus obras con tanta claridad, profundidad y sabiduría, reconociendo en otros dos famosos pasajes de las *Confesiones* (IV, 4, 9 y 14, 22) que el hombre es “un gran enigma” (*magna quaestio*) y “un gran abismo” (*grande profundum*), enigma y abismo que sólo Cristo ilumina y colma. Esto es importante: quien está lejos de Dios también está lejos de sí mismo, alienado de sí mismo, y sólo puede encontrarse a sí mismo si se encuentra con Dios. De este modo logra llegar a sí mismo, a su verdadero yo, a su verdadera identidad.

El ser humano -subraya después san Agustín en el *De civitate Dei* (XII, 27)- es sociable por naturaleza pero antisocial por vicio, y quien lo salva es Cristo, único mediador entre Dios y la humanidad, y “camino universal de la libertad y de la salvación”, como repitió mi predecesor Juan Pablo II (*Augustinum Hippoense*, 21). Fuera de este camino, que nunca le ha faltado al género humano -afirma también san Agustín en esa misma obra- “nadie ha sido liberado nunca, nadie es liberado y nadie será liberado” (*De civitate Dei* X, 32, 2). Como único mediador de

la salvación, Cristo es cabeza de la Iglesia y está unido místicamente a ella, hasta el punto de que san Agustín puede afirmar: “Nos hemos convertido en Cristo. En efecto, si él es la cabeza, nosotros somos sus miembros; el hombre total es él y nosotros” (*In Iohannis evangelium tractatus*, 21, 8).

Según la concepción de san Agustín, la Iglesia, pueblo de Dios y casa de Dios, está por tanto íntimamente vinculada al concepto de Cuerpo de Cristo, fundamentada en la relectura cristológica del Antiguo Testamento y en la vida sacramental centrada en la Eucaristía, en la que el Señor nos da su Cuerpo y nos transforma en su Cuerpo. Por tanto, es fundamental que la Iglesia, pueblo de Dios, en sentido cristológico y no en sentido sociológico, esté verdaderamente insertada en Cristo, el cual, como afirma san Agustín en una página hermosísima, “ora por nosotros, ora en nosotros; nosotros oramos a él; él ora por nosotros como sacerdote; ora en nosotros como nuestra cabeza; y nosotros oramos a él como a nuestro Dios; por tanto, reconocemos en él nuestra voz y la suya en nosotros” (*Enarrationes in Psalmos*, 85, 1).

En la conclusión de la carta apostólica *Augustinum Hipponensem*, Juan Pablo II pregunta al mismo santo qué quería decir a los hombres de hoy y responde, ante todo, con las palabras que san Agustín escribió en una carta dictada poco después de su conversión: “A mí me parece que hay que conducir de nuevo a los hombres... a la esperanza de

encontrar la verdad” (*Ep.*, 1, 1), la verdad que es Cristo mismo, Dios verdadero, a quien se dirige una de las oraciones más hermosas y famosas de las *Confesiones* (X, 27, 38): “Tarde te amé, hermosura tan antigua, y tan nueva, tarde te amé. Y he aquí que tú estabas dentro de mí, y yo fuera, y fuera te buscaba yo, y me arrojaba sobre esas hermosuras que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me mantenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Llamaste y gritaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia, la respiré y suspiro por ti; te gusté y tengo hambre y sed de ti; me tocaste y me abrasé en tu paz”.

San Agustín encontró a Dios y durante toda su vida lo experimentó hasta el punto de que esta realidad -que es ante todo el encuentro con una Persona, Jesús- cambió su vida, como cambia la de cuantos, hombres y mujeres, en cualquier tiempo, tienen la gracia de encontrarse con él. Pidamos al Señor que nos dé esta gracia y nos haga encontrar así su paz.

Miércoles de Ceniza, 6 de febrero de 2008
La Cuaresma, camino de auténtica conversión

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, miércoles de Ceniza, volvemos a emprender, como todos los años, el

camino cuaresmal animados por un espíritu más intenso de oración y de reflexión, de penitencia y de ayuno. Entramos en un tiempo litúrgico “fuerte” que, mientras nos prepara para las celebraciones de la Pascua -corazón y centro del año litúrgico y de toda nuestra vida-, nos invita, más aún, nos estimula a dar un impulso más decidido a nuestra vida cristiana.

Dado que los compromisos, los afanes y las preocupaciones nos hacen caer en la rutina y nos exponen al peligro de olvidar cuán extraordinaria es la aventura en la que nos ha implicado Jesús, necesitamos recomenzar cada día nuestro exigente itinerario de vida evangélica, recogiéndonos interiormente con momentos de pausa que regeneran el espíritu. Con el antiguo rito de la imposición de la ceniza, la Iglesia nos introduce en la Cuaresma como en un gran retiro espiritual que dura cuarenta días.

Entremos, por tanto, en el clima cuaresmal, que nos ayuda a redescubrir el don de la fe recibida con el Bautismo y nos lleva a acercarnos al sacramento de la Reconciliación, poniendo nuestro esfuerzo de conversión bajo el signo de la misericordia divina. En los orígenes, en la Iglesia primitiva, la Cuaresma era el tiempo privilegiado para la preparación de los catecúmenos a los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía, que se celebraban en la Vigilia pascual. La Cuaresma se consideraba el tiempo para llegar a ser cristianos, lo cual no se

lograba en un solo momento, sino que exigía un largo camino de conversión y renovación.

A esta preparación se unían también los que ya estaban bautizados, reactivando el recuerdo del sacramento recibido y disponiéndose a una renovada comunión con Cristo en la celebración gozosa de la Pascua. Así, la Cuaresma tenía, y sigue teniendo, el carácter de un itinerario bautismal, en el sentido de que ayuda a mantener despierta la conciencia de que *ser* cristianos se realiza siempre como un nuevo *hacerse* cristianos: nunca es una historia concluida que queda a nuestras espaldas, sino un camino que exige siempre un nuevo ejercicio.

Al imponer sobre la cabeza la ceniza, el celebrante dice: “Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás” (cf. *Gn* 3, 19), o repite la invitación de Jesús: “Convertíos y creed en el Evangelio” (cf. *Mc* 1, 15). Ambas fórmulas recuerdan la verdad de la existencia humana: somos criaturas limitadas, pecadores que siempre necesitamos penitencia y conversión. ¡Qué importante es escuchar y acoger este llamamiento en nuestro tiempo! El hombre contemporáneo, cuando proclama su total autonomía de Dios, se hace esclavo de sí mismo, y con frecuencia se encuentra en una soledad sin consuelo.

Por tanto, la invitación a la conversión es un impulso a volver a los brazos de

Dios, Padre tierno y misericordioso, a fiarse de él, a abandonarse a él como hijos adoptivos, regenerados por su amor. La Iglesia, con sabia pedagogía, repite que la conversión es ante todo una gracia, un don que abre el corazón a la infinita bondad de Dios. Él mismo previene con su gracia nuestro deseo de conversión y acompaña nuestros esfuerzos hacia la plena adhesión a su voluntad salvífica. Así, convertirse quiere decir dejarse conquistar por Jesús (cf. *Flp* 3, 12) y “volver” con él al Padre.

La conversión implica, por tanto, aprender humildemente en la escuela de Jesús y caminar siguiendo dócilmente sus huellas. Son iluminadoras las palabras con que él mismo indica las condiciones para ser de verdad sus discípulos. Después de afirmar: “Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará”, añade: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?” (*Mt* 8, 35-36).

La conquista del éxito, la obsesión por el prestigio y la búsqueda de las comodidades, cuando absorben totalmente la vida hasta excluir a Dios del propio horizonte, ¿llevan verdaderamente a la felicidad? ¿Puede haber felicidad auténtica prescindiendo de Dios? La experiencia demuestra que no se es feliz por el hecho de satisfacer las expectativas y las exigencias materiales. En realidad, la única alegría que llena el corazón humano es la que procede de Dios. De hecho, tenemos necesidad de

la alegría infinita. Ni las preocupaciones diarias, ni las dificultades de la vida logran apagar la alegría que nace de la amistad con Dios.

La invitación de Jesús a cargar con la propia cruz y seguirle, en un primer momento puede parecer dura y contraria de lo que queremos; nos puede parecer que va contra nuestro deseo de realización personal. Pero si lo miramos bien, nos damos cuenta de que no es así: el testimonio de los santos demuestra que en la cruz de Cristo, en el amor que se entrega, renunciando a la posesión de sí mismo, se encuentra la profunda serenidad que es manantial de entrega generosa a los hermanos, en especial, a los pobres y necesitados. Y esto también nos da alegría a nosotros mismos.

El camino cuaresmal de conversión, que hoy emprendemos con toda la Iglesia, se convierte, por tanto, en la ocasión propicia, “el momento favorable” (cf. *2 Co* 6, 2) para renovar nuestro abandono filial en las manos de Dios y para poner en práctica lo que Jesús sigue repitiéndonos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame” (*Mt* 8, 34), y así emprenda el camino del amor y de la auténtica felicidad.

En el tiempo de Cuaresma, la Iglesia, haciéndose eco del Evangelio, propone algunos compromisos específicos que acompañan a los fieles en este itinerario de renovación interior: la *oración*, el *ayuno* y la *limosna*. En el

Mensaje para la Cuaresma de este año, publicado hace pocos días, he querido reflexionar sobre “la práctica de la limosna, que representa una manera concreta de ayudar a los necesitados y, al mismo tiempo, un ejercicio ascético para liberarse del apego a los bienes terrenales” (n. 1: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 1 de febrero de 2008, p. 8).

Sabemos que, por desgracia, la sociedad moderna está profundamente invadida por la sugestión de las riquezas materiales. Como discípulos de Jesucristo, no debemos idolatrar los bienes terrenales, sino utilizarlos como medios para vivir y para ayudar a los necesitados. Al indicarnos la práctica de la limosna, la Iglesia nos educa a salir al paso de las necesidades del prójimo, a imitación de Jesús, que, como afirma san Pablo, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cf. *2 Co* 8, 9).

“Siguiendo sus enseñanzas -escribí en el mencionado Mensaje-, podemos aprender a hacer de nuestra vida un don total; imitándolo estaremos dispuestos a dar, no tanto algo de lo que poseemos, sino a darnos a nosotros mismos”. Y añadí: “¿Acaso no se resume todo el Evangelio en el único mandamiento de la caridad? Por tanto, la práctica cuaresmal de la limosna se convierte en un medio para profundizar nuestra vocación cristiana. El cristiano, cuando gratuitamente se ofrece a sí mismo, da testimonio de que no es la riqueza

material la que dicta las leyes de la existencia, sino el amor” (n. 5).

Queridos hermanos y hermanas, pidamos a la Virgen, Madre de Dios y de la Iglesia, que nos acompañe en el camino cuaresmal, para que sea un camino de auténtica conversión. Dejémonos guiar por ella y llegaremos interiormente renovados a la celebración del gran misterio de la Pascua de Cristo, revelación suprema del amor misericordioso de Dios. ¡Buena Cuaresma a todos!

Miércoles, 20 de febrero de 2008

San Agustín (4)

Las Obras de san Agustín

Queridos hermanos y hermanas:

Tras la pausa de los ejercicios espirituales de la semana pasada, hoy volvemos a presentar la gran figura de san Agustín, sobre el que ya he hablado varias veces en las catequesis del miércoles. Es el Padre de la Iglesia que ha dejado el mayor número de obras, y de ellas quiero hablar hoy brevemente. Algunos de los escritos de san Agustín son de fundamental importancia, no sólo para la historia del cristianismo, sino también para la formación de toda la cultura occidental: el ejemplo más claro son las *Confesiones*, sin duda uno de los libros de la antigüedad cristiana más leídos todavía hoy. Al igual que varios Padres de la Iglesia

de los primeros siglos, aunque en una medida incomparablemente más amplia, también el obispo de Hipona ejerció una influencia amplia y persistente, como lo demuestra la sobreaundante tradición manuscrita de sus obras, que son realmente numerosas.

Él mismo las revisó algunos años antes de morir en las *Retractationes* y poco después de su muerte fueron cuidadosamente registradas en el *Indiculus* ("índice") añadido por su fiel amigo Posidio a la biografía de san Agustín, *Vita Augustini*. La lista de las obras de san Agustín fue realizada con el objetivo explícito de salvaguardar su memoria mientras la invasión de los vándalos se extendía por toda el África romana y contabiliza mil treinta escritos numerados por su autor, junto con otros "que no pueden numerarse porque no les puso ningún número".

Posidio, obispo de una ciudad cercana, dictaba estas palabras precisamente en Hipona, donde se había refugiado y donde había asistido a la muerte de su amigo, y casi seguramente se basaba en el catálogo de la biblioteca personal de san Agustín. Hoy han sobrevivido más de trescientas cartas del obispo de Hipona, y casi seiscientas homilías, pero estas originalmente eran muchas más, quizá entre tres mil y cuatro mil, fruto de cuatro décadas de predicación del antiguo retórico, que había decidido seguir a Jesús, dejando de hablar a los

grandes de la corte imperial para dirigirse a la población sencilla de Hipona.

En años recientes, el descubrimiento de un grupo de cartas y de algunas homilías ha enriquecido nuestro conocimiento de este gran Padre de la Iglesia. "Muchos libros -escribe Posidio- fueron redactados y publicados por él, muchas predicaciones fueron pronunciadas en la iglesia, transcritas y corregidas, ya sea para confutar a herejes ya sea para interpretar las sagradas Escrituras para edificación de los santos hijos de la Iglesia. Estas obras -subraya el obispo amigo- son tan numerosas que a duras penas un estudioso tiene la posibilidad de leerlas y aprender a conocerlas" (*Vita Augustini*, 18, 9).

Entre la producción literaria de san Agustín -por tanto, más de mil publicaciones subdivididas en escritos filosóficos, apologéticos, doctrinales, morales, monásticos, exegéticos y contra los herejes, además de las cartas y homilías- destacan algunas obras excepcionales de gran importancia teológica y filosófica. Ante todo, hay que recordar las *Confesiones*, antes mencionadas, escritas en trece libros entre los años 397 y 400 para alabanza de Dios. Son una especie de autobiografía en forma de diálogo con Dios. Este género literario refleja precisamente la vida de san Agustín, que no estaba cerrada en sí misma, dispersa en muchas cosas, sino vivida esencialmente como un diálogo con Dios y, de este modo, una vida con los demás.

El título *Confesiones* indica ya lo específico de esta autobiografía. En el latín cristiano desarrollado por la tradición de los Salmos, la palabra *confessiones* tiene dos significados, que se entrecruzan. *Confesiones* indica, en primer lugar, la confesión de las propias debilidades, de la miseria de los pecados; pero al mismo tiempo, *confessiones* significa alabanza a Dios, reconocimiento de Dios. Ver la propia miseria a la luz de Dios se convierte en alabanza a Dios y en acción de gracias porque

Dios nos ama y nos acepta, nos transforma y nos eleva hacia sí mismo.

Sobre estas *Confesiones*, que tuvieron gran éxito ya en vida de san Agustín, escribió él mismo: “Han ejercido sobre mí un gran influjo mientras las escribía y lo siguen ejerciendo todavía cuando las vuelvo a leer. Hay muchos hermanos a quienes gustan estas obras” (*Retractationes*, II, 6): y tengo que reconocer que yo también soy uno de estos “hermanos”. Gracias a las *Confesiones* podemos seguir, paso a paso, el camino interior de este hombre extraordinario y apasionado por Dios.

Menos difundidas, aunque igualmente originales y muy importantes son, también, las *Retractationes*, redactadas en dos libros en torno al año 427, en las que san Agustín, ya anciano, realiza una labor de “revisión” (*retractatio*) de toda su obra escrita, dejando así un documento literario singular y sumamente precioso, pero

también una enseñanza de sinceridad y de humildad intelectual.

De civitate Dei, obra imponente y decisiva para el desarrollo del pensamiento político occidental y para la teología cristiana de la historia, fue escrita entre los años 413 y 426 en veintidós libros. La ocasión fue el saqueo de Roma por parte de los godos en el año 410. Muchos paganos de entonces, y también muchos cristianos, habían dicho: Roma ha caído, ahora el Dios cristiano y los apóstoles ya no pueden proteger la ciudad. Durante la presencia de las divinidades paganas, Roma era *caput mundi*, la gran capital, y nadie podía imaginar que caería en manos de los enemigos. Ahora, con el Dios cristiano, esta gran ciudad ya no parecía segura. Por tanto, el Dios de los cristianos no protegía, no podía ser el Dios a quien convenía encomendarse. A esta objeción, que también tocaba profundamente el corazón de los cristianos, responde san Agustín con esta grandiosa obra, *De civitate Dei*, aclarando qué es lo que debían esperarse de Dios y qué es lo que no podían esperar de él, cuál es la relación entre la esfera política y la esfera de la fe, de la Iglesia. Este libro sigue siendo una fuente para definir bien la auténtica laicidad y la competencia de la Iglesia, la grande y verdadera esperanza que nos da la fe.

Este gran libro es una presentación de la historia de la humanidad gobernada por la divina Providencia, pero actualmente dividida en dos amores.

Y este es el designio fundamental, su interpretación de la historia, la lucha entre dos amores: el amor a sí mismo “hasta el desprecio de Dios” y el amor a Dios “hasta el desprecio de sí mismo”, (*De civitate Dei*, XIV, 28), hasta la plena libertad de sí mismo para los demás a la luz de Dios. Éste es, tal vez, el mayor libro de san Agustín, de una importancia permanente.

Igualmente importante es el *De Trinitate*, obra en quince libros sobre el núcleo principal de la fe cristiana, la fe en el Dios trino, escrita en dos tiempos: entre los años 399 y 412 los primeros doce libros, publicados sin saberlo san Agustín, el cual hacia el año 420 los completó y revisó toda la obra. En ella reflexiona sobre el rostro de Dios y trata de comprender este misterio de Dios, que es único, el único creador del mundo, de todos nosotros: precisamente este Dios único es trinitario, un círculo de amor. Trata de comprender el misterio insondable: precisamente su ser trinitario, en tres Personas, es la unidad más real y profunda del único Dios.

El libro *De doctrina christiana* es, en cambio, una auténtica introducción cultural a la interpretación de la Biblia y, en definitiva, al cristianismo mismo, y tuvo una importancia decisiva en la formación de la cultura occidental.

Con gran humildad, san Agustín fue ciertamente consciente de su propia talla intelectual. Pero para él era más im-

portante llevar el mensaje cristiano a los sencillos que redactar grandes obras de elevado nivel teológico. Esta intención profunda, que le guió durante toda su vida, se manifiesta en una carta escrita a su colega Evodio, en la que le comunica la decisión de dejar de dictar por el momento los libros del *De Trinitate*, “pues son demasiado densos y creo que son pocos los que los pueden entender; urgen más textos que esperamos sean útiles a muchos” (*Epistulae*, 169, 1, 1). Por tanto, para él era más útil comunicar la fe de manera comprensible para todos, que escribir grandes obras teológicas.

La gran responsabilidad que sentía por la divulgación del mensaje cristiano se encuentra en el origen de escritos como el *De catechizandis rudibus*, una teoría y también una práctica de la catequesis, o el *Psalmus contra partem Donati*. Los donatistas eran el gran problema del África de san Agustín, un cisma específicamente africano. Los donatistas afirmaban: la auténtica cristiandad es la africana. Se oponían a la unidad de la Iglesia. Contra este cisma el gran obispo luchó durante toda su vida, tratando de convencer a los donatistas de que incluso la africanidad sólo puede ser verdadera en la unidad. Y para que le entendieran los sencillos, los que no podían comprender el gran latín del retórico, dijo: tengo que escribir incluso con errores gramaticales, en un latín muy simplificado. Y lo hizo, sobre todo en este *Psalmus*, una especie de poesía sencilla contra los donatistas para ayu-

dar a toda la gente a comprender que sólo en la unidad de la Iglesia se realiza realmente para todos nuestra relación con Dios y crece la paz en el mundo.

En esta producción destinada a un público más amplio reviste particular importancia su gran número de homilias, con frecuencia improvisadas, transcritas por taquígrafos durante la predicación e inmediatamente puestas en circulación. Entre éstas destacan las bellísimas *Enarrationes in Psalmos*, muy leídas en la Edad Media. La publicación de las miles de homilias de san Agustín -con frecuencia sin el control del autor- explica su amplia difusión y su dispersión sucesiva, así como su vitalidad. Inmediatamente las predicaciones del obispo de Hipona, por la fama del autor, se convirtieron en textos sumamente requeridos. Para los demás obispos y sacerdotes servían también de modelos, adaptados a contextos siempre nuevos.

En la tradición iconográfica, un fresco de Letrán que se remonta al siglo VI, representa a san Agustín con un libro en la mano (véase la foto), no sólo para expresar su producción literaria, que tanta influencia ejerció en la mentalidad y en el pensamiento cristianos, sino también para expresar su amor por los libros, por la lectura y el conocimiento de la gran cultura precedente. A su muerte, cuenta Posidio, no dejó nada, pero “recomendaba siempre que se conservara diligentemente para las futuras generaciones la biblioteca de

la iglesia con todos sus códices”, sobre todo los de sus obras. En éstas, subraya Posidio, san Agustín está “siempre vivo” y es muy útil para quien lee sus escritos, aunque -concluye- “creo que pudieron sacar más provecho de su contacto los que lo pudieron ver y escuchar cuando hablaba personalmente en la iglesia, y sobre todo los que fueron testigos de su vida cotidiana entre la gente” (*Vita Augustini*, 31).

Sí, también a nosotros nos hubiera gustado poderlo escuchar vivo. Pero sigue realmente vivo en sus escritos, está presente en nosotros y de este modo vemos también la permanente vitalidad de la fe por la que dio toda su vida.

Miércoles, 27 de febrero de 2008

Las conversiones de san Agustín (5)

Queridos hermanos y hermanas:

Con el encuentro de hoy quiero concluir la presentación de la figura de san Agustín. Después de comentar su vida, sus obras, y algunos aspectos de su pensamiento, hoy quiero volver a hablar de su experiencia interior, que hizo de él uno de los más grandes convertidos de la historia cristiana. A esta experiencia dediqué en particular mi reflexión durante la peregrinación que realicé a Pavía, el año pasado, para venerar los restos mortales de este Padre de la Iglesia. De ese modo le expresé el homenaje de toda la Iglesia católica,

y al mismo tiempo manifesté mi personal devoción y reconocimiento con respecto a una figura a la que me siento muy unido por el influjo que ha tenido en mi vida de teólogo, de sacerdote y de pastor.

Todavía hoy es posible revivir la historia de san Agustín sobre todo gracias a las *Confesiones*, escritas para alabanza de Dios, que constituyen el origen de una de las formas literarias más específicas de Occidente, la autobiografía, es decir, la expresión personal de la propia conciencia. Pues bien, cualquiera que se acerque a este extraordinario y fascinante libro, muy leído todavía hoy, fácilmente se da cuenta de que la conversión de san Agustín no fue repentina ni se realizó plenamente desde el inicio, sino que puede definirse más bien como un auténtico camino, que sigue siendo un modelo para cada uno de nosotros.

Ciertamente, este itinerario culminó con la conversión y después con el bautismo, pero no se concluyó en aquella Vigilia pascual del año 387, cuando en Milán el retórico africano fue bautizado por el obispo san Ambrosio. El camino de conversión de san Agustín continuó humildemente hasta el final de su vida, y se puede decir con verdad que sus diferentes etapas -se pueden distinguir fácilmente tres- son una única y gran conversión.

San Agustín buscó apasionadamente la verdad: lo hizo desde el inicio y des-

pués durante toda su vida. La primera etapa en su camino de conversión se realizó precisamente en el acercamiento progresivo al cristianismo. En realidad, había recibido de su madre, santa Mónica, a la que siempre estuvo muy unido, una educación cristiana y, a pesar de que en su juventud había llevado una vida desordenada, siempre sintió una profunda atracción por Cristo, habiendo bebido con la leche materna, como él mismo subraya (cf. *Confesiones*, III, 4, 8), el amor al nombre del Señor.

Pero también la filosofía, sobre todo la platónica, había contribuido a acercarlo más a Cristo, manifestándole la existencia del *Logos*, la razón creadora. Los libros de los filósofos le indicaban que existe la razón, de la que procede todo el mundo, pero no le decían cómo alcanzar este *Logos*, que parecía tan lejano. Sólo la lectura de las cartas de san Pablo, en la fe de la Iglesia católica, le reveló plenamente la verdad. San Agustín sintetizó esta experiencia en una de las páginas más famosas de las *Confesiones*: cuenta que, en el tormento de sus reflexiones, habiéndose retirado a un jardín, escuchó de repente una voz infantil que repetía una cantilena que nunca antes había escuchado: «tolle, lege; tolle, lege», «toma, lee; toma, lee» (VIII, 12, 29). Entonces se acordó de la conversión de san Antonio, padre del monaquismo, y solícitamente volvió a tomar el códice de san Pablo que poco antes tenía en sus manos: lo abrió y la mirada se fijó en el pasaje de la carta a los Romanos donde el Apóstol exhorta

a abandonar las obras de la carne y a revestirse de Cristo (*Rm* 13, 13-14).

Había comprendido que esas palabras, en aquel momento, se dirigían personalmente a él, procedían de Dios a través del Apóstol y le indicaban qué debía hacer en ese momento. Así sintió cómo se disipaban las tinieblas de la duda y quedaba libre para entregarse totalmente a Cristo: «Habías convertido a ti mi ser», comenta (*Confesiones*, VIII, 12, 30). Ésta fue la conversión primera y decisiva.

El retórico africano llegó a esta etapa fundamental de su largo camino gracias a su pasión por el hombre y por la verdad, pasión que lo llevó a buscar a Dios, grande e inaccesible. La fe en Cristo le hizo comprender que en realidad Dios no estaba tan lejos como parecía. Se había hecho cercano a nosotros, convirtiéndose en uno de nosotros. En este sentido, la fe en Cristo llevó a cumplimiento la larga búsqueda de san Agustín en el camino de la verdad. Sólo un Dios que se ha hecho «tocable», uno de nosotros, era realmente un Dios al que se podía rezar, por el cual y en el cual se podía vivir.

Es un camino que hay que recorrer con valentía y al mismo tiempo con humildad, abiertos a una purificación permanente, que todos necesitamos siempre. Pero, como hemos dicho, el camino de san Agustín no había concluido con aquella Vigilia pascual del año 387. Al regresar a África, fundó

un pequeño monasterio y se retiró a él, junto a unos pocos amigos, para dedicarse a la vida contemplativa y al estudio. Éste era el sueño de su vida. Ahora estaba llamado a vivir totalmente para la verdad, con la verdad, en la amistad de Cristo, que es la verdad. Un hermoso sueño que duró tres años, hasta que, contra su voluntad, fue consagrado sacerdote en Hipona y destinado a servir a los fieles. Ciertamente siguió viviendo con Cristo y por Cristo, pero al servicio de todos. Esto le resultaba muy difícil, pero desde el inicio comprendió que sólo podía realmente vivir con Cristo y por Cristo viviendo para los demás, y no simplemente para su contemplación privada.

Así, renunciando a una vida consagrada sólo a la meditación, san Agustín aprendió, a menudo con dificultad, a poner a disposición el fruto de su inteligencia para beneficio de los demás. Aprendió a comunicar su fe a la gente sencilla y a vivir así para ella en aquella ciudad que se convirtió en su ciudad, desempeñando incansablemente una actividad generosa y pesada, que describe con estas palabras en uno de sus bellísimos sermones: «Continuamente predicar, discutir, reprender, edificar, estar a disposición de todos, es una gran carga y un gran peso, una enorme fatiga» (*Serm.* 339, 4). Pero cargó con este peso, comprendiendo que precisamente así podía estar más cerca de Cristo. Su segunda conversión consistió en comprender que se llega a los demás con sencillez y humildad.

Pero hay una última etapa en el camino de san Agustín, una tercera conversión: la que lo llevó a pedir perdón a Dios cada día de su vida. Al inicio, había pensado que una vez bautizado, en la vida de comunión con Cristo, en los sacramentos, en la celebración de la Eucaristía, iba a llegar a la vida propuesta en el Sermón de la montaña: a la perfección donada en el bautismo y reconfirmada en la Eucaristía. En la última parte de su vida comprendió que no era verdad lo que había dicho en sus primeras predicaciones sobre el Sermón de la montaña: es decir, que nosotros, como cristianos, vivimos ahora permanentemente este ideal. Sólo Cristo mismo realiza verdadera y completamente el Sermón de la montaña. Nosotros siempre tenemos necesidad de ser lavados por Cristo, que nos lava los pies, y de ser renovados por él. Tenemos necesidad de una conversión permanente. Hasta el final necesitamos esta humildad que reconoce que somos pecadores en camino, hasta que el Señor nos da la mano definitivamente y nos introduce en la vida eterna. San Agustín murió con esta última actitud de humildad, vivida día tras día.

Esta actitud de humildad profunda ante el único Señor Jesús lo introdujo en la experiencia de una humildad también intelectual. San Agustín, que es una de las figuras más grandes en la historia del pensamiento, en los últimos años de su vida quiso someter a un lúcido examen crítico sus numerosísimas obras. Surgieron así las *Retracta-*

tionnes («Revisiones»), que de este modo introducen su pensamiento teológico, verdaderamente grande, en la fe humilde y santa de aquella a la que llama sencillamente con el nombre de *Catholica*, es decir, la Iglesia. «He comprendido -escribe precisamente en este originalísimo libro (I, 19, 1-3)- que uno sólo es verdaderamente perfecto y que las palabras del Sermón de la montaña sólo se realizan totalmente en uno solo: en Jesucristo mismo. Toda la Iglesia, por el contrario -todos nosotros, incluidos los Apóstoles-, debemos rezar cada día: Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden».

San Agustín, convertido a Cristo, que es verdad y amor, lo siguió durante toda la vida y se transformó en un modelo para todo ser humano, para todos nosotros, en la búsqueda de Dios. Por eso quise concluir mi peregrinación a Pavía volviendo a entregar espiritualmente a la Iglesia y al mundo, ante la tumba de este gran enamorado de Dios, mi primera encíclica, *Deus caritas est*, la cual, en efecto, debe mucho, sobre todo en su primera parte, al pensamiento de san Agustín.

También hoy, como en su época, la humanidad necesita conocer y sobre todo vivir esta realidad fundamental: Dios es amor y el encuentro con él es la única respuesta a las inquietudes del corazón humano, un corazón en el que vive la esperanza -quizá todavía oscura e inconsciente en muchos de nuestros

contemporáneos-, pero que para nosotros los cristianos abre ya hoy al futuro, hasta el punto de que san Pablo escribió que «en esperanza fuimos salvados» (*Rm* 8, 24). A la esperanza he dedicado mi segunda encíclica, *Spe salvi*, la cual también debe mucho a san Agustín y a su encuentro con Dios.

En un escrito sumamente hermoso, san Agustín define la oración como expresión del deseo y afirma que Dios responde ensanchando hacia él nues-

tro corazón. Por nuestra parte, debemos purificar nuestros deseos y nuestras esperanzas para acoger la dulzura de Dios (cf. *In I Ioannis*, 4, 6). Sólo ella nos salva, abriéndonos también a los demás. Pidamos, por tanto, para que en nuestra vida se nos conceda cada día seguir el ejemplo de este gran convertido, encontrando como él en cada momento de nuestra vida al Señor Jesús, el único que nos salva, nos purifica y nos da la verdadera alegría, la verdadera vida.

CARTAS

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación

Queridos fieles de Roma:

He querido dirigirme a vosotros con esta carta para hablaros de un problema que vosotros mismos experimentáis y en el que están comprometidos los diversos componentes de nuestra Iglesia: el problema de la educación. Todos nos preocupamos por el bien de las personas que amamos, en particular por nuestros niños, adolescentes y jóvenes. En efecto, sabemos que de ellos depende el futuro de nuestra ciudad. Por tanto, no podemos menos de interesarnos por la formación de las nuevas generaciones, por su capacidad de orientarse en la vida y de discernir el

bien del mal, y por su salud, no sólo física sino también moral. Ahora bien, educar jamás ha sido fácil, y hoy parece cada vez más difícil. Lo saben bien los padres de familia, los profesores, los sacerdotes y todos los que tienen responsabilidades educativas directas. Por eso, se habla de una gran “emergencia educativa”, confirmada por los fracasos en los que muy a menudo terminan nuestros esfuerzos por formar personas sólidas, capaces de colaborar con los demás y de dar un sentido a su vida. Así, resulta espontáneo culpar a las nuevas generaciones, como si los niños que nacen hoy fueran diferentes de los que nacían en el pasado. Además, se habla de una “ruptura entre las generaciones”, que ciertamente existe y pesa, pero es más bien el efecto y no la causa de la falta de transmisión de certezas y valores.

Por consiguiente, ¿debemos echar la culpa a los adultos de hoy, que ya no serían capaces de educar? Ciertamente, tanto entre los padres como entre los profesores, y en general entre los educadores, es fuerte la tentación de renunciar; más aún, existe incluso el riesgo de no comprender ni siquiera cuál es su papel, o mejor, la misión que se les ha confiado. En realidad, no sólo están en juego las responsabilidades personales de los adultos o de los jóvenes, que ciertamente existen y no deben ocultarse, sino también un clima generalizado, una mentalidad y una forma de cultura que llevan a dudar del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien; en definitiva, de la bondad de la vida. Entonces, se hace difícil transmitir de una generación a otra algo válido y cierto, reglas de comportamiento, objetivos creíbles en torno a los cuales construir la propia vida.

Queridos hermanos y hermanas de Roma, ante esta situación quisiera decirles unas palabras muy sencillas: ¡No tengáis miedo! En efecto, todas estas dificultades no son insuperables. Más bien, por decirlo así, son la otra cara de la medalla del don grande y valioso que es nuestra libertad, con la responsabilidad que justamente implica. A diferencia de lo que sucede en el campo técnico o económico, donde los progresos actuales pueden sumarse a los del pasado, en el ámbito de la formación y del crecimiento moral de las personas no existe esa misma posibilidad de

acumulación, porque la libertad del hombre siempre es nueva y, por tanto, cada persona y cada generación debe tomar de nuevo, personalmente, sus decisiones. Ni siquiera los valores más grandes del pasado pueden heredarse simplemente; tienen que ser asumidos y renovados a través de una opción personal, a menudo costosa.

Pero cuando vacilan los cimientos y fallan las certezas esenciales, la necesidad de esos valores vuelve a sentirse de modo urgente; así, en concreto, hoy aumenta la exigencia de una educación que sea verdaderamente tal. La solicitan los padres, preocupados y con frecuencia angustiados por el futuro de sus hijos; la solicitan tantos profesores, que viven la triste experiencia de la degradación de sus escuelas; la solicita la sociedad en su conjunto, que ve cómo se ponen en duda las bases mismas de la convivencia; la solicitan en lo más íntimo los mismos muchachos y jóvenes, que no quieren verse abandonados ante los desafíos de la vida. Además, quien cree en Jesucristo posee un motivo ulterior y más fuerte para no tener miedo, pues sabe que Dios no nos abandona, que su amor nos alcanza donde estamos y como somos, con nuestras miserias y debilidades, para ofrecernos una nueva posibilidad de bien.

Queridos hermanos y hermanas, para hacer aún más concretas mis reflexiones, puede ser útil identificar algunas exigencias comunes de una educación auténtica. Ante todo, necesita la

cercanía y la confianza que nacen del amor: pienso en la primera y fundamental experiencia de amor que hacen los niños -o que, por lo menos, deberían hacer- con sus padres. Pero todo verdadero educador sabe que para educar debe dar algo de sí mismo y que solamente así puede ayudar a sus alumnos a superar los egoísmos y capacitarlos para un amor auténtico.

Además, en un niño pequeño ya existe un gran deseo de saber y comprender, que se manifiesta en sus continuas preguntas y peticiones de explicaciones. Ahora bien, sería muy pobre la educación que se limitara a dar nociones e informaciones, dejando a un lado la gran pregunta acerca de la verdad, sobre todo acerca de la verdad que puede guiar la vida.

También el sufrimiento forma parte de la verdad de nuestra vida. Por eso, al tratar de proteger a los más jóvenes de cualquier dificultad y experiencia de dolor, corremos el riesgo de formar, a pesar de nuestras buenas intenciones, personas frágiles y poco generosas, pues la capacidad de amar corresponde a la capacidad de sufrir, y de sufrir juntos.

Así, queridos amigos de Roma, llegamos al punto quizá más delicado de la obra educativa: encontrar el equilibrio adecuado entre libertad y disciplina. Sin reglas de comportamiento y de vida, aplicadas día a día también en las cosas pequeñas, no se forma el carácter y no se prepara para afrontar las pruebas que no faltarán en el futuro. Pero la

relación educativa es ante todo encuentro de dos libertades, y la educación bien lograda es una formación para el uso correcto de la libertad. A medida que el niño crece, se convierte en adolescente y después en joven; por tanto, debemos aceptar el riesgo de la libertad, estando siempre atentos a ayudarlo a corregir ideas y decisiones equivocadas. En cambio, lo que nunca debemos hacer es secundarlo en sus errores, fingir que no los vemos o, peor aún, que los compartimos como si fueran las nuevas fronteras del progreso humano.

Así pues, la educación no puede prescindir del prestigio, que hace creíble el ejercicio de la autoridad. Es fruto de experiencia y competencia, pero se adquiere sobre todo con la coherencia de la propia vida y con la implicación personal, expresión del amor verdadero. Por consiguiente, el educador es un testigo de la verdad y del bien; ciertamente, también él es frágil y puede tener fallos, pero siempre tratará de ponerse de nuevo en sintonía con su misión.

Queridos fieles de Roma, estas sencillas consideraciones muestran cómo, en la educación, es decisivo el sentido de responsabilidad: responsabilidad del educador, desde luego, pero también, y en la medida en que crece en edad, responsabilidad del hijo, del alumno, del joven que entra en el mundo del trabajo. Es responsable quien sabe responder a sí mismo y a los demás. Además, quien cree trata de responder ante todo a Dios, que lo ha amado primero.

La responsabilidad es, en primer lugar, personal; pero hay también una responsabilidad que compartimos juntos, como ciudadanos de una misma ciudad y de una misma nación, como miembros de la familia humana y, si somos creyentes, como hijos de un único Dios y miembros de la Iglesia. De hecho, las ideas, los estilos de vida, las leyes, las orientaciones globales de la sociedad en que vivimos, y la imagen que da de sí misma a través de los medios de comunicación, ejercen gran influencia en la formación de las nuevas generaciones para el bien, pero a menudo también para el mal.

Ahora bien, la sociedad no es algo abstracto; al final, somos nosotros mismos, todos juntos, con las orientaciones, las reglas y los representantes que elegimos, aunque los papeles y las responsabilidades de cada uno sean diversos. Por tanto, se necesita la contribución de cada uno de nosotros, de cada persona, familia o grupo social, para que la sociedad, comenzando por nuestra ciudad de Roma, llegue a crear un ambiente más favorable a la educación.

Por último, quisiera proponeros un pensamiento que desarrollé en mi reciente carta encíclica *Spe salvi*, sobre la esperanza cristiana: sólo una esperanza fiable puede ser el alma de la educación, como de toda la vida. Hoy nuestra esperanza se ve asechada desde muchas partes, y también nosotros, como los antiguos paganos, corremos el riesgo de convertirnos en hombres “sin esperanza

y sin Dios en este mundo”, como escribió el apóstol san Pablo a los cristianos de Éfeso (*Ef*2, 12). Precisamente de aquí nace la dificultad tal vez más profunda para una verdadera obra educativa, pues en la raíz de la crisis de la educación hay una crisis de confianza en la vida.

Por consiguiente, no puedo terminar esta carta sin una cordial invitación a poner nuestra esperanza en Dios. Sólo él es la esperanza que supera todas las decepciones; sólo su amor no puede ser destruido por la muerte; sólo su justicia y su misericordia pueden sanar las injusticias y recompensar los sufrimientos soportados. La esperanza que se dirige a Dios no es jamás una esperanza sólo para mí; al mismo tiempo, es siempre una esperanza para los demás: no nos aísla, sino que nos hace solidarios en el bien, nos estimula a educarnos recíprocamente en la verdad y en el amor. Os saludo con afecto y os aseguro un recuerdo especial en la oración, a la vez que envío a todos mi bendición.

Vaticano, 21 de enero de 2008

*Carta del Papa, Benedicto XVI,
a su Beatitud Ignace-Pierre VIII
Abdelahad*

*Patriarca de la Iglesia de Antioquía de
los siro-católicos*

Me dirijo a usted, Beatitud, para transmitirle mi saludo más afectuoso

en el Señor y para agradecerle de todo corazón la acogida que reservó a mi enviado personal, el señor cardenal Roger Etchegaray, que viajó a Jerusalén para una reflexión fraterna sobre la situación actual de la amada Iglesia siro-católica de Antioquía.

El cardenal me ha informado del encuentro que tuvo con usted, Beatitud. Ha quedado edificado por su amabilidad y por sus consideraciones serenas, por el vivo sentido de responsabilidad que usted ha manifestado para favorecer el retorno a la plena unidad en el Sínodo patriarcal y el ejercicio fructuoso de la solicitud pastoral por el bien de los hijos e hijas de la Iglesia siro-católica, en la madre patria y en la diáspora.

El cardenal Etchegaray me entregó la carta con la que Su Beatitud, tras una reflexión ciertamente madurada en una larga oración ante el Señor, presenta su renuncia al cargo patriarcal.

Aprecio mucho, venerable hermano, este gesto de amor eclesial, que manifiesta solicitud ante todo por el progreso espiritual de los fieles gracias a la concordia episcopal, y veo en él una admirable confirmación de su celo apostólico. En este momento particular de su vida, deseo vivamente reconocer con profunda gratitud todo el bien que usted ha realizado durante sus años como Patriarca y en el servicio eclesial que ha desempeñado con entrega y generosidad a lo largo de toda su vida.

Con la solicitud que el Señor pidió a Pedro y a sus Sucesores, después de una oración y una reflexión atentas, tras haber escuchado el parecer de mis colaboradores más íntimos, he considerado un deber aceptar su renuncia por los motivos altamente pastorales que la han inspirado.

Deseo informarle que, después de considerarlo todo, accediendo a algunas peticiones presentadas durante el Sínodo extraordinario convocado en el Vaticano del 26 al 28 de abril de 2007, he decidido que el gobierno de la Iglesia siro-católica se confíe, durante un período conveniente antes de la elección de su sucesor, a un comité episcopal compuesto por tres miembros: su excelencia monseñor Théophile Georges Kassab, arzobispo de Homs, Hama y Nabk de los sirios; su excelencia monseñor Athanase Matti Shaba Matoka, arzobispo de Bagdad de los sirios; y su excelencia monseñor Gregorios Elías Tabé, arzobispo de Damasco de los sirios. Este comité tendrá todas las facultades que corresponden al Patriarca y al Sínodo permanente, según las normas del Código de cánones de las Iglesias orientales, y será presidido, por turno, por cada uno de sus miembros. Su excelencia monseñor Théophile Georges Kassab recibirá el mandato de gobernar la eparquía patriarcal.

Estoy seguro de que usted, Beatitud, seguirá velando como Patriarca emérito sobre la amada Iglesia de Antioquía de los sirios, ofreciendo el don valioso de

su oración, de sus prudentes consejos y del sacrificio del corazón, así como las pruebas que la divina Providencia, junto con las alegrías, no deja de mandar a los buenos pastores.

Por mi parte, le aseguro mi cordial fraternidad en Cristo, en comunión con toda la Iglesia católica. Venerable hermano, pido al Señor que le conceda en abundancia serenidad,

salud y una confianza cada vez mayor en su santa voluntad. Renovándole, Beatitud, toda mi gratitud y mi estima cordial, invoco sobre los pastores y sobre los fieles de la Iglesia de Antioquía de los siro-católicos la protección amorosa de la santísima Madre de Dios, y de corazón imparto a todos la bendición apostólica.

Vaticano, 25 de enero de 2008

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en un coloquio internacional sobre la identidad del individuo

Lunes, 28 de enero de 2008

Señores cancilleres ;excelencias; queridos amigos académicos; señoras y señores:

Me alegra acogerlos al final de vuestro coloquio, que se concluye aquí, en Roma, tras haberse desarrollado en el Instituto de Francia, en París, y que estuvo dedicado al tema: “La identidad cambiante del individuo”. Ante todo, agradezco al príncipe Gabriel de Broglie las palabras con las que ha introducido este encuentro. Saludo, asimismo, a los miembros de todas las instituciones que han organizado este coloquio: la Academia pontificia de ciencias y la Academia pontificia de ciencias socia-

les, la Academia de ciencias morales y políticas, la Academia de ciencias y el Instituto católico de París. Me alegro de que, por primera vez, se haya podido instaurar una colaboración interacadémica de esta naturaleza, abriendo el camino a amplias investigaciones interdisciplinarias cada vez más fecundas.

Ahora que las ciencias exactas, naturales y humanas han logrado avances prodigiosos en el conocimiento del hombre y de su universo, es grande la tentación de querer circunscribir totalmente la identidad del ser humano y encerrarlo en el conocimiento que se puede tener de él. Para evitar este peligro, es preciso dejar espacio a la investigación antropológica, filosófica y teológica, que permite mostrar y mantener el misterio propio del hombre, puesto que ninguna ciencia puede decir quién es el hombre, de dónde viene y adónde va. Por tanto,

la ciencia del hombre se convierte en la más necesaria de todas las ciencias.

Es lo que dijo Juan Pablo II en la encíclica *Fides et ratio*: «Un gran reto que tenemos (...) es el de saber realizar el paso, tan necesario como urgente, del fenómeno al fundamento. No es posible detenerse en la sola experiencia; incluso cuando esta expresa y pone de manifiesto la interioridad del hombre y su espiritualidad, es necesario que la reflexión especulativa llegue hasta su naturaleza espiritual y el fundamento en que se apoya» (n. 83).

El hombre está siempre más allá de lo que se ve o de lo que se percibe mediante la experiencia. Descuidar la cuestión sobre el ser del hombre lleva inevitablemente a dejar de buscar la verdad objetiva sobre el ser en su integridad y, de este modo, a la incapacidad para reconocer el fundamento sobre el que se apoya la dignidad del hombre, de todo hombre, desde su fase embrionaria hasta su muerte natural.

Durante vuestro coloquio habéis experimentado que las ciencias, la filosofía y la teología pueden ayudarse para percibir la identidad del hombre, que está en constante devenir. A partir de la cuestión sobre el nuevo ser surgido de la fusión celular, que es portador de un patrimonio genético nuevo y específico, habéis mostrado elementos esenciales del misterio del hombre, caracterizado por la alteridad: un ser creado por Dios, un ser a imagen de Dios, un ser amado hecho

para amar. En cuanto ser humano, jamás está encerrado en sí mismo; siempre conlleva una alteridad y, desde su origen, se encuentra en interacción con otros seres humanos, como nos lo revelan cada vez más las ciencias humanas.

¿Cómo no evocar aquí la maravillosa meditación del salmista sobre el ser humano, formado en lo secreto del vientre de su madre y al mismo tiempo conocido en su identidad y en su misterio únicamente por Dios, que lo ama y lo protege? (cf. *Sal* 139, 1-16).

El hombre no es fruto del azar, ni de una serie de circunstancias, ni de determinismos, ni de interacciones físico-químicas; es un ser que goza de una libertad que, teniendo en cuenta su naturaleza, la trasciende y es el signo del misterio de alteridad que lo caracteriza. Desde esta perspectiva, el gran pensador Pascal decía que «el hombre supera infinitamente al hombre».

Esta libertad, propia del ser humano, hace que pueda orientar su vida hacia un fin; hace que, con los actos que realiza, pueda dirigirse hacia la felicidad a la que está llamado para la eternidad. Esta libertad muestra que la existencia del hombre tiene un sentido. En el ejercicio de su libertad auténtica, la persona cumple su vocación, se realiza y da forma a su identidad profunda. En el ejercicio de su libertad también ejerce su responsabilidad sobre sus actos. En este sentido, la dignidad particular del ser humano es a la vez un don de Dios y la promesa de un futuro.

El hombre tiene la capacidad específica de discernir lo bueno y el bien. La sindéresis, puesta en él por el Creador como un sello, lo impulsa a hacer el bien. Movido por ella, el hombre está llamado a desarrollar su conciencia mediante la formación y el ejercicio, para orientarse libremente en su existencia, fundándose en las leyes esenciales, que son la ley natural y la ley moral. En nuestra época, en la que el desarrollo de las ciencias atrae y seduce por las posibilidades que ofrece, es más importante que nunca educar las conciencias de nuestros contemporáneos para que la ciencia no se convierta en criterio del bien y para que se respete al hombre como centro de la creación y no se lo transforme en objeto de manipulaciones ideológicas, ni de decisiones arbitrarias, ni tampoco de abusos de los más fuertes sobre los más débiles. Se trata de peligros cuyas manifestaciones hemos podido conocer a lo largo de la historia humana, y en particular durante el siglo XX.

Toda práctica científica debe ser también una práctica de amor, debe estar al servicio del hombre y de la humanidad, contribuyendo a la construcción de la identidad de las personas. En efecto, como señalé en la encíclica *Deus caritas est*, «el amor engloba la existencia entera y en todas sus dimensiones, incluido también el tiempo. (...) El amor es “éxtasis”», es decir, «como camino, como un permanente salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de

este modo, hacia el reencuentro consigo mismo» (n. 6).

El amor hace salir de sí para descubrir y reconocer al otro; al abrirse a la alteridad, confirma también la identidad del sujeto, ya que el otro me revela a mí mismo. Ésta es la experiencia que, como muestra la Biblia, han hecho numerosos creyentes, a partir de Abraham. El modelo del amor, por excelencia, es Cristo. En el acto de entregar su vida por sus hermanos, de entregarse totalmente, se manifiesta su identidad profunda, y ahí tenemos la clave de lectura del misterio insondable de su ser y de su misión.

Encomendando vuestras investigaciones a la intercesión de santo Tomás de Aquino, a quien la Iglesia honra en este día y que sigue siendo un «auténtico modelo para cuantos buscan la verdad» (*Fides et ratio*, 78), os aseguro mi oración por vosotros, por vuestras familias y por vuestros colaboradores, e imparto con afecto a todos la bendición apostólica.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la Sesión
Plenaria de la Congregación para la
Doctrina de la Fe*

*Sala Clementina, Jueves, 31 de enero
de 2008*

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos y fieles colaboradores:

Para mí es motivo de gran alegría encontrarme con vosotros con ocasión de vuestra sesión plenaria. De este modo puedo comunicaros los sentimientos de profunda gratitud y de cordial aprecio que albergo por el trabajo que vuestro dicasterio realiza al servicio del *ministerio de unidad*, encomendado de modo especial al Romano Pontífice. Es un ministerio que se manifiesta principalmente en función de la *unidad de fe*, apoyada en el “sagrado depósito”, cuyo primer custodio y defensor es el Sucesor de Pedro (cf. const. ap. *Pastor bonus*, 11).

Agradezco al cardenal William Levada los sentimientos que, en nombre de todos, ha expresado en sus palabras y la presentación de los temas que han sido objeto de algunos documentos de vuestra Congregación durante estos últimos años, así como de los asuntos que está estudiando aún el dicasterio.

En particular, la Congregación para la doctrina de la fe publicó el año pasado dos importantes documentos, que proporcionaron algunas aclaraciones doctrinales acerca de aspectos esenciales de la doctrina sobre la Iglesia y sobre la evangelización. Son aclaraciones necesarias para el desarrollo correcto del diálogo ecuménico y del diálogo con las religiones y las culturas del mundo.

El primer documento, que lleva por título: “Respuestas a cuestiones relativas a algunos aspectos de la doctrina sobre la Iglesia”, vuelve a proponer, también

en las formulaciones y en el lenguaje, la enseñanza del concilio Vaticano II, en plena continuidad con la doctrina de la Tradición católica. Así se confirma que la una y única Iglesia de Cristo, que confesamos en el Credo, tiene su subsistencia, permanencia y estabilidad en la Iglesia católica y que, por tanto, la unidad, la indivisibilidad y la indestructibilidad de la Iglesia de Cristo no quedan anuladas por las separaciones y divisiones de los cristianos.

Además de esta aclaración doctrinal fundamental, el documento vuelve a proponer el uso lingüístico correcto de ciertas expresiones eclesiológicas, que corren el peligro de ser mal entendidas, y con ese fin llama la atención sobre la diferencia que sigue existiendo entre las diversas confesiones cristianas en lo que se refiere a la comprensión del *ser Iglesia*, en sentido propiamente teológico.

Eso, lejos de impedir el compromiso ecuménico auténtico, servirá de estímulo para que la confrontación sobre las cuestiones doctrinales se realice siempre con realismo y con plena conciencia de los aspectos que aún separan a las confesiones cristianas, reconociendo con alegría las verdades de fe que se profesan en común y la necesidad de orar sin cesar por un camino más solícito hacia una mayor y, al final, plena unidad de los cristianos.

Cultivar una visión teológica que considerara la unidad e identidad de la

Iglesia como sus dotes “ocultas en Cristo”, con la consecuencia de que históricamente la Iglesia existiría de hecho en múltiples configuraciones eclesiales, sólo reconciliables en una perspectiva escatológica, no podría por menos de retardar y, al final, paralizar el ecumenismo mismo.

La afirmación del concilio Vaticano II según la cual la verdadera Iglesia de Cristo “subsiste en la Iglesia católica” (*Lumen gentium*, 8) no atañe solamente a la relación con las Iglesias y comunidades eclesiales cristianas, sino que también se extiende a la definición de las relaciones con las religiones y las culturas del mundo. El mismo concilio Vaticano II, en la declaración *Dignitatis humanae* sobre la libertad religiosa, afirma que “esta única verdadera religión subsiste en la Iglesia católica y apostólica, a la que el Señor Jesús confió la tarea de difundirla a todos los hombres” (n. 1).

La “Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización” -el otro documento publicado por vuestra Congregación en diciembre de 2007-, ante el peligro de un persistente relativismo religioso y cultural, reafirma que la Iglesia, en el tiempo del diálogo entre las religiones y las culturas, no se dispensa de la necesidad de la evangelización y de la actividad misionera hacia los pueblos, ni deja de pedir a los hombres que acojan la salvación ofrecida a todas las gentes.

El reconocimiento de elementos de verdad y bondad en las religiones del mundo y de la seriedad de sus esfuerzos religiosos, el mismo coloquio y espíritu de colaboración con ellas para la defensa y la promoción de la dignidad de la persona y de los valores morales universales, no pueden entenderse como una limitación de la tarea misionera de la Iglesia, que la compromete a anunciar sin cesar a Cristo como el camino, la verdad y la vida (cf. *Jn* 14, 6).

Además, queridos hermanos, os invito a seguir con particular atención los difíciles y complejos problemas de la bioética, pues las nuevas tecnologías biomédicas no sólo afectan a algunos médicos e investigadores especializados, sino que son divulgadas a través de los medios modernos de comunicación social, provocando expectativas e interrogantes en sectores cada vez más amplios de la sociedad.

Ciertamente, el Magisterio de la Iglesia no puede ni debe intervenir en cada novedad de la ciencia, pero tiene la tarea de reafirmar los grandes valores que están en juego y de proponer a los fieles y a todos los hombres de buena voluntad principios y orientaciones ético-morales para las nuevas cuestiones importantes.

Los dos criterios fundamentales para el discernimiento moral en este campo son: a) el respeto incondicional al ser

humano como persona, desde su concepción hasta su muerte natural; b) el respeto de la originalidad de la transmisión de la vida humana a través de los actos propios de los esposos.

Después de la publicación, en el año 1987, de la instrucción *Donum vitae*, que enunció esos criterios, muchos han criticado al Magisterio de la Iglesia, denunciándolo como si fuera un obstáculo para la ciencia y para el verdadero progreso de la humanidad. Pero los nuevos problemas relacionados, por ejemplo, con la crio-conservación de embriones humanos, con la reducción embrionaria, con el diagnóstico pre-implantatorio, con la investigación sobre células madre embrionarias y con los intentos de clonación humana, muestran claramente cómo, con la fecundación artificial extra-corpórea, se ha roto la barrera puesta en defensa de la dignidad humana.

Cuando seres humanos, en la fase más débil e indefensa de su existencia, son seleccionados, abandonados, eliminados o utilizados como mero “material biológico”, no se puede negar que ya no son tratados como “alguien”, sino como “algo”, poniendo así en tela de juicio el concepto mismo de dignidad del hombre.

Ciertamente, la Iglesia aprecia y estimula el progreso de las ciencias biomédicas, que abren perspectivas terapéuticas hasta hoy desconocidas, por ejemplo mediante el uso de células

madre somáticas o mediante las terapias encaminadas a la restitución de la fertilidad o a la curación de las enfermedades genéticas.

Al mismo tiempo, siente el deber de iluminar las conciencias de todos, para que el progreso científico respete verdaderamente a todo ser humano, al que se le debe reconocer su dignidad de persona, por haber sido creado a imagen de Dios; de otro modo no sería verdadero progreso. El estudio de esas cuestiones, al que os habéis dedicado de modo especial en vuestra sesión durante estos días, contribuirá ciertamente a promover la formación de la conciencia de numerosos hermanos nuestros, según lo que afirma el concilio Vaticano II en la declaración *Dignitatis humanae*: “Los cristianos, al formar su conciencia, deben atender con diligencia a la doctrina cierta y sagrada de la Iglesia. Pues, por voluntad de Cristo, la Iglesia católica es maestra de la verdad y su misión es anunciar y enseñar auténticamente la Verdad, que es Cristo, y, al mismo tiempo, declarar y confirmar con su autoridad los principios de orden moral que fluyen de la misma naturaleza humana” (n. 14).

A la vez que os animo a proseguir vuestro arduo e importante trabajo, os expreso también en esta circunstancia mi cercanía espiritual, y os imparto de corazón a todos, en prenda de afecto y gratitud, la bendición apostólica.

*Palabras del Papa, Benedicto XVI,
al final de la visita al Pontificio
Seminario Romano Mayor, con
ocasión de la Fiesta de la Virgen de la
Confianza*

Viernes 1 de febrero de 2008

Quiero agradecer a vuestro portavoz estas hermosas palabras, agradecer esta posibilidad de estar con vosotros. Me siento realmente en casa aquí, donde tantos jóvenes se preparan para ser mensajeros de Cristo, evangelizadores en nuestro mundo.

Hoy, en las Vísperas, me impresionó en particular las palabras del salmo con que Israel da gracias a Dios por el don de la palabra que desciende como la lana. Y dice: no lo has hecho a todos los demás, sólo a nosotros nos has dado esta gracia de conocer tu voluntad, tus proyectos.

Los israelitas no consideraron un peso, un yugo sobre sus hombros, conocer los mandamientos de Dios; para ellos era un gran don: en la noche del mundo conocen quién es Dios y saben a dónde ir, cuál es el camino de la vida.

Juntamente con esta palabra, vale mucho más aún para nosotros, los cristianos, saber que la palabra de Dios no es sólo mandamiento, sino también don del amor encarnado en Cristo. Realmente podemos decir: gracias, Señor, porque nos has dado este don de

conocer a ti; quien te conoce a ti, en Cristo, conoce así la palabra viva; y conoce, en medio de la oscuridad, en medio de los numerosos enigmas de este mundo, en medio de los numerosos problemas sin solución, el camino por donde ir: de dónde venimos, qué es la vida, a qué estamos llamados.

Y pienso que, además de esta acción de gracias por el conocimiento y el don, por el conocimiento del Dios encarnado, también debe suscitarse en nosotros la idea: esto lo debo comunicar a los demás; también ellos buscan, también ellos quieren vivir bien, también ellos anhelan encontrar el camino recto y no lo encuentran. Y sobre todo es una gracia y también una obligación conocer a Jesús y tener la gracia de haber sido llamado por él precisamente para ayudar a los demás, para que también ellos puedan dar gracias a Dios con alegría, para que tengan la gracia de saber quién soy, de dónde vengo, a dónde voy.

La Virgen de la Gracia, la Virgen de la Confianza, se abandonó totalmente en manos del Señor con gran valentía. El sacerdocio, como dije en mi discurso, es una aventura en el mundo actual, en el que existen tantas oposiciones, tantas negaciones de la fe. Es una aventura, pero una aventura hermosísima, porque, en realidad, en lo más profundo del corazón hay esta sed de Dios.

En días pasados recibí a los obispos greco-católicos de Ucrania con

ocasión de su visita *ad limina*. Sobre todo en la parte oriental, a causa del régimen soviético, más de la mitad del pueblo se declara agnóstico, sin religión. Les dije: ¿qué hacéis?, ¿cómo se comportan?, ¿qué quieren? Y todos los obispos dicen: tienen gran sed de Dios y quieren conocer; ven que así no pueden vivir.

Así pues, a pesar de todas las contradicciones, resistencias y oposiciones, hay sed de Dios y nosotros tenemos la hermosa vocación de ayudar, de iluminar. Ésta es nuestra aventura. Ciertamente, hay muchas cosas imprevisibles, muchas complicaciones, muchos sufrimientos, y todo lo demás. Pero también la Virgen, en el momento del anuncio, sabía que ante ella había un camino desconocido y, conociendo las profecías del Siervo de Dios, conociendo la sagrada Escritura, podía calcular que habría también muchos sufrimientos en ese camino. Pero creyó en la palabra del ángel: no temas, porque al final Dios es más fuerte; no temas ni siquiera la cruz, todos los sufrimientos, porque al final Dios nos guía, y también estos sufrimientos ayudan a llegar a la plenitud de la luz.

Por consiguiente, que la Virgen de la Confianza os dé también a vosotros esta gran confianza, esta valentía, esta alegría de ser servidores de Cristo, de la verdad, de la vida.

Gracias a todos vosotros y que el Señor os bendiga a todos.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
al final de la Misa en la Fiesta de la
Presentación del Señor. Jornada de la
Vida Consagrada*

Sábado, 2 de febrero de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra mucho encontrarme con vosotros con ocasión de la Jornada de la vida consagrada, cita tradicional que se hace aún más significativa por el contexto litúrgico de la fiesta de la Presentación del Señor. Expreso mi agradecimiento al señor cardenal Franc Rodé, que ha celebrado la eucaristía para vosotros, así como al secretario y a los demás colaboradores de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica. Con gran afecto saludo a los superiores generales presentes y a todos vosotros, que formáis esta singular asamblea, expresión de la multiforme riqueza de la vida consagrada en la Iglesia.

Al narrar la presentación de Jesús en el templo, el evangelista san Lucas subraya tres veces que María y José actuaron según «la ley del Señor» (cf. *Lc* 2, 22-23. 39) y, por lo demás, siempre estaban atentos para escuchar la palabra de Dios. Esta actitud constituye un ejemplo elocuente para vosotros, religiosos y religiosas; y para vosotros, miembros de los institutos seculares y de las otras formas de vida consagrada.

A la palabra de Dios en la vida de la Iglesia se dedicará la próxima sesión

ordinaria del Sínodo de los obispos. Os pido, queridos hermanos y hermanas, que deis vuestra contribución a este compromiso eclesial, testimoniando cuán importante es poner en el centro de todo la palabra de Dios, de modo especial para quienes, como vosotros, el Señor llama a seguirlo más de cerca. En efecto, la vida consagrada hunde sus raíces en el Evangelio; en él, como en su regla suprema, se ha inspirado a lo largo de los siglos; y a él está llamada a volver constantemente para mantenerse viva y fecunda, dando fruto para la salvación de las almas.

En los inicios de las diversas expresiones de vida consagrada siempre se encuentra una fuerte inspiración evangélica. Pienso en san Antonio abad, impulsado por la escucha de las palabras de Cristo: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme» (*Mt* 19, 21) (cf. *Vita Antonii*, 2, 4). San Antonio las escuchó como palabras que el Señor le dirigía personalmente a él.

A su vez, san Francisco de Asís afirma que fue Dios quien le reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio (cf. *Testamento*, 17: *FF*116). «Francisco -escribe Tomás de Celano- al oír que los discípulos de Cristo no deben poseer ni oro ni plata, ni dinero, ni llevar alforja, ni pan, ni bastón para el camino, ni tener sandalias, ni dos túnicas..., inmediatamente, lleno del gozo del Espíritu Santo, exclamó: Esto

quiero, esto pido, esto anhelo hacer con todo mi corazón» (*1 Celano*, 83: *FF* 670. 672).

«El Espíritu Santo -recuerda la instrucción *Caminar desde Cristo*- ha iluminado con luz nueva la palabra de Dios a los fundadores y fundadoras. De ella ha brotado todo carisma y de ella quiere ser expresión toda Regla» (n. 24). En efecto, el Espíritu Santo atrae a algunas personas a vivir el Evangelio de modo radical y a traducirlo en un estilo de seguimiento más generoso. Así nace una obra, una familia religiosa que, con su misma presencia, se convierte a su vez en «exégesis» viva de la palabra de Dios.

Así pues, como dice el concilio Vaticano II, el sucederse de los carismas de la vida consagrada puede leerse como un desplegarse de Cristo a lo largo de los siglos, como un Evangelio vivo que se actualiza continuamente con formas nuevas (cf. *Lumen gentium*, 46). En las obras de las fundadoras y los fundadores se refleja un misterio de Cristo, una palabra suya; se refracta un rayo de la luz que emana de su rostro, esplendor del Padre (cf. *Vita consecrata*, 16).

Por tanto, en el decurso de los siglos, seguir a Cristo sin componendas tal como se propone en el Evangelio ha constituido la norma última y suprema de la vida religiosa (cf. *Perfectae caritatis*, 2). San Benito, en su *Regla*, remite a la Escritura como «norma rectísima para la vida del hombre» (n. 73, 2-5). Santo

Domingo «por doquier se manifestaba como un hombre evangélico, en sus palabras y en sus obras» (*Libellus*, 104: en P. Lippini, *San Domenico visto dai suoi contemporanei*, ed. Studio Dom., Bolonia 1982, p. 110) y así quería que fueran también sus frailes predicadores, «hombres evangélicos» (*Primeras Constituciones* o *Consuetudines*, 31). Santa Clara de Asís pone fuertemente de relieve la experiencia de san Francisco: «La forma de vida de la Orden de las Hermanas pobres -escribe- es esta: observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (*Regla* I, 1-2: FF 2750). San Vicente Pallotti afirma: «La regla fundamental de nuestra mínima Congregación es la vida de nuestro Señor Jesucristo para imitarla con toda la perfección posible» (cf. *Obras completas* II, 541-546; VIII, 63, 67, 253, 254, 466). Y san Luis Orión escribe: «Nuestra primera Regla y vida ha de consistir en observar, con gran humildad y con amor dulcísimo y ardiente a Dios, el santo Evangelio» (*Lettere di don Orión*, Roma 1969, vol. II, p. 278).

Esta riquísima tradición atestigua que la vida consagrada está «profundamente enraizada en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor» (*Vita consecrata*, 1) y se presenta «como un árbol lleno de ramas, que hunde sus raíces en el Evangelio y da frutos copiosos en cada época de la Iglesia» (*ib.*, 5). Tiene la misión de recordar que todos los cristianos han sido convocados por la Palabra para vivir de la Palabra y permanecer bajo su señorío.

Por tanto, corresponde en particular a los religiosos y a las religiosas «mantener viva en los bautizados la conciencia de los valores fundamentales del Evangelio» (*ib.*, 33). Al hacerlo, su testimonio da a la Iglesia «un precioso impulso hacia una mayor coherencia evangélica» (*ib.*, 3); más aún, podríamos decir que es una «elocuente, aunque con frecuencia silenciosa, predicación del Evangelio» (*ib.*, 25). Por eso, en mis dos encíclicas, al igual que en otras ocasiones, no he dejado de señalar el ejemplo de santos y beatos pertenecientes a institutos de vida consagrada.

Queridos hermanos y hermanas, alimentad vuestra jornada con la oración, la meditación y la escucha de la palabra de Dios. Vosotros, que tenéis familiaridad con la antigua práctica de la *lectio divina*, ayudad también a los fieles a valorarla en su vida diaria. Y traducid en testimonio lo que la Palabra indica, dejándoos plasmar por ella que, como semilla caída en terreno bueno, da frutos abundantes.

Así seréis siempre dóciles al Espíritu y creceréis en la unión con Dios, cultivaréis la comunión fraterna entre vosotros y estaréis dispuestos a servir generosamente a los hermanos, sobre todo a los necesitados. Que los hombres vean vuestras buenas obras, fruto de la palabra de Dios que vive en vosotros, y den gloria a vuestro Padre celestial (cf. *Mt* 5, 16).

Al encomendaros estas reflexiones, os agradezco el valioso servicio que

prestáis a la Iglesia y, a la vez que invoco la protección de María y de los santos y beatos fundadores de vuestros institutos, os imparto de corazón la bendición apostólica a vosotros y a vuestras respectivas familias religiosas, y de modo especial a los jóvenes y a las jóvenes que están en período de formación, y a vuestros hermanos y hermanas enfermos, ancianos o en dificultad. A todos aseguro un recuerdo en mi oración.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los párrocos, sacerdotes y diáconos de
la Diócesis de Roma*

*Sala de las Bendiciones, Jueves, 7 de
febrero de 2008*

(Publicamos el texto de las intervenciones del Santo Padre y un resumen de las preguntas)

(Giuseppe Corona, diácono)

Santo Padre, nos sentimos agradecidos porque providencialmente el Concilio restauró el diaconado permanente. Los diáconos realizamos tareas en ámbitos muy diferentes: familia, trabajo, parroquia, sociedad, incluso misiones en África y América Latina. Pero quisiéramos que nos indicara alguna iniciativa pastoral que haga más incisiva la presencia del diaconado permanente en Roma, como sucedía en la Iglesia primitiva.

Gracias por este testimonio de uno de los más de cien diáconos de Roma. Yo también quiero expresar mi alegría y mi gratitud al Concilio, porque restauró este importante ministerio en la Iglesia universal. Cuando yo era arzobispo de Munich, no encontré más de tres o cuatro diáconos, y fomenté mucho este ministerio, porque me parece que pertenece a la riqueza del ministerio sacramental en la Iglesia. Al mismo tiempo, puede ser también un nexo entre el mundo laico, el mundo profesional, y el mundo del ministerio sacerdotal.

En efecto, muchos diáconos siguen desempeñando sus profesiones y mantienen sus puestos, tanto cuando se trata de actividades importantes como cuando son parte de una vida sencilla, mientras que el sábado y el domingo trabajan en la Iglesia. Así testimonian en el mundo de hoy, incluso en el mundo del trabajo, la presencia de la fe, el ministerio sacramental y la dimensión diaconal del sacramento del Orden. Me parece muy importante la visibilidad de la dimensión diaconal.

Naturalmente, también todo sacerdote sigue siendo diácono y siempre debe pensar en esta dimensión, porque el Señor mismo se hizo nuestro ministro, nuestro diácono. Pensemos en el gesto del lavatorio de los pies, con el cual se manifiesta explícitamente que el Maestro, el Señor, actúa como diácono y quiere que todos los que lo sigan sean diáconos, que desempeñen este minis-

terio en favor de la humanidad, hasta el punto de ayudar también a lavar los pies sucios de los hombres que nos han sido encomendados. Esta dimensión me parece de gran importancia.

Con esta ocasión, me viene a la mente -aunque tal vez no sea inmediatamente atinente al tema- una sencilla experiencia de Pablo VI. Cada día del Concilio se entronizaba el Evangelio. Y el Santo Padre dijo a los maestros de ceremonias que en alguna ocasión quería realizar él mismo esa entronización del Evangelio. Le respondieron: “no, eso es tarea de los diáconos y no del Papa, del Sumo Pontífice, ni de los obispos”. Él anotó en su diario: “Yo también soy diácono, sigo siendo diácono, y yo también quiero ejercer este ministerio de diácono colocando en el trono la palabra de Dios”. Así pues, esto nos concierne a todos. Los sacerdotes siguen siendo diáconos y los diáconos llevan a cabo en la Iglesia y en el mundo esta dimensión diaconal de nuestro ministerio. Esta entronización litúrgica de la palabra de Dios cada día durante el Concilio era siempre para nosotros un gesto de gran importancia: nos decía quién era el verdadero Señor de esa asamblea; nos decía que en el trono está la palabra de Dios y nosotros ejercemos el ministerio para escuchar y para interpretar, para ofrecer a los demás esta Palabra. Entronizar en el mundo la palabra de Dios, la Palabra viva, Cristo, es muy significativo para todo lo que hacemos. Que sea él realmente quien gobierne nuestra vida personal y nuestra vida en las parroquias.

Además, usted me hace una pregunta que, en mi opinión, va un poco más allá de mis fuerzas: ¿Cuáles serían las tareas propias de los diáconos de Roma? Sé que el cardenal vicario conoce mucho mejor que yo las situaciones concretas de la ciudad, de la comunidad diocesana de Roma. Yo creo que una característica del ministerio de los diáconos es precisamente la multiplicidad de las aplicaciones del diaconado. En la Comisión teológica internacional, hace algunos años, estudiamos a fondo el diaconado en la historia y también en el presente de la Iglesia. Y descubrimos precisamente esto: no hay un perfil único. Lo que se debe hacer varía según la preparación de las personas y las situaciones en las que se encuentran. Puede haber aplicaciones y formas concretas muy diversas, naturalmente siempre en comunión con el obispo y con la parroquia. En las diferentes situaciones se presentan muchas posibilidades, también según la preparación profesional que puedan tener estos diáconos: podrían emplearse en el sector cultural, tan importante hoy; o podrían tener una voz y un puesto significativo en el sector educativo. Este año pensamos precisamente en el problema de la educación como algo central para nuestro futuro, para el futuro de la humanidad.

Ciertamente, en Roma el sector de la caridad era el sector originario, porque los títulos presbiterales y las diaconías eran centros de la caridad cristiana. Desde el inicio, este sector era muy importante en la ciudad de Roma. En mi encí-

clica *Deus caritas est* puse de relieve que no sólo la predicación y la liturgia son esenciales para la Iglesia y para el ministerio de la Iglesia, sino que también es esencial la ayuda a los pobres, a los necesitados, el servicio de la *cáritas* en sus múltiples dimensiones. Por tanto, espero que en todos los tiempos, en todas las diócesis, aun en situaciones diversas, esta dimensión siga siendo fundamental e incluso prioritaria en el compromiso de los diáconos, aunque no única, como nos muestra también la Iglesia primitiva, donde los siete diáconos habían sido elegidos precisamente para permitir a los Apóstoles dedicarse a la oración, a la liturgia, a la predicación.

Con todo, san Esteban se vio en la necesidad de predicar a los helenistas, a los judíos de lengua griega; así se ensancha el campo de la predicación. Podríamos decir que se vio condicionado por las situaciones culturales, donde él tenía voz para hacer presente la palabra de Dios en este sector y así favorecer más la universalidad del testimonio cristiano, abriendo las puertas a san Pablo, que fue testigo de su lapidación y luego, en cierto sentido, su sucesor en la universalización de la palabra de Dios.

No sé si el cardenal vicario quiere añadir alguna palabra. Yo no sigo tan de cerca las situaciones concretas.

(Cardenal Ruini)

Santo Padre, le confirmando que, como decía usted, también en Roma, en con-

creto, los diáconos trabajan en muchos ámbitos, por lo general en las parroquias, ocupándose de la pastoral de la caridad, pero por ejemplo muchos también colaboran en la pastoral de la familia. Dado que casi todos los diáconos están casados, preparan para el matrimonio, siguen a las parejas jóvenes, etc. Además, contribuyen de modo notable a la pastoral sanitaria, colaboran en el Vicariato -algunos trabajan en el Vicariato- y, como se ha dicho antes, en las misiones. También hay alguna presencia misionera de diáconos. Naturalmente, por lo que atañe al número, la mayoría se dedican a la pastoral en las parroquias, pero también hay otros ámbitos que se están abriendo y precisamente por esto ya tenemos más de cien diáconos permanentes.

(Padre Graziano Bonfitto, vicario parroquial)

Soy religioso de don Orión. Realizo mi apostolado sacerdotal especialmente con los jóvenes, los cuales necesitan certezas, anhelan sinceridad, libertad, justicia y paz. Quieren tener a su lado personas que los acompañen, como Jesús a los discípulos de Emaús. Tienen sed de Cristo, sed de testigos gozosos que se hayan encontrado con Jesús y hayan apostado por él toda su vida. Sin embargo, muchos están alejados de la Iglesia. Además, les acechan muchos falsos profetas. ¿Qué hacer? ¿Cómo comportarse?

Gracias por este hermoso testimonio de un sacerdote joven que está cerca de los jóvenes, que los acompaña, como

usted ha dicho, y les ayuda a estar con Cristo, con Jesús. ¿Qué puedo decir? Todos sabemos cuán difícil es para un joven de hoy vivir como cristiano. El contexto cultural, el contexto mediático, ofrece un camino muy diferente al de Cristo. Parece incluso que hace imposible ver a Cristo como centro de la vida y vivir la vida como Jesús nos la muestra. Sin embargo, también creo que muchos perciben cada vez más la insuficiencia de todas esas propuestas, de ese estilo de vida, que al final deja vacíos.

En este sentido, me parece que las lecturas de la liturgia de hoy, la del Deuteronomio (30, 15-20) y el pasaje evangélico de san Lucas (9, 22-25) responden a lo que, en substancia, deberíamos decir siempre a los jóvenes y también a nosotros mismos. Como ha dicho usted, la sinceridad es fundamental. Los jóvenes deben percibir que no decimos palabras que no hayamos vivido antes nosotros mismos, sino que hablamos porque hemos encontrado y tratamos de encontrar de nuevo cada día la verdad como verdad para nuestra vida. Para que nuestras palabras sean creíbles y tengan una lógica visible y convincente, es preciso que nosotros mismos sigamos ese camino, que nosotros mismos tratemos de que nuestra vida corresponda a la del Señor.

Vuelvo al Deuteronomio: hoy la gran regla fundamental, no sólo para la Cuaresma, sino también para toda la vida cristiana, es: “Escoge la vida. Tienes ante ti la muerte y la vida: escoge

la vida”. Y me parece que la respuesta es natural. Son muy pocos los que en lo más profundo de su ser albergan una voluntad de destrucción, de muerte, los que ya no quieren el ser, la vida, porque para ellos todo es contradictorio. Sin embargo, por desgracia, se trata de un fenómeno que va aumentando. Con todas las contradicciones, las falsas promesas, al final la vida parece contradictoria, ya no es un don sino una condena, y de esta forma hay quien prefiere la muerte a la vida. Pero normalmente el hombre responde: sí, quiero la vida.

Con todo, el problema sigue consistiendo en cómo encontrar la vida, en qué escoger, en cómo escoger la vida. Y ya conocemos las propuestas que normalmente se hacen: ir a la discoteca, tomar todo lo que es posible, considerar la libertad como hacer todo lo que apetezca, todo lo que venga a la mente en un momento determinado. En cambio, sabemos -y podemos demostrarlo- que este camino es un camino de mentira, porque al final no se encuentra la vida, sino lo que en realidad se encuentra es el abismo de la nada.

“Escoge la vida”. La misma lectura del Deuteronomio dice: Dios es tu vida, tú has escogido la vida y tú has hecho la elección: Dios. Esto me parece fundamental. Sólo así nuestro horizonte es suficientemente amplio y sólo así estamos ante la fuente de la vida, que es más fuerte que la muerte, que todas las amenazas de la muerte. Por

consiguiente, la opción fundamental es la que se indica aquí: escoge a Dios. Es preciso comprender que quien avanza por el camino sin Dios, al final se encuentra en la oscuridad, aunque pueda haber momentos en que le parezca haber hallado la vida.

Un paso más es ver cómo encontrar a Dios, cómo escoger a Dios. Aquí pasamos al Evangelio: Dios no es un desconocido, una hipótesis tal vez del primer inicio del cosmos. Dios tiene carne y hueso. Es uno de nosotros. Lo conocemos con su rostro, con su nombre. Es Jesucristo, que nos habla en el Evangelio. Es hombre y Dios. Siendo Dios, escogió ser hombre para que nosotros pudiéramos elegir a Dios. Por tanto, hay que entrar en el conocimiento y luego en la amistad de Jesús para caminar con él.

Me parece que éste es el punto fundamental en nuestra atención pastoral a los jóvenes, a todos pero especialmente a los jóvenes: atraer la atención hacia la opción de escoger a Dios, que es la vida; hacia el hecho de que Dios existe, y existe de un modo concreto. Y enseñar la amistad con Jesucristo.

Hay un tercer paso. Esta amistad con Jesús no es una amistad con una persona irreal, con alguien que pertenece al pasado o que está lejos de los hombres, a la diestra de Dios. Cristo está presente en su cuerpo, que es aún de carne y hueso: es la Iglesia, la comunión de la Iglesia. Debemos

construir, y hacer más accesibles, comunidades que reflejen, que sean el espejo de la gran comunidad de la Iglesia vital. Es un conjunto: la experiencia vital de la comunidad, con todas las debilidades humanas, pero, sin embargo real, con un camino claro, y una sólida vida sacramental, en la que podamos palpar también lo que a nosotros nos pueda parecer muy lejano, la presencia del Señor.

De este modo, para volver al Deuteronomio, del que partí, podemos aprender también los mandamientos. Porque la lectura dice: escoger a Dios quiere decir escoger según su Palabra, vivir según la Palabra. En un primer momento esto parece casi en cierto modo positivista, pues son imperativos. Pero lo más importante es el don, su amistad. Luego podemos comprender que las señales del camino son explicaciones de la realidad de esa amistad nuestra.

Podemos decir que esta es una visión general, tal como se desprende del contacto con la sagrada Escritura y de la vida diaria de la Iglesia. Luego se traduce, paso a paso, en los encuentros concretos con los jóvenes: guiarlos al diálogo con Jesús en la oración, en la lectura de la sagrada Escritura -sobre todo la lectura común, pero también la personal- y en la vida sacramental. Se trata de pasos para hacer presentes estas experiencias en la vida profesional, aunque el contexto con frecuencia está marcado por una total ausencia de

Dios y por la aparente imposibilidad de captar su presencia. Pero precisamente entonces, a través de nuestra vida y de nuestra experiencia de Dios, debemos tratar de que la presencia de Cristo entre también en este mundo alejado de Dios.

Hay sed de Dios. Hace poco tiempo recibí, en visita *ad limina*, a los obispos de un país donde más del cincuenta por ciento se declara ateo o agnóstico. Pero me dijeron: en realidad, todos tienen sed de Dios. En lo más profundo existe esta sed. Por eso, comencemos primero nosotros, junto con los jóvenes que podamos encontrar. Formemos comunidades en las que se refleje la Iglesia; aprendamos la amistad con Jesús. Así, llenos de esta alegría y de esta experiencia, también hoy podremos hacer presente a Dios en este mundo.

(Don Pietro Riggi, sacerdote salesiano)

Santo Padre, en un discurso del 25 de marzo de 2007, dijo usted que hoy se habla poco de los Novísimos. En muchos catecismos se han omitido algunas verdades de fe. Ya casi no se habla del infierno, del purgatorio, del pecado, del pecado original... ¿No cree que sin estas partes esenciales del Credo se desmorona el sistema lógico que lleva a ver la redención de Cristo? Si se pierde el sentido del pecado, se devalúa el sacramento de la reconciliación. ¿No se está dando a la fe una dimensión meramente horizontal?

Usted ha abordado con razón temas fundamentales de la fe, que, por desgracia aparecen raramente en nuestra predicación. En la encíclica *Spe salvi* quise hablar precisamente también del juicio final, del juicio en general y, en este contexto, también del purgatorio, del infierno y del paraíso. Creo que a todos nos impresiona siempre la objeción de los marxistas, según los cuales los cristianos sólo han hablado del más allá y han descuidado la tierra. Así, nosotros queremos demostrar que realmente nos comprometemos por la tierra y no somos personas que hablan de realidades lejanas, de realidades que no ayudan a la tierra.

Aunque esté bien mostrar que los cristianos se comprometen por la tierra -y todos estamos llamados a trabajar para que esta tierra sea realmente una ciudad para Dios y de Dios- no debemos olvidar la otra dimensión. Si no la tenemos en cuenta, no trabajamos bien por la tierra. Mostrar esto ha sido una de mis finalidades fundamentales al escribir la encíclica. Cuando no se conoce el juicio de Dios, no se conoce la posibilidad del infierno, del fracaso radical y definitivo de la vida; no se conoce la posibilidad y la necesidad de purificación. Entonces el hombre no trabaja bien por la tierra, porque al final pierde los criterios; al no conocer a Dios, ya no se conoce a sí mismo y destruye la tierra. Todas las grandes ideologías han prometido: nosotros cuidaremos de las cosas, ya no descuidaremos la tierra, crearemos un mun-

do nuevo, justo, correcto, fraterno. En cambio, han destruido el mundo. Lo vemos con el nazismo, lo vemos también con el comunismo, que prometieron construir el mundo como tendría que haber sido y, en cambio, han destruido el mundo.

En las visitas *ad limina* de los obispos de los países ex comunistas veo siempre cómo en esas tierras no sólo han quedado destruidos el planeta, la ecología, sino sobre todo, y más gravemente, las almas. Recobrar la conciencia verdaderamente humana, iluminada por la presencia de Dios, es la primera tarea de reconstrucción de la tierra. Ésta es la experiencia común de esos países. La reconstrucción de la tierra, respetando el grito de sufrimiento de este planeta, sólo se puede realizar encontrando a Dios en el alma, con los ojos abiertos hacia Dios.

Por eso, usted tiene razón: debemos hablar de todo esto precisamente por responsabilidad con la tierra, con los hombres que viven hoy. También debemos hablar del pecado como posibilidad de destruirse a sí mismos, y así también de destruir otras partes de la tierra. En la encíclica traté de demostrar que precisamente el juicio final de Dios garantiza la justicia. Todos queremos un mundo justo, pero no podemos reparar todas las destrucciones del pasado, todas las personas injustamente atormentadas y asesinadas. Sólo Dios puede crear la justicia, que debe ser justicia para todos, también para

los muertos. Como dice Adorno, un gran marxista, sólo la resurrección de la carne, que él considera irreal, podría crear justicia. Nosotros creemos en esta resurrección de la carne, en la que no todos serán iguales. Hoy se suele pensar: “¿Qué es el pecado? Dios es grande y nos conoce; por tanto, el pecado no cuenta; al final Dios será bueno con todos”. Es una hermosa esperanza. Pero está la justicia y está también la verdadera culpa. Los que han destruido al hombre y la tierra, no pueden sentarse inmediatamente a la mesa de Dios juntamente con sus víctimas. Dios crea justicia. Debemos tenerlo presente. Por eso, me pareció importante escribir ese texto también sobre el purgatorio, que para mí es una verdad tan obvia, tan evidente y también tan necesaria y consoladora, que no puede faltar. Traté de decir: tal vez no son muchos los que se han destruido así, los que son incurables para siempre, los que no tienen ningún elemento sobre el cual pueda apoyarse el amor de Dios, los que ya no tienen en sí mismos un mínimo de capacidad de amar. Eso sería el infierno.

Por otra parte, ciertamente son pocos -o, por lo menos, no demasiados- los que son tan puros que puedan entrar inmediatamente en la comunión de Dios. Muchísimos de nosotros esperamos que haya algo sanable en nosotros, que haya una voluntad final de servir a Dios y de servir a los hombres, de vivir según Dios. Pero hay numerosas heridas, mucha suciedad. Tenemos necesidad de estar preparados, de ser purifica-

dos. Esta es nuestra esperanza: también con mucha suciedad en nuestra alma, al final el Señor nos da la posibilidad, nos lava finalmente con su bondad, que viene de su cruz. Así nos hace capaces de estar eternamente con él. De este modo el paraíso es la esperanza, es la justicia finalmente realizada.

Y también nos da los criterios para vivir, para que este tiempo sea de algún modo un paraíso, para que sea una primera luz del paraíso. Donde los hombres viven según estos criterios, existe ya un poco de paraíso en el mundo, y esto se puede comprobar. Me parece también una demostración de la verdad de la fe, de la necesidad de seguir la senda de los mandamientos, de la que debemos hablar más.

Los mandamientos son realmente las señales que nos indican el camino y nos muestran cómo vivir bien, cómo escoger la vida. Por eso, debemos hablar también del pecado y del sacramento del perdón y de la reconciliación. Un hombre sincero sabe que es culpable, que debería recomenzar, que debería ser purificado. Y ésta es la maravillosa realidad que nos ofrece el Señor: hay una posibilidad de renovación, de ser nuevos. El Señor comienza con nosotros de nuevo y nosotros podemos recomenzar así también con los demás en nuestra vida.

Este aspecto de la renovación, de la restitución de nuestro ser después de tantas cosas equivocadas, después de

tantos pecados, es la gran promesa, el gran don que la Iglesia ofrece, y que, por ejemplo, la psicoterapia no puede ofrecer. La psicoterapia hoy está muy difundida y también es muy necesaria, teniendo en cuenta tantas psiques destruidas o gravemente heridas. Pero las posibilidades de la psicoterapia son muy limitadas: sólo puede tratar de volver a equilibrar un poco un alma desequilibrada. Pero no puede dar una verdadera renovación, una superación de estas graves enfermedades del alma. Por eso, siempre es provisional y nunca definitiva.

El sacramento de la penitencia nos brinda la ocasión de renovarnos hasta el fondo con el poder de Dios -*Ego te absolvo*-, que es posible porque Cristo tomó sobre sí estos pecados, estas culpas. Me parece que hoy ésta es una gran necesidad. Podemos ser sanados nuevamente. Las almas que están heridas y enfermas, como es la experiencia de todos, no sólo necesitan consejos, sino también una auténtica renovación, que únicamente puede venir del poder de Dios, del poder del Amor crucificado. Me parece que este es el gran nexo de los misterios que, al final, influyen realmente en nuestra vida. Nosotros mismos debemos meditarlos continuamente, para poder después hacer que lleguen de nuevo a nuestra gente.

(Don Massimo Tellan, párroco)

Santidad, vivimos inmersos en un mundo con inflación de palabras, a me-

nudo sin significado, que desorientan el corazón humano hasta el punto de que lo hacen sordo a la Palabra de verdad: Dios hecho carne con el rostro de Jesús. Esa Palabra queda oscurecida en medio de la selva de imágenes ambiguas y efímeras con las que nos bombardean sin cesar. ¿Cómo educar en la fe, a través del binomio palabra-imagen? ¿Cómo podemos volver a recuperar el arte de narrar la fe e introducir el misterio, como se hacía en el pasado, a través de la imagen? ¿Cómo educar en la búsqueda y la contemplación de la verdadera belleza? A este propósito, queremos regalarle un icono de Cristo atado a la columna, imagen de la humanidad que asumió el Verbo.

Gracias por este hermosísimo regalo. Me alegra que no sólo tengamos palabras, sino también imágenes. Vemos que también hoy la meditación cristiana suscita nuevas imágenes; renace la cultura cristiana, la iconografía cristiana. Sí, vivimos en una inflación de palabras, de imágenes. Por eso, es difícil crear espacio para la palabra y para la imagen. Me parece que precisamente en la situación de nuestro mundo, que todos conocemos, que es también nuestro sufrimiento, el sufrimiento de cada uno, el tiempo de Cuaresma cobra un nuevo significado. Ciertamente, el ayuno corporal, durante algún tiempo considerado pasado de moda, hoy se presenta a todos como necesario. No es difícil comprender que debemos ayunar. A veces nos encontramos ante ciertas exageraciones debidas a un ideal de belleza equivocado. Pero, en cual-

quier caso, el ayuno corporal es importante, porque somos cuerpo y alma, y la disciplina del cuerpo, también la disciplina material, es importante para la vida espiritual, que siempre es vida encarnada en una persona que es cuerpo y alma.

Ésta es una dimensión. Hoy crecen y se manifiestan otras dimensiones. Me parece que precisamente el tiempo de Cuaresma podría ser también un tiempo de ayuno de palabras y de imágenes. Necesitamos un poco de silencio, necesitamos un espacio sin el bombardeo permanente de imágenes. En este sentido, hacer accesible y comprensible hoy el significado de cuarenta días de disciplina exterior e interior es muy importante para ayudarnos a comprender que una dimensión de nuestra Cuaresma, de esta disciplina corporal y espiritual, es crearnos espacios de silencio y también sin imágenes, para volver a abrir nuestro corazón a la imagen verdadera y a la palabra verdadera.

Me parece prometedor que también hoy se vea que hay un renacimiento del arte cristiano, tanto de una música meditativa -como por ejemplo la que surgió en Taizé-, como también, remitiéndome al arte del icono, de un arte cristiano que se mantiene en el ámbito de las grandes reglas del arte iconológico del pasado, pero ampliándose a las experiencias y a las visiones de hoy.

Donde hay una verdadera y profunda meditación de la Palabra, don-

de entramos realmente en la contemplación de esta visibilidad de Dios en el mundo, de la realidad palpable de Dios en el mundo, nacen también nuevas imágenes, nuevas posibilidades de hacer visibles los acontecimientos de la salvación. Ésta es precisamente la consecuencia del acontecimiento de la Encarnación. El Antiguo Testamento prohibía todas las imágenes y debía prohibirlas en un mundo lleno de divinidades. Había un gran vacío, que se manifestaba en el interior del templo, donde, en contraste con otros templos, no había ninguna imagen, sino sólo el trono vacío de la Palabra, la presencia misteriosa del Dios invisible, no circunscrito por nuestras imágenes.

Pero luego el paso nuevo consistió en que ese Dios misterioso nos libró de la inflación de las imágenes, también de un tiempo lleno de imágenes de divinidades, y nos dio la libertad de la visión de lo esencial. Apareció con un rostro, con un cuerpo, con una historia humana que, al mismo tiempo, es una historia divina. Una historia que prosigue en la historia de los santos, de los mártires, de los santos de la caridad, de la palabra, que son siempre explicación, continuación -en el Cuerpo de Cristo- de esta vida suya divina y humana, y nos da las imágenes fundamentales, en las cuales -más allá de las superficiales, que ocultan la realidad- podemos abrir la mirada hacia la Verdad misma. En este sentido, me parece excesivo el período iconoclastico del posconcilio, que, sin embargo, tenía su sentido, porque tal

vez era necesario librarse de una superficialidad de demasiadas imágenes.

Volvamos ahora al conocimiento del Dios que se hizo hombre. Como dice la carta a los Efesios, él es la verdadera imagen. Y en esta verdadera imagen vemos -por encima de las apariencias que ocultan la verdad- la Verdad misma: "Quien me ve, ve al Padre". En este sentido, yo diría que, con mucho respeto y con mucha reverencia, podemos volver a encontrar un arte cristiano y también las grandes y esenciales representaciones del misterio de Dios en la tradición iconográfica de la Iglesia. Así podremos redescubrir la imagen verdadera, cubierta por las apariencias.

Realmente, la educación cristiana tiene la tarea importante de librarnos de las palabras por la Palabra, que exige continuamente espacios de silencio, de meditación, de profundización, de abstinencia, de disciplina. También la educación con respecto a la verdadera imagen, es decir, al redescubrimiento de los grandes iconos creados en la cristiandad a lo largo de la historia: con la humildad nos libramos de las imágenes superficiales. Este tipo de iconoclasma siempre es necesario para redescubrir la imagen, es decir, las imágenes fundamentales que manifiestan la presencia de Dios en la carne.

Esta es una dimensión fundamental de la educación en la fe, en el verdadero humanismo, que buscamos en este tiempo en Roma. Hemos redescubrier-

to el icono con sus reglas muy severas, sin las bellezas del Renacimiento. Así podemos volver también nosotros a un camino de redescubrimiento humilde de las grandes imágenes, hacia una liberación siempre nueva de las demasiadas palabras, de las demasiadas imágenes, para redescubrir las imágenes esenciales que nos son necesarias. Dios mismo nos ha mostrado su imagen y nosotros podemos volver a encontrar esta imagen con una profunda meditación de la Palabra, que hace renacer las imágenes. Así pues, pidamos al Señor que nos ayude en este camino de verdadera educación, de reeducación en la fe, que no sólo es escuchar, sino también ver.

(Don Paul Chungat, de la India, vicario parroquial)

En la reciente Nota de la Congregación para la doctrina de la fe hay palabras difíciles de entender en el campo del diálogo interreligioso. Habla de "plenitud de la salvación", de "necesidad de incorporación formal a la Iglesia". ¿Cómo aplicar estos conceptos en la India, mi país, donde debemos tratar con amigos hinduistas, budistas y de otras religiones? ¿La plenitud de la salvación se ha de entender en sentido cualitativo o cuantitativo? El Concilio habló de la semilla de luz que hay en otras religiones.

Gracias por esta intervención. Usted sabe bien que por la amplitud de sus preguntas haría falta un semestre de teología. Trataré de ser breve. Usted conoce la teología; hay grandes maestros

y muchos libros. Ante todo, gracias por su testimonio, porque usted se muestra contento de poder trabajar en Roma, aunque es de la India. Para mí se trata de un fenómeno admirable de la catolicidad. Ahora no sólo los misioneros van de Occidente a los demás continentes; sino que hay un intercambio de dones: indios, africanos, sudamericanos, trabajan entre nosotros, y los nuestros van a los demás continentes. Todos dan y reciben. Ésta es la vitalidad de la catolicidad, donde todos somos deudores de los dones del Señor, y luego podemos dar los unos a los otros.

En esta reciprocidad de dones, de dar y recibir, vive la Iglesia católica. Vosotros podéis aprender de estos ambientes y experiencias occidentales, y nosotros no menos de vosotros. Veo que precisamente el espíritu de religiosidad que existe en Asia, al igual que en África, sorprende a los europeos, que a menudo son un poco fríos en la fe. Así, esa vivacidad, al menos, del espíritu religioso que existe en esos continentes, es un gran don para todos nosotros, sobre todo para los obispos del mundo occidental y, en especial, para los países en donde es marcado el fenómeno de la inmigración, procedente de Filipinas, la India, etc. Nuestro catolicismo frío se reaviva con este fervor que nos viene de vosotros. Por tanto, la catolicidad es un gran don.

Vengamos a las preguntas que usted me ha formulado. En este momento no tengo presentes las palabras exactas

del documento de la Congregación para la doctrina de la fe al que usted se ha referido; pero, en cualquier caso, quiero decir dos cosas. Por una parte, es absolutamente necesario el diálogo, conocerse mutuamente, respetarse y tratar de colaborar de todas las formas posibles para los grandes objetivos de la humanidad, o para sus grandes necesidades, para superar los fanatismos y crear un espíritu de paz y de amor.

Éste es también el espíritu del Evangelio, cuyo sentido es precisamente que el espíritu de amor, que hemos aprendido de Jesús, la paz de Jesús que él nos dio mediante la cruz, se haga presente universalmente en el mundo. En este sentido, el diálogo deber ser verdadero diálogo, respetando al otro y aceptando su diversidad; pero también debe ser evangélico, en el sentido de que su finalidad fundamental es ayudar a los hombres a vivir en el amor y a hacer que ese amor se pueda difundir por todas las partes del mundo.

Pero esta dimensión del diálogo, tan necesaria, es decir, la del respeto del otro, de la tolerancia, de la cooperación, no excluye la otra, o sea, que el Evangelio es un gran don, el don del gran amor, de la gran verdad, que no podemos tener sólo para nosotros mismos, sino que debemos ofrecer a los demás, considerando que Dios les da la libertad y la luz necesaria para encontrar la verdad. Ésta es la verdad. Y, por tanto, este es también mi camino.

La misión no es una imposición, sino ofrecer el don de Dios, dejando a su bondad iluminar a las personas para que se difunda el don de la amistad concreta con el Dios de rostro humano. Por eso, queremos y debemos testimoniar siempre esta fe y el amor que vive en nuestra fe. Dejaríamos de cumplir un deber verdadero, humano y divino, si dejáramos a los demás solos y reserváramos únicamente para nosotros la fe que tenemos. También seríamos infieles a nosotros mismos si no ofreciéramos esta fe al mundo, siempre respetando la libertad de los demás. La presencia de la fe en el mundo es un elemento positivo, aunque nadie se convirtiera; es un punto de referencia.

Algunos exponentes de religiones no cristianas me han dicho: "Para nosotros la presencia del cristianismo es un punto de referencia que nos ayuda, aunque no nos convirtamos". Pensemos en la gran figura del Mahatma Gandhi: aun estando firmemente adherido a su religión, para él el Sermón de la montaña era un punto de referencia fundamental, que formó toda su vida. Así, el fermento de la fe, aun sin convertirlo al cristianismo, entró en su vida. Y me parece que este fermento del amor cristiano, que brota del Evangelio, es -además del trabajo misionero que trata de ampliar los espacios de la fe- un servicio que prestamos a la humanidad.

Pensemos en san Pablo. Hace poco tiempo profundicé su motivación misionera. Hablé de ello también a la

Curia con ocasión del encuentro de fin de año. San Pablo se conmovió con las palabras del Señor en su discurso escatológico. Antes de cualquier acontecimiento, antes de la vuelta del Hijo del hombre, el Evangelio debe ser predicado a todas las gentes. Una condición para que el mundo alcance su perfección, para su apertura al paraíso, es que el Evangelio sea anunciado a todos.

San Pablo puso todo su celo misionero para que el Evangelio pudiera llegar a todos, posiblemente ya en su generación, a fin de responder al mandato del Señor “que se anuncie a todas las gentes”. Su deseo no era tanto bautizar a todas las gentes, cuanto la presencia del Evangelio en el mundo y, por tanto, la culminación de la historia como tal.

Me parece que hoy, al ver el desarrollo de la historia, se puede comprender mejor que esta presencia de la palabra de Dios, que este anuncio que llega a todos como fermento, es necesario para que el mundo pueda alcanzar realmente su finalidad. En este sentido, queremos ciertamente la conversión de todos, pero dejamos que sea el Señor quien actúe. Es importante que quien quiera convertirse tenga la posibilidad de hacerlo, y que en el mundo se presente a todos esta luz del Señor como punto de referencia y como luz que ayuda, sin la cual el mundo no puede encontrarse a sí mismo.

No sé si me he explicado bien: diálogo y misión no sólo no se excluyen, sino que el diálogo requiere la misión.

(Don Alberto Orlando, vicario parroquial)

El año pasado, en el encuentro con los jóvenes en Loreto, viví con ellos una experiencia muy hermosa, pero noté cierta distancia entre usted y los jóvenes. Mi grupo estaba muy lejos; casi no lográbamos ver ni escuchar; y los jóvenes necesitan cercanía, calor. Además, hubo dificultades en la liturgia de la misa. A pesar del fuerte calor, se alargaban mucho los cantos. ¿Por qué esa distancia entre usted y ellos? y ¿cómo conciliar el tesoro de la liturgia con la emotividad de los jóvenes?

El primer punto que me propone se refiere a la organización: yo me encontré con una organización ya establecida; por tanto, no sé si se podía haber organizado de otra manera. Considerando las miles de personas que había, me parece que era imposible lograr que todos pudieran estar cerca de la misma manera. Más aún, por eso hice un recorrido con el coche, para acercarme un poco a cada persona. Sin embargo, tendremos en cuenta esto y veremos si en el futuro, en otros encuentros con cientos de miles de personas, es posible hacerlo de otra manera. Con todo, me parece importante que crezca el sentimiento de una cercanía interior, que encuentre el puente que nos une, aunque físicamente estemos distantes.

Un gran problema es, en cambio, el de las liturgias en las que participan multitudes de personas. Recuerdo que en 1960, durante el gran congreso eu-

carístico internacional de Munich, se trataba de dar una nueva fisonomía a los congresos eucarísticos, que hasta entonces eran sólo actos de adoración. Se quería poner en el centro la celebración de la Eucaristía como acto de la presencia del misterio celebrado. Pero inmediatamente se planteó la pregunta: ¿Cómo se puede hacer? Adorar, se decía, es posible también a distancia; pero para celebrar la misa es necesaria una comunidad limitada, que pueda participar activamente en el misterio; por tanto, una comunidad que debía ser asamblea en torno a la celebración del misterio.

Muchos eran contrarios a la celebración de la Eucaristía en público con cien mil personas. Decían que no era posible precisamente por la estructura misma de la Eucaristía, que exige la comunidad para la comunión. También grandes personalidades, muy respetables, eran contrarias a esta solución. Luego el profesor Jungmann, gran liturgista, uno de los grandes arquitectos de la reforma litúrgica, creó el concepto de *statio orbis*, es decir, se refirió a la *statio Romae*, donde precisamente en el tiempo de Cuaresma los fieles se reúnen en un punto, la *statio*. Por tanto, se encuentran en *statio* como los soldados por Cristo; y luego van juntos a la Eucaristía. Si así era la *statio* de la ciudad de Roma -dijo-, donde la ciudad de Roma se reunía, entonces esta es la *statio orbis*. Y desde ese momento tenemos las celebraciones eucarísticas con la participación de grandes multitudes.

Para mí, queda un problema, porque la comunión concreta en la celebración es fundamental; por eso, creo que de ese modo aún no se ha encontrado realmente la respuesta definitiva. También en el Sínodo pasado suscitó esta pregunta, pero no encontró respuesta. También hice que se planteara otra pregunta sobre la concelebración multitudinaria, porque si, por ejemplo, concelebran mil sacerdotes, no se sabe si se mantiene aún la estructura querida por el Señor. Pero en cualquier caso son preguntas.

Así, a usted se le presentó la dificultad al participar en una celebración multitudinaria durante la cual no es posible que todos estén igualmente implicados. Por tanto, se debe elegir cierto estilo, para conservar la dignidad siempre necesaria para la Eucaristía; de ese modo, la comunidad no es uniforme, y es diversa la experiencia de la participación en el acontecimiento; para algunos, ciertamente, es insuficiente. Pero no dependió de mí, sino más bien de quienes se encargaron de la preparación.

Por consiguiente, es preciso reflexionar bien sobre qué conviene hacer en esas situaciones, cómo responder a los desafíos de esa situación. Si no me equivoco, era una orquesta de discapacitados la que ejecutaba la música, y tal vez la idea era precisamente la de dar a entender que los discapacitados pueden ser animadores de la celebración sagrada y precisamente ellos no

deben quedar excluidos, sino que han de ser protagonistas. De este modo, todos, amándolos, no se sintieron excluidos, sino más bien involucrados. Me parece una reflexión muy respetable, y la comparto.

Sin embargo, naturalmente, sigue existiendo el problema fundamental. Pero creo que también aquí, sabiendo qué es la Eucaristía, aunque no se tenga la posibilidad de una actividad exterior como se desearía para sentirse plenamente partícipes, se entra en ella con el corazón, como dice el antiguo imperativo en la Iglesia, tal vez creado para los que estaban detrás en la basílica: “¡Levantemos el corazón! Ahora todos salgamos de nosotros mismos, así todos estaremos con el Señor y estaremos juntos”. Como he dicho, no niego el problema, pero si realmente aplicamos estas palabras: “¡Levantemos el corazón!”, todos encontraremos la verdadera participación activa, aunque sea en situaciones difíciles y a veces discutibles.

(Mons. Renzo Martinelli, delegado de la Academia pontificia de la Inmaculada)

Santidad, recientemente usted dijo que, si se concibe al hombre de forma individualista, según una tendencia hoy generalizada, no se puede edificar una comunidad solidaria. En cierto modo, en el seminario me educaron en esa tendencia individualista. ¿Cómo proponer a los jóvenes lo que usted dice con frecuencia:

que el yo del cristiano, una vez investido por Cristo, ya no es su “yo”? ¿Cómo proponer esta conversión, esta modalidad nueva, esta originalidad cristiana?

Es la gran cuestión que todo sacerdote, responsable de otros, se plantea cada día. También para sí mismo, naturalmente. Es verdad que en el siglo XX había la tendencia a una devoción individualista, sobre todo para salvar la propia alma y crear méritos, incluso calculables, que incluso se podían indicar con números en ciertas listas. Desde luego, todo el movimiento del Vaticano II llevó a superar ese individualismo.

Yo no quiero juzgar ahora a esas generaciones pasadas, que, sin embargo, a su modo trataban de servir así a los demás. Pero existía el peligro de que se buscara sobre todo salvar la propia alma. De ello derivaba una piedad muy exterior, que al final sentía la fe como un peso y no como una liberación. Ciertamente, la nueva pastoral indicada por el concilio Vaticano II tiene la finalidad fundamental de salir de esa visión demasiado restringida del cristianismo y descubrir que yo salvo mi alma sólo entregándola, como decía hoy el Señor en el Evangelio; sólo liberándome de mí, sólo saliendo de mí, como Dios salió de sí mismo en el Hijo para salvarnos a nosotros. Y nosotros entramos en este movimiento del Hijo, tratamos de salir de nosotros mismos, porque sabemos a dónde llegar. Y no caemos en el vacío, sino que renunciamos a nosotros

mismos, abandonándonos al Señor, saliendo, poniéndonos a su disposición, como quiere él y no como pensamos nosotros.

Ésta es la verdadera obediencia cristiana, que es libertad: no como quisiera yo, con mi proyecto de vida para mí, sino poniéndome a su disposición, para que él disponga de mí. Y poniéndome en sus manos soy libre. Pero es un gran salto, que nunca se hace definitivamente. Pienso aquí en san Agustín, que nos dijo esto muchas veces. Al inicio, después de su conversión, pensaba que había llegado a la cima y que vivía en el paraíso de la novedad del ser cristiano. Luego descubrió que el camino difícil de la vida continuaba, aunque desde ese momento siempre en la luz de Dios, y que era necesario cada día de nuevo salir de sí mismo; entregar este yo, para que muera y se renueve en el gran yo de Cristo, que es, en cierta manera muy verdadero, el yo común de todos nosotros, nuestro “nosotros”.

Pero nosotros mismos, precisamente en la celebración de la Eucaristía -este grande y profundo encuentro con el Señor, donde nos ponemos en sus manos-, debemos dar este paso tan grande. Cuanto más lo aprendemos nosotros mismos, tanto más podemos expresarlo a los demás, hacerlo comprensible, accesible a los demás. Sólo caminando con el Señor, abandonándonos en la comunión de la Iglesia a su apertura, no viviendo para nosotros -tanto para una vida terrena feliz como para una

felicidad personal- sino haciéndonos instrumentos de su paz, viviremos bien y aprenderemos esta valentía ante los desafíos de cada día, siempre nuevos y graves, a menudo casi irrealizables. Nos abandonamos, porque el Señor lo quiere y estamos seguros de que así vamos bien. Sólo podemos orar al Señor para que nos ayude a hacer este camino cada día, para ayudar, iluminar así a los demás, motivarlos para que de este modo puedan ser liberados y redimidos. Hablar de Dios con la cultura laica

(Don Paolo Tammi, párroco y profesor de religión)

Santo Padre, le agradecemos su libro sobre Jesús de Nazaret que, juntamente con sus enseñanzas de magisterio, nos ayuda a poner en el centro del cristianismo la figura de Jesús. Me limito a añadir que en un ambiente laico como la escuela, veo cada día muchachos que mantienen una gran distancia emotiva con respecto a Cristo, mientras que en Asís he visto a jóvenes conmoverse al escuchar el testimonio de un franciscano. ¿Cómo podemos apasionarnos cada vez más con lo esencial, que es Jesús? ¿Cómo se ve que un sacerdote está enamorado de Jesús? Sé que Su Santidad ya ha respondido muchas veces, pero su respuesta puede ayudarnos a corregirnos, a recobrar la esperanza.

¿Cómo puedo corregir a los párrocos, que trabajan tan bien? Sólo podemos ayudarnos mutuamente. Usted, por tanto, conoce este ambiente laico, alejado no sólo con distancia intelec-

tual, sino, sobre todo, emotiva, de la fe. Según las circunstancias, debemos buscar el modo de crear puentes. Me parece que las situaciones son difíciles, pero usted tiene razón. Debemos pensar siempre: ¿qué es lo esencial?, aunque luego puede ser diverso el punto donde se puede conectar el *kerigma*, el contexto, el modo de actuar. Pero la cuestión debe ser siempre: ¿Qué es lo esencial? ¿Qué es preciso descubrir? ¿Qué quisiera dar? Aquí repito lo de siempre: lo esencial es Dios. Si no hablamos de Dios, si no se descubre a Dios, nos quedamos siempre en las cosas secundarias. Por tanto, me parece fundamental que al menos se plantee la pregunta: ¿Existe Dios? ¿Cómo podría vivir sin Dios? ¿Dios es en verdad una realidad importante para mí?

A mí me impresiona que el concilio Vaticano I quisiera entablar precisamente este diálogo, comprender con la razón a Dios, aunque en la situación histórica en que nos encontramos necesitamos que Dios nos ayude y purifique nuestra razón. Me parece que ya se está tratando de responder a este desafío del ambiente laico con Dios como la cuestión fundamental, y luego con Jesucristo, como la respuesta de Dios.

Naturalmente, yo diría que ahí están los *preambula fidei*, que tal vez son el primer paso para abrir el corazón y la mente hacia Dios: las virtudes naturales. En días pasados me visitó un jefe de Estado, que me dijo: “no soy religioso; el fundamento de mi vida es

la ética aristotélica”. Ya es algo bueno, y estamos ya, juntamente con santo Tomás, en camino hacia la síntesis de santo Tomás. Por tanto, éste puede ser el punto de enganche: aprender y hacer comprensible la importancia que tiene para la convivencia humana esta ética racional, que luego -si se vive de modo consecuente- se abre interiormente a la pregunta de Dios, a la responsabilidad ante Dios.

Así pues, me parece que, por una parte, debemos tener claro nosotros qué es lo esencial que queremos y debemos transmitir a los demás, y cuáles son los *preambula* en las situaciones en que podemos dar los primeros pasos: desde luego, precisamente en la actualidad, una primera educación ética es, en cierto modo, un paso fundamental. Así hizo también la cristiandad antigua. San Cipriano, por ejemplo, nos dice que antes llevaba una vida totalmente disoluta; luego, al vivir en la comunidad catecumenal, aprendió una ética fundamental; así se abrió el camino hacia Dios.

También san Ambrosio, en la Vigilia pascual, dice: “Hasta ahora hemos hablado de la moral; ahora pasemos a los misterios”. Habían hecho el camino de los *preambula fidei* con una educación ética fundamental, que creaba la disponibilidad para comprender el misterio de Dios. Por tanto, yo diría que tal vez debemos hacer una interacción entre educación ética -hoy tan importante-, por una parte, también con un relie-

ve pragmático, y, al mismo tiempo, no omitir la cuestión de Dios. En este entrecruzarse de dos caminos me parece que logramos en cierto modo abrirnos a Dios, el único que puede dar la luz.

(Don Daniele Salera, vicario parroquial y profesor de religión)

Santidad, al leer la carta sobre la tarea urgente de la educación, enviada a la diócesis y a la ciudad de Roma, he tomado nota de algunos aspectos importantes. Alude usted a la presencia de no creyentes en la escuela. En ella hay incluso chicos que parecen interiormente muertos, sin ilusiones de futuro... Muchos educadores se desalientan; otros tienen miedo de defender las reglas de la convivencia civil. Me pregunto: ¿por qué nosotros, la Iglesia, que tanto hemos pensado y escrito sobre la educación, no logramos cumplir los objetivos fundamentales de la educación?

Gracias por este reflejo de sus experiencias en la escuela de hoy, de los jóvenes de hoy, y también por estas preguntas autocríticas para nosotros mismos. En este momento sólo puedo confirmar que me parece muy importante que la Iglesia esté presente también en la escuela, porque una educación que no sea al mismo tiempo educación con Dios y presencia de Dios, una educación que no transmita los grandes valores éticos que aparecieron con la luz de Cristo, no es educación. Nunca es suficiente una formación profesional sin formación del corazón. Y el corazón no puede formarse sin plantearse, al me-

nos, el desafío de la presencia de Dios. Sabemos que muchos jóvenes viven en ambientes, en situaciones que les impiden acceder a la luz y a la palabra de Dios; están en situaciones de vida que son una auténtica esclavitud, no sólo exterior, en cuanto provocan una esclavitud intelectual que realmente oscurece el corazón y la mente.

Tratemos de ofrecerles también a ellos, con todos los medios de que disponga la Iglesia, una posibilidad de salida. Pero, en cualquier caso, hagamos que la palabra de Dios esté presente en ese ambiente tan diversificado de la escuela, donde existen desde creyentes hasta personas en situaciones muy tristes. Precisamente, esto hemos dicho de san Pablo, que quería que el Evangelio llegara a todos. Este imperativo del Señor -el Evangelio debe ser anunciado a todos- no es un imperativo diacrónico, no es un imperativo continental, que en todas las culturas se anuncie en primera línea; sino un imperativo interior, en el sentido de entrar en los diversos matices y dimensiones de una sociedad, para hacer más accesible al menos un poco de la luz del Evangelio; que el Evangelio sea realmente anunciado a todos.

Y me parece también un aspecto de la formación cultural de hoy. Conocer qué es la fe cristiana que ha formado este continente y que es una luz para todos los continentes. Los modos como se puede hacer presente y accesible al máximo esta luz son diversos y

sé que no tengo una receta para esto. Pero la necesidad de ofrecerse para esta aventura hermosa y difícil es realmente un elemento del imperativo del Evangelio mismo. Pidamos al Señor que nos ayude cada vez más a responder a este imperativo de hacer que llegue a todas las dimensiones de nuestra sociedad su conocimiento, el conocimiento de su rostro.

(Padre Umberto Fanfarillo, franciscano conventual, párroco)

Santidad, la comunidad cristiana de nuestra parroquia se encuentra diariamente con personas de otros contextos religiosos, respetándonos mutuamente y conviviendo con gran estima recíproca. Hay muchos casos de trato respetuoso y de buenas relaciones entre católicos y miembros de otras confesiones. Por poner un caso, cuando murió Juan Pablo II muchos jóvenes de otras creencias -luteranos, judíos, musulmanes...- se reunieron en nuestra iglesia para orar. Recientemente, se confirió el sacramento de la Confirmación a dos jóvenes anglicanos que se hicieron católicos. Santo Padre, apreciamos sus exhortaciones al respeto y al diálogo en búsqueda de la verdad. Ayúdenos con su palabra.

Gracias por este testimonio de una parroquia realmente multidimensional y multicultural. Me parece que usted concretizó un poco lo que dije antes al responder a la pregunta del sacerdote de la India: un diálogo, una convivencia respetuosa, respetándonos unos

a otros, aceptándonos unos a otros, como somos en nuestra diversidad, en nuestra comunión. Al mismo tiempo, la presencia del cristianismo, de la fe cristiana como punto de referencia al que todos pueden mirar; como un fermento que, respetando la libertad, es sin embargo una luz para todos y nos une precisamente en el respeto de las diferencias. Esperamos que el Señor nos ayude siempre en este sentido a aceptar a los demás en su diversidad, a respetarlos y a hacer presente a Cristo con el gesto del amor, que es la verdadera expresión de su presencia y de su palabra. Y que nos ayude así a ser realmente ministros de Cristo y de su salvación para todo el mundo. Gracias.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en un Congreso Internacional para conmemorar el XX Aniversario de la Carta Apostólica "Mulieris Dignitatem"

Sábado, 9 de febrero de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Con verdadero placer os acojo y os saludo a todos vosotros, que participáis en el Congreso internacional sobre el tema: "Mujer y hombre: el *humanum* en su totalidad", organizado con ocasión del XX aniversario de la publicación de la carta apostólica *Mulieris dignitatem*. Saludo al señor cardenal Stanislaw Rylko, presidente del Conse-

jo pontificio para los laicos, y le estoy agradecido por haberse hecho intérprete de vuestros sentimientos comunes. Saludo al secretario, monseñor Josef Clemens, a los miembros y a los colaboradores del dicasterio. En particular, saludo a las mujeres, que son la gran mayoría de los presentes, y que han enriquecido con su experiencia y competencia los trabajos del congreso.

El tema sobre el que estáis reflexionando es de gran actualidad: desde la segunda mitad del siglo XX hasta hoy, el movimiento de valoración de la mujer en los diversos ámbitos de la vida social ha suscitado innumerables reflexiones y debates, y ha visto multiplicarse muchas iniciativas que la Iglesia católica ha seguido y a menudo acompañado con atento interés. La relación hombre-mujer en su respectiva especificidad, reciprocidad y complementariedad constituye sin duda alguna un punto central de la “cuestión antropológica”, tan decisiva para la cultura contemporánea y en definitiva para toda cultura. Numerosas son las intervenciones y los documentos pontificios que han abordado la realidad emergente de la cuestión femenina. Me limito a recordar los de mi amado predecesor, Juan Pablo II, el cual, en junio de 1995, escribió una *Carta a las mujeres*, y el 15 de agosto de 1988, hace exactamente veinte años, publicó la carta apostólica *Mulieris dignitatem*. Este texto sobre la vocación y dignidad de la mujer, de gran riqueza teológica, espiritual y cultural, inspiró a su vez la *Carta a los obispos de*

la Iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo, de la Congregación para la doctrina de la fe.

En la *Mulieris dignitatem*, Juan Pablo II profundizó las verdades antropológicas fundamentales del hombre y de la mujer, la igualdad en dignidad y la unidad de los dos, la diversidad arraigada y profunda entre lo masculino y lo femenino, y su vocación a la reciprocidad y a la complementariedad, a la colaboración y a la comunión (cf. n. 6). Esta unidad-dual del hombre y de la mujer se basa en el fundamento de la dignidad de toda persona, creada a imagen y semejanza de Dios, el cual “varón y mujer los creó” (*Gn* 1, 27), evitando tanto una uniformidad indistinta y una igualdad estática y empobrecedora, como una diferencia abismal y conflictiva (cf. Juan Pablo II, *Carta a las mujeres*, 8). Esta unidad dual lleva consigo, inscrita en los cuerpos y en las almas, la relación con el otro, el amor al otro y la comunión interpersonal, que indica “que en la creación del hombre se ha inscrito también una cierta semejanza con la comunión divina” (n. 7). Por tanto, cuando el hombre o la mujer pretenden ser autónomos y totalmente auto-suficientes, corren el riesgo de encerrarse en una autorrealización que considera como conquista de libertad la superación de todo vínculo natural, social o religioso, pero que, de hecho, los reduce a una soledad agobiante. Para favorecer y sostener la promoción

real de la mujer y del hombre, no se puede menos de tener en cuenta esta realidad.

Ciertamente, se necesita una renovada investigación antropológica que, basándose en la gran tradición cristiana, incorpore los nuevos progresos de la ciencia y el dato de las actuales sensibilidades culturales, contribuyendo de este modo a profundizar no sólo la identidad femenina, sino también la masculina, también ella a menudo objeto de reflexiones parciales e ideológicas. Ante corrientes culturales y políticas que tratan de eliminar o, al menos, ofuscar y confundir las diferencias sexuales inscritas en la naturaleza humana, considerándolas una construcción cultural, es necesario recordar el designio de Dios, que ha creado el ser humano varón y mujer, con una unidad y al mismo tiempo con una diferencia originaria y complementaria. La naturaleza humana y la dimensión cultural se integran en un proceso amplio y complejo, que constituye la formación de la propia identidad, en la que ambas dimensiones, la femenina y la masculina, se corresponden y se completan.

Al inaugurar los trabajos de la *V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe*, en mayo del año pasado en Brasil, recordé que aún persiste una mentalidad machista, que ignora la novedad del cristianismo, el cual reconoce y proclama la igual dignidad y responsabilidad de la mujer

con respecto al hombre. Hay lugares y culturas donde la mujer es discriminada o subestimada por el solo hecho de ser mujer, donde se recurre incluso a argumentos religiosos y a presiones familiares, sociales y culturales para sostener la desigualdad de los sexos, donde se perpetran actos de violencia contra la mujer, convirtiéndola en objeto de maltratos y de explotación en la publicidad y en la industria del consumo y de la diversión. Ante fenómenos tan graves y persistentes, es más urgente aún el compromiso de los cristianos de hacerse por doquier promotores de una cultura que reconozca a la mujer, en el derecho y en la realidad de los hechos, la dignidad que le compete.

Dios confía a la mujer y al hombre, según sus peculiaridades propias, una específica vocación y misión en la Iglesia y en el mundo. Pienso aquí en la familia, comunidad de amor abierto a la vida, célula fundamental de la sociedad. En ella la mujer y el hombre, gracias al don de la maternidad y de la paternidad, desempeñan juntos un papel insustituible con respecto a la vida. Desde su concepción, los hijos tienen el derecho de poder contar con el padre y con la madre, que los cuiden y los acompañen en su crecimiento. Por su parte, el Estado debe apoyar con adecuadas políticas sociales todo lo que promueve la estabilidad y la unidad del matrimonio, la dignidad y la responsabilidad de los esposos, su derecho y su tarea insustituible de educadores de los hijos. Además, es necesario que

también la mujer tenga la posibilidad de colaborar en la construcción de la sociedad, valorando su típico “genio femenino”.

Queridos hermanos y hermanas, os agradezco una vez más vuestra visita y, al mismo tiempo que deseo pleno éxito para los trabajos del congreso, os aseguro un recuerdo en la oración, invocando la intercesión materna de María para que ayude a las mujeres de nuestro tiempo a realizar su vocación y su misión en la comunidad eclesial y civil. Con estos deseos, os imparto a vosotros aquí presentes y a vuestros seres queridos una especial bendición apostólica.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la XXIII Asamblea General de la
Federación Italiana de Ejercicios
Espirituales*

Sábado, 9 de febrero de 2008

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Me alegra encontrarme con vosotros al final de la asamblea nacional de la Federación italiana de ejercicios espirituales (FIES). Saludo al presidente, cardenal Salvatore De Giorgi, y le agradezco las amables palabras con las que se ha hecho intérprete de vuestros sentimientos. Os doy las gracias también

por vuestra oración y vuestro canto. Saludo a los obispos delegados de las Conferencias episcopales regionales, a los miembros de la presidencia y del consejo nacional, a los delegados regionales y diocesanos, a los directores de algunas casas de ejercicios espirituales y al grupo de animadores de ejercicios para jóvenes. El tema de vuestra asamblea: “Para una espiritualidad cristiana auténticamente eucarística”, lo habéis tomado de la invitación que dirigí a todos los pastores de la Iglesia en la conclusión de la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* (cf. n. 94), en la que se han centrado las diversas relaciones y los grupos de estudio. Esta elección temática manifiesta cuánto os preocupa acoger, con espíritu de fe, el magisterio del Papa, para integrarlo en las iniciativas de estudio y traducirlo correctamente en la práctica pastoral. Por la misma razón, en vuestros trabajos habéis tenido presentes las dos encíclicas *Deus caritas est* y *Spe salvi*. Gracias por todo este empeño.

El estatuto de la FIES afirma claramente que tiene como fin “dar a conocer y promover de todos los modos posibles y en el respeto de la normativa canónica los ejercicios espirituales, entendidos como una experiencia fuerte de Dios en un clima de escucha de la palabra de Dios, en orden a una conversión y entrega cada vez más total a Cristo y a la Iglesia” (art. 2). Para ello, “reúne con libre adhesión a cuantos, en Italia, se ocupan de ejercicios espirituales en el contexto de la pastoral de los

tiempos del Espíritu” (*ib.*). Por tanto, vuestra Federación quiere incrementar la espiritualidad como fundamento y alma de toda la pastoral. Ha nacido y crecido atesorando las exhortaciones sobre la necesidad de la oración y sobre el primado de la vida espiritual, dirigidas insistentemente por mis venerados predecesores los siervos de Dios Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II. Siguiendo sus pasos, también yo, en la encíclica *Deus caritas est*, quise “reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo” (n. 37), y en la *Spe salvi* puse la oración en el primer puesto entre “los lugares de aprendizaje y de ejercicio de la esperanza” (nn. 32-34). En efecto, la insistencia en la necesidad de la oración es siempre actual y urgente.

En Italia, aunque crecen y se difunden providencialmente múltiples iniciativas de espiritualidad, sobre todo entre los jóvenes, parece que disminuye el número de quienes participan en verdaderas tandas de ejercicios espirituales, y esto se verificaría también entre los sacerdotes y los miembros de institutos de vida consagrada. Por tanto, vale la pena recordar que los “ejercicios” son una experiencia del espíritu con características propias y específicas, bien resumidas en una definición vuestra, que me complace citar: “Una fuerte experiencia de Dios, suscitada por la escucha de su Palabra, comprendida y acogida en la propia vida, bajo la acción del Espíritu Santo, la cual, en un clima de silencio,

de oración y con la mediación de un guía espiritual, capacita para el discernimiento en orden a la purificación del corazón, a la conversión de vida y al seguimiento de Cristo, para el cumplimiento de la propia misión en la Iglesia y en el mundo”. Junto a otras formas de retiro espiritual, por lo demás loables, es bueno que no falte la participación en los ejercicios espirituales, caracterizados por el clima de silencio completo y profundo que favorece el encuentro personal y comunitario con Dios y la contemplación del rostro de Cristo. Jamás se insistirá suficientemente en esta exigencia, que mis predecesores y yo mismo hemos recordado muchas veces.

En una época en la que la influencia de la secularización es cada vez más fuerte y, por otra parte, se nota una necesidad generalizada de encontrar a Dios, no debe faltar la posibilidad de ofrecer espacios de intensa escucha de su Palabra en el silencio y en la oración. Lugares privilegiados para dicha experiencia espiritual son especialmente las casas de ejercicios espirituales a las que, con este fin, hay que sostener materialmente y dotar de personal adecuado. Animo a los pastores de las diversas comunidades a preocuparse de que no falten en las casas de ejercicios responsables y agentes bien formados, guías, animadores y animadoras disponibles y preparados, dotados de las cualidades doctrinales y espirituales que hagan de ellos verdaderos maestros del espíritu, expertos y apasionados de la palabra de Dios y fieles al magisterio de la Iglesia. Una buena tanda de ejerci-

cios espirituales contribuye a renovar en quien participa la alegría y el gusto por la liturgia, en particular por la celebración digna de las Horas y, sobre todo, de la Eucaristía; ayuda a redescubrir la importancia del sacramento de la Penitencia, meta del camino de conversión y don de reconciliación, así como el valor y el significado de la adoración eucarística. Durante los ejercicios, es posible recuperar con fruto también el sentido pleno y auténtico del santo rosario y de la práctica piadosa del vía crucis.

Queridos hermanos y hermanas, os agradezco el valioso servicio que prestáis a la Iglesia y el empeño que ponéis para que la “red” de ejercicios espirituales en Italia sea cada vez más vasta y cualificada. Por mi parte, os aseguro un recuerdo en el Señor a la vez que, invocando la intercesión de María santísima, os imparto a todos vosotros y a vuestros colaboradores la bendición apostólica.

*Palabras del Papa, Benedicto XVI,
al final de los Ejercicios Espirituales*

Sábado, 16 de febrero de 2008

Queridos hermanos:

Al final de estos días de ejercicios espirituales, le doy las gracias de todo corazón a usted, eminencia, por su guía espiritual, ofrecida con tanta competencia teológica y con tanta profundidad espiritual. Desde mi perspectiva visual, he

tenido siempre ante mis ojos la imagen de Jesús de rodillas delante de san Pedro, lavándole los pies. A través de sus meditaciones, esta imagen me ha hablado. He visto que precisamente aquí, en este comportamiento, en este acto de suma humildad, se realiza el nuevo sacerdocio de Jesús. Y se realiza precisamente en el acto de solidaridad con nosotros, con nuestras debilidades, con nuestro sufrimiento, con nuestras pruebas, hasta la muerte. Así, he visto con ojos nuevos también la vestidura roja de Jesús, que nos habla de su sangre. Usted, señor cardenal, nos ha enseñado que la sangre de Jesús, a causa de su oración, estaba “oxigenada” por el Espíritu Santo. Y así ha llegado a ser fuerza de resurrección y fuente de vida para nosotros.

Pero no podía dejar de meditar también en la figura de san Pedro con el dedo sobre la frente. Es el momento en el que pide al Señor que no sólo le lave los pies, sino también la cabeza y las manos. Me parece que expresa -más allá de aquel momento- la dificultad de san Pedro y de todos los discípulos del Señor para comprender la sorprendente novedad del sacerdocio de Jesús, de este sacerdocio que es precisamente humillación, solidaridad con nosotros, y así nos abre el acceso al verdadero santuario, el cuerpo resucitado de Jesús.

Durante todo el tiempo de su discipulado y -me parece- hasta su propia crucifixión, san Pedro debió escuchar constantemente a Jesús, para entrar más profundamente en el misterio de su sa-

cerdocio, del sacerdocio de Cristo transmitido a los Apóstoles y a sus sucesores.

En este sentido, la figura de san Pedro me parece como la figura de todos nosotros durante estos días. Usted, eminencia, nos ha ayudado a escuchar la voz del Señor, a aprender así de nuevo lo que es el sacerdocio suyo y nuestro. Nos ha ayudado a entrar en la participación del sacerdocio de Cristo, y así a recibir también el corazón nuevo, el corazón de Jesús, como centro del misterio de la nueva alianza.

Gracias por todo esto, eminencia. Sus palabras y sus meditaciones nos acompañarán durante este tiempo de Cuaresma en nuestro camino hacia la Pascua del Señor. En este sentido, os deseo a todos vosotros, queridos hermanos, una buena Cuaresma, espiritualmente fecunda, para que podamos realmente llegar a la Pascua con una participación cada vez más profunda en el sacerdocio de nuestro Señor.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
al Consejo Ejecutivo de las Uniones
Internacionales de Superiores y
Superioras Generales*

Lunes, 18 de febrero de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Al final de esta mañana de reflexión común sobre algunos aspectos parti-

cularmente actuales e importantes de la vida consagrada en nuestro tiempo, quiero ante todo dar gracias al Señor porque nos ha ofrecido la posibilidad de este encuentro sumamente provechoso para todos. Hemos podido analizar juntos las potencialidades y las expectativas, las esperanzas y las dificultades que encuentran hoy los institutos de vida consagrada.

He escuchado con gran atención e interés vuestros testimonios, vuestras experiencias, y he tomado nota de vuestras peticiones. Todos constatamos que, en la sociedad moderna globalizada, resulta cada vez más difícil anunciar y testimoniar el Evangelio. Si esto vale para todos los bautizados, con mayor razón es verdad para las personas que Jesús llama a su seguimiento de manera más radical a través de la consagración religiosa. Por desgracia, el proceso de secularización que avanza en la cultura contemporánea afecta también a las comunidades religiosas.

Sin embargo, no hay que desalentarse porque, como se ha recordado oportunamente, aunque no pocas nubes se ciernen sobre el horizonte de la vida religiosa, también van surgiendo, más aún, aumentan constantemente las señales de un despertar providencial que suscita motivos de esperanza consoladora. El Espíritu Santo sopla con fuerza por doquier en la Iglesia, suscitando un nuevo compromiso de fidelidad en los institutos históricos, junto a formas nuevas de consagración

religiosa en consonancia con las exigencias de los tiempos.

Hoy, como en todas las épocas, no faltan almas generosas dispuestas a dejarlo todo y a todos para abrazar a Cristo y su Evangelio, consagrando a su servicio su existencia dentro de comunidades impregnadas de entusiasmo, generosidad y alegría. Lo que caracteriza a estas nuevas experiencias de vida consagrada es el deseo común, compartido con pronta adhesión, de pobreza evangélica practicada radicalmente, de amor fiel a la Iglesia, de dedicación generosa al prójimo necesitado, prestando atención especial a las pobrezas espirituales más generalizadas en la época contemporánea.

Al igual que mis venerados predecesores, en varias ocasiones yo también he reafirmado que los hombres de hoy experimentan una fuerte atracción religiosa y espiritual, pero sólo están dispuestos a escuchar y a seguir a quienes testimonian con coherencia su adhesión a Cristo. Y es interesante constatar que tienen abundantes vocaciones precisamente aquellos institutos que han conservado o han escogido un estilo de vida con frecuencia muy austero y fiel al Evangelio vivido "sine glossa".

Pienso en tantas comunidades de fieles y en las nuevas experiencias de vida consagrada que vosotros conocéis muy bien; pienso en el trabajo misionero de numerosos grupos y movimientos eclesiales, de los que surgen muchas voca-

ciones sacerdotales y religiosas; pienso en las muchachas y en los jóvenes que lo dejan todo para entrar en monasterios y conventos de clausura. Es verdad -lo podemos decir con alegría-: también hoy el Señor sigue mandando obreros a su viña y enriqueciendo a su pueblo con muchas y santas vocaciones. Le damos las gracias por esto y le pedimos que al entusiasmo de las decisiones iniciales -muchos jóvenes emprenden la senda de la perfección evangélica y entran en nuevas formas de vida consagrada tras conmovedoras conversiones- le siga el compromiso de la perseverancia en un auténtico camino de perfección ascética y espiritual, en un camino de verdadera santidad.

Por lo que se refiere a las Órdenes y congregaciones con una larga tradición en la Iglesia, como habéis subrayado, se constata que a lo largo de los últimos decenios casi todas -tanto las masculinas como las femeninas- han atravesado una difícil crisis, debida al envejecimiento de sus miembros, a una disminución más o menos acentuada de las vocaciones, y, a veces incluso, a un "cansancio" espiritual y carismático.

Esta crisis, en ciertos casos, ha sido incluso preocupante. Sin embargo, junto a situaciones difíciles, que conviene mirar con valentía y verdad, se dan también signos de recuperación positiva, sobre todo cuando las comunidades deciden volver a sus orígenes para vivir en mayor consonancia con el espíritu del fundador. En casi todos

los recientes capítulos generales de los institutos religiosos, el tema recurrente ha sido precisamente el redescubrimiento del carisma fundacional para encarnarlo y actuarlo de forma nueva en el tiempo presente. Redescubrir el espíritu de los orígenes, profundizar en el conocimiento del fundador o de la fundadora, ha ayudado a dar a los institutos un nuevo y prometedor impulso ascético, apostólico y misionero. De este modo se han revitalizado obras y actividades de siglos; y hay nuevas iniciativas de auténtica actuación del carisma de los fundadores. Es necesario seguir avanzando por este camino, orando al Señor para que lleve a pleno cumplimiento la obra que él mismo ha comenzado.

Al entrar en el tercer milenio, mi venerado predecesor, el siervo de Dios, Juan Pablo II invitó a toda la comunidad eclesial a “recomenzar desde Cristo” (cf. carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 29 ss). ¡Sí! También los institutos de vida consagrada, si quieren mantener o recobrar su vitalidad y eficacia apostólica, tienen que “recomenzar desde Cristo” continuamente. Él es la roca firme sobre la que debéis construir vuestras comunidades y cada uno de vuestros proyectos de renovación comunitaria y apostólica.

Queridos hermanos y hermanas, gracias de corazón por la atención que prestáis al cumplimiento de vuestro comprometedor servicio de guía de vuestras familias religiosas. El Papa está

junto a vosotros, os alienta y asegura a cada una de vuestras comunidades un recuerdo diario en la oración.

Al terminar este encuentro, quiero saludar con afecto una vez más al cardenal secretario de Estado y al cardenal Franc Rodé, así como a cada uno de vosotros. Asimismo, os pido que saludéis a todos vuestros hermanos y hermanas en religión, en particular a los ancianos que han servido durante mucho tiempo a vuestros institutos, a los enfermos que contribuyen a la obra de redención con sus sufrimientos, a los jóvenes que son la esperanza de vuestras diferentes familias religiosas y de la Iglesia. A todos os encomiendo a la maternal protección de María, modelo excelso de vida consagrada, a la vez que os bendigo cordialmente.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la 35ª
Congregación General de la
Compañía de Jesús*

Jueves, 21 de febrero de 2008

*Queridos padres de la Congregación
general de la Compañía de Jesús:*

Me alegra recibirlos hoy, mientras vuestros importantes trabajos están entrando en su fase conclusiva. Doy las gracias al nuevo preposición general, el padre Adolfo Nicolás, por haberse hecho intérprete de vuestros sentimientos

y de vuestro compromiso de responder a las expectativas que la Iglesia tiene en vosotros. De ellas os hablé en el mensaje que dirigí al reverendo padre Kolvenbach y, por medio de él, a toda vuestra Congregación, al inicio de vuestros trabajos. Doy una más vez más las gracias al padre Peter-Hans Kolvenbach por el valioso servicio de gobierno que ha prestado a vuestra Orden durante casi un cuarto de siglo. Saludo también a los miembros del nuevo consejo general y a los asistentes que ayudarán al propósito en su delicadísima tarea de guía religioso y apostólico de toda vuestra Compañía.

Vuestra Congregación tiene lugar en un período de profundos cambios sociales, económicos y políticos; de urgentes problemas éticos, culturales y medioambientales, y de conflictos de todo tipo; pero también de comunicaciones más intensas entre los pueblos, de nuevas posibilidades de conocimiento y diálogo, de hondas aspiraciones a la paz. Se trata de situaciones que constituyen un reto importante para la Iglesia católica y para su capacidad de anunciar a nuestros contemporáneos la Palabra de esperanza y de salvación.

Por eso, deseo vivamente que toda la Compañía de Jesús, gracias a los logros de vuestra Congregación, viva con impulso y fervor renovados la misión para la que el Espíritu la suscitó en la Iglesia y la ha conservado durante más de cuatro siglos y medio con extraordinaria fecundidad de frutos apostólicos. Hoy

deseo animaros a vosotros y a vuestros hermanos a proseguir por el camino de esa misión, con plena fidelidad a vuestro carisma originario, en el contexto eclesial y social característico de este inicio de milenio.

Como os han dicho en varias ocasiones mis antecesores, la Iglesia os necesita, cuenta con vosotros y sigue confiando en vosotros, de modo especial para llegar a los lugares físicos y espirituales a los que otros no llegan o les resulta difícil hacerlo. Han quedado grabadas en vuestro corazón las palabras de Pablo VI: «Dondequiera que en la Iglesia, incluso en los campos más difíciles y de primera línea, en las encrucijadas ideológicas, en las trincheras sociales, ha habido o hay conflicto entre las exigencias urgentes del hombre y el mensaje cristiano, allí han estado y están los jesuitas» (*Discurso a la XXXII Congregación general*, 3 de diciembre de 1974, II: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 8 diciembre de 1974, p. 9).

Como reza la Fórmula de vuestro instituto, la Compañía de Jesús está constituida ante todo «para la defensa y la propagación de la fe». En una época en la que se abrían nuevos horizontes geográficos, los primeros compañeros de san Ignacio se pusieron a disposición del Papa precisamente para que «los emplease en lo que juzgase ser de mayor gloria de Dios y utilidad de las almas» (*Autobiografía*, n. 85). Así fueron enviados a anunciar al Señor a pueblos y culturas que no lo conocían

aún. Y lo hicieron con una valentía y un celo que siguen sirviendo de ejemplo e inspiración hasta nuestros días: el nombre de san Francisco Javier es el más famoso de todos, pero ¡cuántos otros se podrían citar!

Hoy los nuevos pueblos que no conocen al Señor -o que lo conocen mal, hasta el punto de que no saben reconocerlo como el Salvador-, más que geográficamente, están alejados desde un punto de vista cultural. No son los mares o las grandes distancias los obstáculos que afrontan hoy los heraldos del Evangelio, sino las fronteras que, debido a una visión errónea o superficial de Dios y del hombre, se interponen entre la fe y el saber humano, entre la fe y la ciencia moderna, entre la fe y el compromiso por la justicia.

Por eso, la Iglesia necesita con urgencia personas de fe sólida y profunda, de cultura seria y de auténtica sensibilidad humana y social; necesita religiosos y sacerdotes que dediquen su vida precisamente a permanecer en esas fronteras para testimoniar y ayudar a comprender que en ellas existe, en cambio, una armonía profunda entre fe y razón, entre espíritu evangélico, sed de justicia y trabajo por la paz. Sólo así será posible dar a conocer el verdadero rostro del Señor a tantos hombres para los que hoy permanece oculto o irreconocible. Por tanto, a ello debe dedicarse preferentemente la Compañía de Jesús. Fiel a su mejor tradición, debe seguir formando con gran esmero a sus miem-

bro en la ciencia y en la virtud, sin contentarse con la mediocridad, pues la tarea de la confrontación y el diálogo con los contextos sociales y culturales muy diversos y las diferentes mentalidades del mundo actual es una de las más difíciles y arduas. Y esta búsqueda de la calidad y de la solidez humana, espiritual y cultural, debe caracterizar también a toda la múltiple actividad formativa y educativa de los jesuitas en favor de los más diversos tipos de personas, dondequiera que se encuentren.

A lo largo de su historia, la Compañía de Jesús ha vivido experiencias extraordinarias de anuncio y de encuentro entre el Evangelio y las culturas del mundo: basta pensar en Matteo Ricci en China, en Roberto De Nobili en la India o en las "Reducciones" de América Latina. Y de ellas estáis justamente orgullosos. Hoy siento el deber de exhortaros a seguir de nuevo las huellas de vuestros antecesores con la misma valentía e inteligencia, pero también con la misma profunda motivación de fe y pasión por servir al Señor y a su Iglesia.

Sin embargo, mientras tratáis de reconocer los signos de la presencia y de la obra de Dios en todos los lugares del mundo, incluso más allá de los confines de la Iglesia visible; mientras os esforzáis por construir puentes de comprensión y de diálogo con quienes no pertenecen a la Iglesia o encuentran dificultades para aceptar sus posiciones y mensajes, debéis al mismo tiempo ha-

ceros lealmente cargo del deber fundamental de la Iglesia de mantenerse fiel a su mandato de adherirse totalmente a la palabra de Dios, así como de la tarea del Magisterio de conservar la verdad y la unidad de la doctrina católica en su integridad. Ello no sólo vale para el compromiso personal de cada jesuita, pues, dado que trabajáis como miembros de un cuerpo apostólico, debéis también velar para que vuestras obras e instituciones conserven siempre una identidad clara y explícita, para que el fin de vuestra actividad apostólica no resulte ambiguo u oscuro, y para que muchas otras personas puedan compartir vuestros ideales y unirse a vosotros con eficiencia y entusiasmo, colaborando en vuestro compromiso al servicio de Dios y del hombre.

Como bien sabéis por haber realizado muchas veces, bajo la guía de san Ignacio en sus Ejercicios espirituales, la meditación «de las dos banderas», nuestro mundo es teatro de una batalla entre el bien y el mal, y en él actúan poderosas fuerzas negativas que causan las dramáticas situaciones de esclavitud espiritual y material de nuestros contemporáneos contra las que habéis declarado varias veces que queréis luchar, comprometiéndoos al servicio de la fe y de la promoción de la justicia. Esas fuerzas se manifiestan hoy de muchas maneras, pero con especial evidencia mediante tendencias culturales que, a menudo, resultan dominantes, como el subjetivismo, el relativismo, el hedonismo y el materialismo práctico.

Por eso he solicitado vuestro compromiso renovado de promover y defender la doctrina católica «en particular sobre puntos neurálgicos hoy fuertemente atacados por la cultura secular», algunos de los cuales los ejemplifiqué en mi Carta. Es preciso profundizar e iluminar los temas -hoy continuamente debatidos y puestos en tela de juicio- de la salvación de todos los hombres en Cristo, de la moral sexual, del matrimonio y de la familia, en el contexto de la realidad contemporánea, pero conservando la sintonía con el Magisterio necesaria para que no se provoque confusión y desconcierto en el pueblo de Dios.

Sé y comprendo bien que se trata de un punto particularmente sensible y arduo para vosotros y para varios de vuestros hermanos, sobre todo para los que se dedican a la investigación teológica, al diálogo interreligioso y al diálogo con las culturas contemporáneas. Precisamente por ello, os invité y también hoy os invito a reflexionar para recuperar el sentido más pleno de vuestro característico “cuarto voto” de obediencia al Sucesor de Pedro, que no implica sólo disposición a ser enviados a misiones en tierras lejanas, sino también -según el más genuino espíritu ignaciano de “sentir con la Iglesia y en la Iglesia”- a “amar y servir” al Vicario de Cristo en la tierra con la devoción “efectiva y afectiva” que debe convertirlos en valiosos e insustituibles colaboradores suyos en su servicio a la Iglesia universal.

Al mismo tiempo, os animo a proseguir y renovar vuestra misión entre los pobres y con los pobres. No faltan, por desgracia, nuevas causas de pobreza y de marginación en un mundo marcado por graves desequilibrios económicos y medioambientales; por procesos de globalización regidos por el egoísmo más que por la solidaridad; por conflictos armados devastadores y absurdos. Como reafirmé a los obispos latinoamericanos reunidos en el santuario de Aparecida, «la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Co 8, 9)».

Por eso, resulta natural que quien quiera ser, de verdad, compañero de Jesús comparta realmente su amor a los pobres. Nuestra opción por los pobres no es ideológica, sino que nace del Evangelio. Son innumerables y dramáticas las situaciones de injusticia y pobreza en el mundo actual, y si es necesario esforzarse por comprender y combatir sus causas estructurales, también es preciso bajar al corazón mismo del hombre para luchar en él contra las raíces profundas del mal, contra el pecado que lo separa de Dios, sin dejar de responder a las necesidades más apremiantes con el espíritu de la caridad de Cristo.

Retomando y desarrollando una de las últimas intuiciones clarividentes del padre Arrupe, vuestra Compañía sigue trabajando meritoriamente al servi-

cio de los refugiados, que, a menudo, son los más pobres de los pobres y que no sólo necesitan ayuda material, sino también la cercanía espiritual, humana y psicológica más profunda, que es más propia de vuestro servicio.

Os invito, por último, a prestar especial atención al ministerio de los Ejercicios espirituales, característico de vuestra Compañía desde sus mismos orígenes. Los Ejercicios son la fuente de vuestra espiritualidad y la matriz de vuestras Constituciones, pero también son un don que el Espíritu del Señor ha hecho a la Iglesia entera. Por eso, tenéis que seguir haciendo de él un instrumento valioso y eficaz para el crecimiento espiritual de las almas, para su iniciación en la oración y en la meditación en este mundo secularizado del que Dios parece ausente.

Precisamente, la semana pasada, yo también, junto con mis más estrechos colaboradores de la Curia romana, hice los Ejercicios espirituales, dirigidos por un ilustre hermano vuestro, el cardenal Albert Vanhoye. En un tiempo como el actual, en el que la confusión y multiplicidad de los mensajes, y la rapidez de cambios y situaciones, dificultan de especial manera a nuestros contemporáneos la labor de poner orden en su vida y de responder con determinación y alegría a la llamada que el Señor nos dirige a cada uno, los Ejercicios espirituales constituyen un camino y un método particularmente valioso para buscar y encontrar a Dios en nosotros,

en nuestro entorno y en todas las cosas, con el fin de conocer su voluntad y de ponerla en práctica.

Con este espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, a Jesucristo, que se convierte también en obediencia humilde a la Iglesia, os invito a proseguir y a llevar a buen fin los trabajos de vuestra Congregación, y me uno a vosotros en la oración que san Ignacio nos enseñó al final de los Ejercicios, una oración que siempre me parece demasiado elevada, hasta el punto de que casi no me atrevo a rezarla, y que, sin embargo, siempre deberíamos repetir: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed de todo a vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta» (*Ejercicios espirituales*, 234).

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
al dedicar un patio de la Basílica
Vaticana a San Gregorio el
Iluminador*

Viernes, 22 de febrero de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Dirijo mi cordial saludo a todos los presentes. En primer lugar, saludo al cardenal Ángelo Comastri, arcipreste de la basílica de San Pedro, y al car-

denal Giovanni Lajolo, presidente de la Gobernación. Saludo, asimismo, al patriarca Nerses Bedros XIX, a quien agradezco las amables palabras con las que ha interpretado los sentimientos comunes. Extiendo mi saludo a los arzobispos, obispos y personalidades religiosas de toda la Iglesia armenia católica. Saludo, además, a las personalidades políticas, a las delegaciones y a cuantos han querido participar en esta significativa ceremonia, durante la cual bendeciré la placa toponomástica de este patio. Aprovecho de buen grado la ocasión para abrazar con amor fraterno a la Iglesia apostólica armenia, así como a la nación armenia y a todos los armenios esparcidos por el mundo.

Ésta es sin duda una circunstancia providencial, que nos brinda la oportunidad de encontrarnos aquí, junto a la tumba del apóstol san Pedro, para recordar a otro gran santo, al que en este momento se dedica el así llamado *cortilone*. Me complace recordar que mi venerado predecesor, Juan Pablo II, pocos meses antes de su muerte, bendijo la estatua de san Gregorio el Iluminador, colocada precisamente aquí. Este gran santo, hace más de diecisiete siglos, hizo de los armenios un pueblo cristiano, más aún, el primer pueblo que fue oficialmente cristiano. La conversión de los armenios fue un acontecimiento que marcó de modo profundo la identidad armenia, no sólo a nivel personal, sino también nacional.

El término “Iluminador”, con el que se denomina a este santo, tan apre-

ciado por vosotros, pone de relieve la doble función que san Gregorio tuvo en la historia de la conversión armenia. En efecto, “iluminación” es un término que se usa en el lenguaje cristiano para indicar el paso de las tinieblas a la luz de Cristo. Y, en verdad, Cristo es el gran iluminador que irradia su luz sobre toda la existencia de quien lo acoge y lo sigue fielmente.

Ahora bien, san Gregorio fue llamado el iluminador precisamente porque en él se reflejaba de modo extraordinario el rostro del Salvador. La palabra “iluminación” reviste también un ulterior significado en la acepción armenia; indica la luz que deriva de la difusión de la cultura a través de la enseñanza. Y esto nos hace pensar inmediatamente en los monjes maestros que, siguiendo los pasos de san Gregorio, continuaron su predicación, propagando de ese modo la luz de la verdad evangélica, que revela al hombre la verdad de su mismo ser y desarrolla sus ricas potencialidades culturales y espirituales.

Queridos hermanos y hermanas, gracias una vez más por haber participado en este encuentro. Al inaugurar el “Patio de san Gregorio el Iluminador”, oremos para que el pueblo armenio, por intercesión de este ilustre y benemérito hijo suyo, siga caminando por las sendas de la fe, dejándose guiar, como ha hecho a lo largo de los siglos, por Cristo y por su Evangelio, que ha marcado de modo indeleble su cultura. Con este deseo, que encomiendo a la

intercesión de la Virgen María, imparto a todos mi bendición.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Diócesis de Roma con motivo de
la entrega de su carta sobre la tarea
urgente de la educación*

Plaza de San Pedro, Sábado, 23 de febrero de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Os agradezco que hayáis aceptado, en gran número, la invitación a esta audiencia especial, durante la cual recibiréis de mis manos la carta que dirigí a la diócesis y a la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación. Os saludo con afecto a cada uno de vosotros: sacerdotes, religiosos y religiosas, padres de familia, profesores, catequistas y demás educadores, niños, adolescentes y jóvenes, así como a los que siguen la audiencia a través de la televisión. Saludo y doy las gracias, en particular, al cardenal vicario y a todos los que han tomado la palabra en representación de las diversas clases de personas implicadas en el gran desafío educativo.

En efecto, estamos reunidos aquí porque nos mueve una solicitud común por el bien de las nuevas generaciones, por el crecimiento y por el futuro de los hijos que el Señor ha dado a esta ciudad. Nos mueve también una

preocupación, es decir, la percepción de lo que hemos llamado “una gran emergencia educativa”. Educar nunca ha sido fácil, y hoy parece cada vez más difícil; por eso, muchos padres de familia y profesores se sienten tentados de renunciar a la tarea que les corresponde, y ya ni siquiera logran comprender cuál es de verdad la misión que se les ha confiado.

En efecto, demasiadas incertidumbres y dudas reinan en nuestra sociedad y en nuestra cultura; los medios de comunicación social transmiten demasiadas imágenes distorsionadas. Así, resulta difícil proponer a las nuevas generaciones algo válido y cierto, reglas de conducta y objetivos por los cuales valga la pena gastar la propia vida. Pero hoy estamos aquí también y, sobre todo, porque nos sentimos sostenidos por una gran esperanza y una fuerte confianza, es decir, por la certeza de que el “sí” claro y definitivo, que Dios en Jesucristo dijo a la familia humana (cf. 2 Co 1, 19-20), vale también hoy para nuestros muchachos y jóvenes, vale para los niños que hoy se asoman a la vida. Por eso, también en nuestro tiempo educar en el bien es posible, es una pasión que debemos llevar en el corazón, es una empresa común a la que cada uno está llamado a dar su contribución.

Estamos aquí, en concreto, porque queremos responder al interrogante educativo que hoy perciben dentro de sí los padres, preocupados por el futuro

de sus hijos; los profesores, que viven desde dentro la crisis de la escuela; los sacerdotes y los catequistas, que saben por experiencia cuán difícil es educar en la fe; los mismos muchachos, adolescentes y jóvenes, que no quieren que los dejen solos ante los desafíos de la vida. Esta es la razón por la que os escribí, queridos hermanos y hermanas, la carta que estoy a punto de entregaros. En ella podéis encontrar algunas indicaciones, sencillas y concretas, sobre los aspectos fundamentales y comunes de la obra educativa.

Hoy me dirijo a cada uno de vosotros para ofreceros mi afectuoso aliento a asumir con alegría la responsabilidad que el Señor os encomienda, para que la gran herencia de fe y de cultura, que es la riqueza más verdadera de nuestra amada ciudad, no se pierda en el paso de una generación a otra, sino que, por el contrario, se renueve, se robustezca, y sea una guía y un estímulo en nuestro camino hacia el futuro.

Con este espíritu me dirijo a vosotros, queridos padres de familia, ante todo, para pedirlos que permanezcáis siempre firmes en vuestro amor recíproco: éste es el primer gran don que necesitan vuestros hijos para crecer serenos, para ganar confianza en sí mismos y confianza en la vida, y para aprender ellos a ser a su vez capaces de amor auténtico y generoso. Además, el bien que queréis para vuestros hijos debe daros el estilo y la valentía del verdadero educador, con un testimonio coherente de

vida y también con la firmeza necesaria para temprar el carácter de las nuevas generaciones, ayudándoles a distinguir con claridad entre el bien y el mal y a construir a su vez sólidas reglas de vida, que las sostengan en las pruebas futuras. Así enriqueceréis a vuestros hijos con la herencia más valiosa y duradera, que consiste en el ejemplo de una fe vivida diariamente.

Con el mismo espíritu, os pido a vosotros, profesores de los diversos niveles escolares, que tengáis un concepto elevado y grande de vuestro importante trabajo, a pesar de las dificultades, las incomprendiones y las desilusiones que experimentáis con demasiada frecuencia. En efecto, enseñar significa ir al encuentro del deseo de conocer y comprender ínsito en el hombre, y que en el niño, en el adolescente y en el joven se manifiesta con toda su fuerza y espontaneidad.

Por tanto, vuestra tarea no puede limitarse a comunicar nociones e informaciones, dejando a un lado el gran interrogante acerca de la verdad, sobre todo de la verdad que puede ser una guía en la vida. En efecto, sois auténticos educadores: a vosotros, en estrecha sintonía con los padres de familia, se ha encomendado el noble arte de la formación de la persona. En particular, cuantos enseñan en las escuelas católicas han de llevar dentro de sí y traducir cada día en actividad el proyecto educativo centrado en el Señor Jesús y en su Evangelio.

Y vosotros, queridos sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas, animadores y formadores de las parroquias, de los grupos juveniles, de las asociaciones y movimientos eclesiales, de los oratorios, de las actividades deportivas y recreativas, procurad tener siempre, con los muchachos y los jóvenes a los que os acercáis, los mismos sentimientos de Jesucristo (cf. *Flp* 2, 5). Por consiguiente, sed amigos fiables, en los que puedan palpar la amistad de Jesús hacia ellos; al mismo tiempo, sed testigos sinceros e intrépidos de la verdad que hace libres (cf. *Jn* 8, 32) e indica a las nuevas generaciones el camino que conduce a la vida.

Pero la educación no es solamente obra de los educadores; es una relación entre personas en la que, con el paso de los años, entran cada vez más en juego la libertad y la responsabilidad de quienes son educados. Por eso, con gran afecto me dirijo a vosotros, niños, adolescentes y jóvenes, para recordaros que vosotros mismos estáis llamados a ser los artífices de vuestro crecimiento moral, cultural y espiritual. En consecuencia, a vosotros os corresponde acoger libremente en el corazón, en la inteligencia y en la vida, el patrimonio de verdad, de bondad y de belleza que se ha formado a lo largo de los siglos y que tiene en Jesucristo su piedra angular. A vosotros os corresponde renovar y desarrollar ulteriormente este patrimonio, liberándolo de las numerosas mentiras y fealdades que a menudo lo hacen irreconocible y provocan en vosotros desconfianza y desilusión.

En cualquier caso, sabed que jamás estáis solos en este arduo camino: además de vuestros padres, profesores, sacerdotes, amigos y formadores, está cerca de vosotros, sobre todo, el Dios que nos ha creado y que es el huésped secreto de nuestro corazón. Él ilumina desde dentro nuestra inteligencia, orienta hacia el bien nuestra libertad, que con frecuencia percibimos frágil e inconstante; él es la verdadera esperanza y el fundamento sólido de nuestra vida. De él, ante todo, podemos fiarnos.

Por tanto, queridos hermanos y hermanas, en el momento en que os entrego simbólicamente la carta sobre la tarea urgente de la educación, nos encomendamos todos juntos a Aquél que es nuestro verdadero y único Maestro (cf. *Mt 23, 8*), para comprometernos juntamente con él, con confianza y alegría, en la maravillosa empresa que es la formación y el crecimiento auténtico de las personas. Con estos sentimientos y deseos, imparto a todos mi bendición.

*Palabras del Papa, Benedicto XVI,
al final del Encuentro con los grupos
parroquiales en la Visita Pastoral a
la parroquia romana de Santa M^a
Liberadora, en Testaccio*

Domingo 24 de febrero de 2008

Me alegra mucho estar aquí hoy entre vosotros. Por desgracia, no hablo romanesc, pero como católicos todos

somos un poco romanos y llevamos a Roma en nuestro corazón; por tanto, comprendemos un poco del dialecto romanesc.

Para mí ha sido muy grato que me hayan hablado en vuestro dialecto, porque se comprende que se trata de palabras que brotan del corazón. También es hermoso y estimulante ver aquí representadas las numerosas actividades que se realizan en esta parroquia, las numerosas realidades que existen en ella: sacerdotes, religiosas de varias congregaciones, catequistas, laicos que colaboran de diversas maneras con la parroquia.

Asimismo, veo que san Juan Bosco está vivo entre vosotros, prosiguiendo su obra; y que la Virgen Liberadora, la que nos hace libres, invita a abrir las puertas a Cristo y a dar la verdadera libertad también a los demás. Esto significa crear la Iglesia y crear también la presencia del reino de Cristo entre nosotros. Gracias por todo esto.

Hoy leímos un pasaje del Evangelio muy actual. La mujer samaritana, de la que se habla, puede parecer una representante del hombre moderno, de la vida moderna. Había tenido cinco maridos y convivía con otro hombre. Usaba ampliamente su libertad y, sin embargo, no era por ello más libre; más aún, quedaba cada vez más vacía. Pero vemos también que en esa mujer había un gran deseo de encontrar la verdadera felicidad, la verdadera alegría. Por

eso, siempre estaba inquieta y se alejaba cada vez más de la verdadera felicidad.

Con todo, también esa mujer, que vivía una vida aparentemente tan superficial, incluso lejos de Dios, en el momento en que Cristo le habla, muestra que en lo más íntimo de su corazón conservaba esta pregunta sobre Dios: ¿Quién es Dios? ¿Dónde podemos encontrarlo? ¿Cómo podemos adorarlo? En esta mujer podemos ver muy bien reflejada nuestra vida actual, con todos los problemas que nos afligen; pero también vemos que en lo más íntimo del corazón siempre está la cuestión de Dios, la espera de que él se manifieste de otro modo.

Nuestra actividad es realmente la espera, respondemos a la espera de quienes buscan la luz del Señor, y al dar respuesta a esa espera también nosotros crecemos en la fe y podemos comprender que esta fe es el agua de la que tenemos sed.

En este sentido, quiero animaros a proseguir vuestro compromiso pastoral y misionero, con vuestro dinamismo para ayudar a las personas de hoy a encontrar la verdadera libertad y la verdadera alegría. Todos, como esa mujer del Evangelio, están en camino para ser totalmente libres, para encontrar la plena libertad y para hallar en ella la alegría plena. Con todo, a menudo andan por un camino equivocado. Ojalá que, con la luz del Señor y nuestra cooperación con el Señor, descubran que la verda-

dera libertad viene del encuentro con la Verdad que es el amor y la alegría.

Hoy me llamaron la atención, en particular, dos frases. La primera la pronunció el párroco: “Tenemos más futuro que pasado”. Ésta es la verdad de nuestra Iglesia: siempre tiene más futuro que pasado. Y por eso seguimos adelante con valentía.

La otra frase que me llamó la atención la pronunció en su discurso el representante del consejo pastoral: “La verdadera santidad consiste en estar alegres”. La santidad se manifiesta con la alegría. Del encuentro con Cristo nace la alegría. Y éste es mi deseo para todos vosotros, que nazca siempre de nuevo esta alegría de conocer a Cristo y con ella un renovado dinamismo al anunciarlo a vuestros hermanos.

Gracias por todo lo que hacéis. ¡Feliz Pascua!

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la XIV Asamblea
General de la Academia Pontificia
para la Vida*

Lunes 25 de febrero de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Con gran alegría os saludo a todos los que participáis en el congreso organizado por la Academia pontificia para

la vida sobre el tema: "Junto al enfermo incurable y al moribundo: orientaciones éticas y operativas". El congreso se celebra con ocasión de la XIV asamblea general de la Academia, cuyos miembros también se hallan presentes en esta audiencia. Doy las gracias, ante todo, al presidente, monseñor Sgreccia, por sus cordiales palabras de saludo; asimismo, expreso mi gratitud a toda la presidencia, al consejo directivo de la Academia pontificia, a todos los colaboradores y a los miembros ordinarios, honorarios y correspondientes. Dirijo un saludo cordial y agradecido a los relatores de este importante congreso, así como a todos los participantes, que proceden de diferentes países del mundo. Queridos hermanos, vuestro generoso compromiso y vuestro testimonio merecen realmente encomio.

La simple consideración de los títulos de las relaciones tenidas durante el congreso permite percibir el amplio panorama de vuestras reflexiones y el interés que revisten para nuestro tiempo, especialmente en el mundo secularizado de hoy. Tratáis de responder a los numerosos problemas planteados cada día por el incesante progreso de las ciencias médicas, cuya actividad cuenta cada vez más con la ayuda de instrumentos tecnológicos de elevado nivel. Frente a todo esto, se plantea para todos, y en especial para la Iglesia, vivificada por el Señor resucitado, el urgente desafío de llevar al amplio horizonte de la vida humana el esplendor de la verdad revelada y el apoyo de la esperanza.

Cuando se apaga una vida en edad avanzada, en la aurora de la existencia terrena o en la plenitud de la edad, por causas imprevistas, no se ha de ver en ello un simple hecho biológico que se agota, o una biografía que se concluye, sino más bien un nuevo nacimiento y una existencia renovada, ofrecida por el Resucitado a quien no se ha opuesto voluntariamente a su amor.

Con la muerte, se concluye la experiencia terrena, pero, a través de la muerte, se abre también, para cada uno de nosotros, más allá del tiempo, la vida plena y definitiva. El Señor de la vida está presente al lado del enfermo como quien vive y da la vida, pues él mismo dijo: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10), «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá» (Jn 11, 25) y «Yo lo resucitaré el último día» (Jn 6, 54). En ese momento solemne y sagrado, todos los esfuerzos realizados en la esperanza cristiana para mejorarnos a nosotros mismos y mejorar el mundo que se nos ha encomendado, purificados por la Gracia, encuentran su sentido y se enriquecen gracias al amor de Dios Creador y Padre. Cuando, en el momento de la muerte, la relación con Dios se realiza plenamente en el encuentro con «Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida, entonces "vivimos"» (*Spe salvi*, 27).

Para la comunidad de los creyentes, este encuentro del moribundo con la Fuente de la vida y del amor constituye

un don que tiene valor para todos, que enriquece la comunión de todos los fieles. Como tal, debe suscitar el interés y la participación de la comunidad, no sólo de la familia de los parientes próximos, sino, en la medida y en las formas posibles, de toda la comunidad que ha estado unida a la persona que muere. Ningún creyente debería morir en la soledad y en el abandono.

La madre Teresa de Calcuta se esforzaba de modo particular por recoger a los pobres y a los abandonados, para que, al menos en el momento de la muerte, pudieran experimentar, en el abrazo de las hermanas y de los hermanos, el calor del Padre.

Pero la comunidad cristiana, con sus vínculos particulares de comunión sobrenatural, no es la única que está comprometida en acompañar y celebrar en sus miembros el misterio del dolor y de la muerte y el alba de la nueva vida. En realidad, toda la sociedad, a través de sus instituciones sanitarias y civiles, está llamada a respetar la vida y la dignidad del enfermo grave y del moribundo.

Aun conscientes de que “no es la ciencia la que redime al hombre” (*Spe salvi*, 26), toda la sociedad y en particular los sectores relacionados con la ciencia médica deben expresar la solidaridad del amor, la salvaguardia y el respeto de la vida humana en todos los momentos de su desarrollo terreno, sobre todo cuando se encuentra en situación de enfermedad o en su fase terminal.

Más en concreto, se trata de asegurar a toda persona que lo necesite el apoyo necesario por medio de terapias e intervenciones médicas adecuadas, realizadas y gestionadas según los criterios de la proporcionalidad médica, teniendo siempre en cuenta el deber moral de suministrar (el médico) y de acoger (el paciente) los medios de conservación de la vida que, en la situación concreta, se consideren “ordinarios”.

Al contrario, por lo que se refiere a las terapias especialmente arriesgadas o que prudentemente puedan considerarse “extraordinarias”, recurrir a ellas es moralmente lícito, aunque facultativo. Además, es necesario asegurar siempre, a cada persona, los cuidados necesarios y debidos, así como el apoyo a las familias más probadas por la enfermedad de uno de sus miembros, sobre todo si es grave o prolongada.

En el campo de la reglamentación laboral, normalmente se reconocen los derechos específicos de los familiares en el momento de un nacimiento. Del mismo modo, y especialmente en ciertas circunstancias, deberían reconocerse unos derechos parecidos a los parientes próximos en el momento de la enfermedad terminal de un familiar. Una sociedad solidaria y humanitaria no puede menos de tener en cuenta las difíciles condiciones de las familias que, en ocasiones durante largos períodos, deben cargar con el peso de la asistencia a domicilio de enfermos graves no autosuficientes. Un respeto mayor de la vida humana

individual pasa inevitablemente por la solidaridad concreta de todos y de cada uno, constituyendo uno de los desafíos más urgentes de nuestro tiempo.

Como recordé en la encíclica *Spe salvi*, «la grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la com-pasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana» (n. 38).

En una sociedad compleja, fuertemente influenciada por las dinámicas de la productividad y por las exigencias de la economía, las personas frágiles y las familias más pobres corren el riesgo de no ser capaces de afrontar los momentos de dificultad económica y/o de enfermedad. En las grandes ciudades hay cada vez más personas ancianas y solas, incluso en los momentos de enfermedad grave y de cercanía de la muerte. En estas situaciones es fuerte la tentación de recurrir a la eutanasia, sobre todo cuando se insinúa una visión utilitarista en relación con la persona. A este respecto, aprovecho la ocasión para reafirmar, una vez más, la firme y constante condena ética de toda forma de eutanasia directa, según la enseñanza plurisecular de la Iglesia.

El esfuerzo conjunto de la sociedad civil y de la comunidad de los creyentes

debe orientarse a que todos puedan no sólo vivir de forma digna y responsable, sino también atravesar el momento de la prueba y de la muerte en la mejor condición de fraternidad y solidaridad, incluso cuando la muerte se produce en una familia pobre o en el lecho de un hospital. La Iglesia, con sus instituciones ya activas y con nuevas iniciativas, está llamada a dar el testimonio de la caridad operante, especialmente en las situaciones críticas de personas no autosuficientes y privadas de apoyos familiares, y en los casos de enfermos graves que necesitan cuidados paliativos, así como una adecuada asistencia religiosa.

Por una parte, la movilización espiritual de las comunidades parroquiales y diocesanas, y por otra, la creación o potenciación de las instituciones dependientes de la Iglesia, podrán animar y sensibilizar a todo el ambiente social, para que a todo hombre que sufre, y de modo especial a quien se acerca al momento de la muerte, se le brinden y testimonien la solidaridad y la caridad.

La sociedad, por su parte, debe asegurar el debido apoyo a las familias que quieren atender en casa, durante períodos a veces largos, a enfermos que sufren patologías degenerativas (tumores, neurodegenerativas, etc.) o que necesitan una asistencia particularmente comprometida. De manera especial, se necesita la colaboración de todas las fuerzas vivas y responsables de la sociedad en favor de las instituciones de asistencia específica que requieren personal nume-

roso y especializado así como equipos muy caros. La sinergia entre la Iglesia y las instituciones puede ser especialmente importante en estos campos, para asegurar la ayuda necesaria a la vida humana en el momento de la fragilidad.

A la vez que deseo que en este congreso internacional, celebrado en comitancia con el Jubileo de las apariciones de Lourdes, se puedan sugerir

nuevas propuestas para aliviar la situación de quienes tienen que afrontar las formas terminales de la enfermedad, os exhorto a continuar vuestro benemérito compromiso al servicio de la vida en cada una de sus fases.

Con estos sentimientos, os aseguro mi oración para apoyar vuestro trabajo y os acompaño con una bendición apostólica especial.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en su visita al Pontificio Seminario Romano Mayor con ocasión de la Fiesta de la Virgen de la Confianza

Viernes, 1 de febrero de 2008

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos seminaristas y padres de familia; queridos hermanos y hermanas:

Para el obispo siempre es una gran alegría encontrarse en su seminario, y esta tarde doy gracias al Señor porque me renueva esta alegría en la víspera de la fiesta de la Virgen de la Confianza, vuestra patrona celestial. Os saludo a todos cordialmente: al cardenal vicario, a los obispos auxiliares, al rector y a los demás superiores, y, con afecto especial, a vosotros, queridos seminaristas. Me alegra saludar también a

los padres de familia presentes y a los amigos de la comunidad del Seminario romano.

Estamos todos aquí reunidos para las primeras Vísperas solemnes de esta fiesta mariana tan querida por vosotros. Hemos escuchado algunos versículos de la carta de san Pablo a los Gálatas, en los que se recoge la expresión: «plenitud de los tiempos» (*Ga* 4, 4). Sólo Dios puede «llenar el tiempo» y hacernos experimentar el sentido pleno de nuestra existencia. Dios ha llenado de sí mismo el tiempo al enviar a su Hijo unigénito y en él nos ha hecho hijos adoptivos suyos: hijos en el Hijo. En Jesús y con Jesús, «camino, verdad y vida» (*Jn* 14, 6), podemos ahora encontrar las respuestas exhaustivas a las expectativas más profundas del corazón. Al desaparecer el miedo, crece en nosotros la confianza en el Dios a

quien nos atrevemos a llamar incluso «*Abbá-Padre*» (cf. *Ga* 4, 6).

Queridos seminaristas, precisamente porque el don de ser hijos adoptivos de Dios ha iluminado vuestra vida, habéis sentido el deseo de hacer partícipes de ese don también a los demás. Estáis aquí para eso, para desarrollar vuestra vocación filial y para prepararos a la futura misión de apóstoles de Cristo. Se trata de un único crecimiento, que, al permitir os gustar la alegría de la vida con Dios Padre, os hace percibir con fuerza la urgencia de convertir os en mensajeros del Evangelio de su Hijo Jesús. El Espíritu Santo es quien os hace estar atentos a esta realidad profunda y amarla. Todo esto no puede por menos de suscitar una gran confianza, porque el don recibido es sorprendente, llena de asombro y colma de íntima alegría. Así podéis comprender el papel que desempeña también en vuestra vida María, invocada en vuestro seminario con el hermoso título de Virgen de la Confianza. Del mismo modo que «el Hijo nació de mujer» (cf. *Ga* 4, 4), de María, Madre de Dios, así también en vuestro ser hijos de Dios ella es la Madre, la verdadera Madre.

Queridos padres de familia, probablemente vosotros sois los más sorprendidos de todos por lo que ha acontecido y está aconteciendo en vuestros hijos. Tal vez habíais imaginado para ellos una misión diversa de aquélla para la cual se están preparando. ¡Quién sabe cuántas veces os ponéis a reflexionar

sobre ellos! Recordáis cuando eran niños y luego muchachos; las ocasiones en que mostraron los primeros signos de la vocación; o, en algún caso, por el contrario, los años en que la vida de vuestro hijo parecía desarrollarse lejos de la Iglesia.

¿Qué sucedió? ¿Qué encuentros influyeron en sus decisiones? ¿Qué luces interiores orientaron su camino? ¿Cómo pudieron abandonar perspectivas de vida tal vez prometedoras, para escoger ingresar en el seminario? Contemplemos a María. El Evangelio nos ayuda a comprender que también ella se hacía numerosas preguntas sobre su Hijo Jesús y meditaba mucho sobre él (cf. *Lc* 2, 19. 51).

Es inevitable que, en cierto modo, la vocación de los hijos se convierta también en vocación de los padres. Tratando de comprenderlos y siguiéndolos en su itinerario, también vosotros, queridos padres y queridas madres, con mucha frecuencia os habéis visto implicados en un camino en el que vuestra fe ha ido fortaleciéndose y renovándose. Habéis participado en la aventura maravillosa de vuestros hijos.

En efecto, aunque pueda parecer que la vida del sacerdote no atrae el interés de la mayoría de la gente, en realidad se trata de la aventura más interesante y necesaria para el mundo, la aventura de mostrar y hacer presente la plenitud de vida a la que todos aspiran. Es una aventura muy exigente; y no podría ser

de otra manera, porque el sacerdote está llamado a imitar a Jesús, «que no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (*Mt* 20, 28).

Queridos seminaristas, estos años de formación constituyen un tiempo importante para prepararos a la entusiasmante misión a la que el Señor os llama. Permitidme que subraye dos aspectos que caracterizan vuestra experiencia actual. Ante todo, los años del seminario implican cierto alejamiento de la vida común, cierto «desierto», para que el Señor pueda hablar a vuestro corazón (cf. *Os* 2, 16). En efecto, él no habla en voz alta, sino en voz baja; habla en el silencio (cf. *1 R* 19, 12). Por tanto, para escuchar su voz hace falta un clima de silencio.

Por esta razón, el seminario ofrece espacios y tiempos de oración diaria, y cuida mucho la liturgia, la meditación de la palabra de Dios y la adoración eucarística. Al mismo tiempo, os pide que dediquéis muchas horas al estudio: orando y estudiando, podéis construir en vosotros el hombre de Dios que debéis ser y que la gente espera que sea el sacerdote.

Hay luego un segundo aspecto en vuestra vida: durante los años del seminario vivís juntos. Vuestra formación con vistas al sacerdocio implica también este aspecto comunitario, que es de gran importancia. Los Apóstoles se formaron juntos, siguiendo a Jesús.

Vuestra comunión no se limita al presente; concierne también al futuro. En la actividad pastoral que os espera deberéis actuar unidos como en un cuerpo, en un *ordo*, el de los presbíteros, que con el obispo atienden pastoralmente a la comunidad cristiana. Amad esta «vida de familia», que para vosotros es anticipación de la «fraternidad sacramental» (*Presbyterorum ordinis*, 8) que debe caracterizar a todo presbítero diocesano.

Todo esto recuerda que Dios os llama a ser santos, que la santidad es el secreto del auténtico éxito de vuestro ministerio sacerdotal. Ya desde ahora la santidad debe constituir el objetivo de vuestra opción y decisión. Encomendad este deseo y este compromiso diario a María, Madre de la Confianza. Este título tan tranquilizador corresponde a la repetida invitación evangélica: «No temas», que dirigió el ángel a la Virgen (cf. *Lc* 1, 29) y luego muchas veces Jesús a los discípulos. «No temas, porque yo estoy contigo», dice el Señor. En el icono de la Virgen de la Confianza, donde el Niño señala a la Madre, parece que Jesús añade: «Mira a tu Madre, y no temas».

Queridos seminaristas, recorred el camino del seminario con el alma abierta a la verdad, a la transparencia, al diálogo con quienes os dirigen; esto os permitirá responder de modo sencillo y humilde a Aquél que os llama, liberándoos del peligro de realizar un proyecto sólo personal. Vosotros, queridos

padres de familia y amigos, acompañada a los seminaristas con la oración y con vuestro constante apoyo material y espiritual. También yo os aseguro a todos un recuerdo en mi oración, a la vez que con alegría os imparto la bendición apostólica.

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
el Miércoles de Ceniza en la Basílica
de Santa Sabina en el Aventino*

*Basílica de Santa Sabina. Miércoles de
Ceniza, 6 de febrero de 2008*

Queridos hermanos y hermanas:

Si el Adviento es, por excelencia, el tiempo que nos invita a esperar en el Dios que viene, la Cuaresma nos renueva en la esperanza en Aquél que nos hace pasar de la muerte a la vida. Ambos son tiempos de purificación -lo manifiesta también el color litúrgico que tienen en común-, pero de modo especial la Cuaresma, toda ella orientada al misterio de la Redención, se define como «camino de auténtica conversión» (*Oración colecta*).

Al inicio de este itinerario penitencial, quiero reflexionar brevemente sobre la oración y el sufrimiento como aspectos característicos del tiempo litúrgico cuaresmal. A la práctica de la limosna ya dediqué el *Mensaje para la Cuaresma*, publicado la semana pasada.

En la encíclica *Spe salvi* puse de relieve que la oración y el sufrimiento, juntamente con el obrar y el juicio, son «lugares de aprendizaje y de ejercicio de la esperanza». Por tanto, podríamos afirmar que el tiempo cuaresmal, precisamente porque invita a la oración, a la penitencia y al ayuno, constituye una ocasión providencial para hacer más viva y firme nuestra esperanza.

La oración alimenta la esperanza, porque nada expresa mejor la realidad de Dios en nuestra vida que orar con fe. Incluso en la soledad de la prueba más dura, nada ni nadie pueden impedir que nos dirijamos al Padre «en lo secreto» de nuestro corazón, donde sólo él «ve», como dice Jesús en el Evangelio (cf. *Mt* 6, 4. 6. 18).

Vienen a la mente dos momentos de la existencia terrena de Jesús, que se sitúan uno al inicio y otro casi al final de su vida pública: los cuarenta días en el desierto, sobre los cuales está calcado el tiempo cuaresmal, y la agonía en Getsemaní. Ambos son esencialmente momentos de oración. Oración en diálogo con el Padre, a solas, de tú a tú, en el desierto; oración llena de «angustia mortal» en el Huerto de los Olivos. Pero en ambas circunstancias, orando, Cristo desenmascara los engaños del tentador y lo derrota. Así, la oración se muestra como la primera y principal «arma» para «afrontar victoriosamente el combate contra las fuerzas del mal» (*Oración colecta*).

La oración de Cristo alcanza su culmen en la cruz, expresándose en las últimas palabras que recogieron los evangelistas. Cuando parece lanzar un grito de desesperación: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado» (*Mt* 27, 46; *Mc* 15, 34; cf. *Sal* 21, 1), en realidad Cristo hace suya la invocación del que, asediado por sus enemigos, sin escapatoria, sólo tiene a Dios para dirigirse y, por encima de todas las posibilidades humanas, experimenta su gracia y su salvación.

Con esas palabras del Salmo, primero de un hombre abrumado por el sufrimiento y, después, del pueblo de Dios inmerso en sus sufrimientos por la aparente ausencia de Dios, Jesús hace suyo ese grito de la humanidad que sufre por la aparente ausencia de Dios y lleva este grito al corazón del Padre. Al orar así en esta última soledad, junto con toda la humanidad, nos abre el corazón de Dios.

Así pues, no hay contradicción entre esas palabras del Salmo 21 y las palabras llenas de confianza filial: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (*Lc* 23, 46; cf. *Sal* 30, 6). También estas palabras están tomadas de un Salmo, el 30, imploración dramática de una persona que, abandonada por todos, se pone segura en manos de Dios.

La oración de súplica llena de esperanza es, por tanto, el *leit motiv* de la Cuaresma y nos hace experimentar a Dios como única ancla de salvación.

Aun cuando sea colectiva, la oración del pueblo de Dios es voz de un solo corazón y de una sola alma; es diálogo «de tú a tú», como la conmovedora imploración de la reina Ester cuando su pueblo estaba a punto de ser exterminado: «Mi Señor y Dios nuestro, tú eres único. Ven en mi socorro, que estoy sola y no tengo socorro sino en ti, y mi vida está en gran peligro» (*Est* 4, 17 l). Ante un «gran peligro» hace falta una esperanza más grande, y esta esperanza es sólo la que puede contar con Dios.

La oración es un crisol en el que nuestras expectativas y aspiraciones son expuestas a la luz de la palabra de Dios, se sumergen en el diálogo con Aquél que es la verdad y salen purificadas de mentiras ocultas y componendas con diversas formas de egoísmo (cf. *Spe salvi*, 33). Sin la dimensión de la oración, el yo humano acaba por encerrarse en sí mismo, y la conciencia, que debería ser eco de la voz de Dios, corre el peligro de reducirse a un espejo del yo, de forma que el coloquio interior se transforma en un monólogo, dando pie a mil auto-justificaciones.

Por eso, la oración es garantía de apertura a los demás. Quien se abre a Dios y a sus exigencias, al mismo tiempo se abre a los demás, a los hermanos que llaman a la puerta de su corazón y piden escucha, atención, perdón, a veces corrección, pero siempre con caridad fraterna. La verdadera oración nunca es egocéntrica; siempre está cen-

trada en los demás. Como tal, lleva al que ora al «éxtasis» de la caridad, a la capacidad de salir de sí mismo para hacerse prójimo de los demás en el servicio humilde y desinteresado.

La verdadera oración es el motor del mundo, porque lo tiene abierto a Dios. Por eso, sin oración no hay esperanza, sino sólo espejismos. En efecto, no es la presencia de Dios lo que aliena al hombre, sino su ausencia: sin el verdadero Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, las esperanzas se transforman en espejismos, que llevan a evadirse de la realidad. En cambio, hablar con Dios, permanecer en su presencia, dejarse iluminar y purificar por su palabra, nos introduce en el corazón de la realidad, en el íntimo Motor del devenir cósmico; por decirlo así, nos introduce en el corazón palpitante del universo.

En conexión armónica con la oración, también el ayuno y la limosna pueden considerarse lugares de aprendizaje y ejercicio de la esperanza cristiana. Los santos Padres y los escritores antiguos solían subrayar que estas tres dimensiones de la vida evangélica son inseparables, se fecundan recíprocamente y llevan tanto mayor fruto cuanto más se corroboran mutuamente. Gracias a la acción conjunta de la oración, el ayuno y la limosna, la Cuaresma forma a los cristianos para ser hombres y mujeres de esperanza, a ejemplo de los santos.

Ahora quiero reflexionar brevemente también sobre el sufrimiento, pues,

como escribí en la encíclica *Spe salvi*, «la grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad» (n. 38). La Pascua, hacia la cual se orienta la Cuaresma, es el misterio que da sentido al sufrimiento humano, partiendo de la sobreabundancia de la com-pasión de Dios, realizada en Jesucristo.

Por consiguiente, el camino cuaresmal, al estar totalmente impregnado de la luz pascual, nos hace revivir lo que aconteció en el corazón divinohumano de Cristo mientras subía a Jerusalén por última vez, para ofrecerse a sí mismo en expiación (cf. *Is* 53, 10). A medida que Jesús se acercaba a la cruz, el sufrimiento y la muerte bajaban como tinieblas, pero también se avivaba la llama del amor. En efecto, el sufrimiento de Cristo está totalmente iluminado por la luz del amor (cf. *Spe salvi*, 38): el amor del Padre que permite al Hijo afrontar con confianza su último «bautismo», como él mismo define el culmen de su misión (cf. *Lc* 12, 50).

Ese bautismo de dolor y de amor, Jesús lo recibió por nosotros, por toda la humanidad. Sufrió por la verdad y la justicia, trayendo a la historia de los hombres el evangelio del sufrimiento, que es la otra cara del evangelio del amor. Dios no puede padecer, pero puede y quiere com-padecer. Por la pasión de Cristo puede entrar en todo

sufrimiento humano la *con-solatio*, «el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza» (*Spe salvi*, 39).

Al igual que sucede con respecto a la oración, también por lo que atañe al sufrimiento la historia de la Iglesia está llena de testigos que se entregaron sin medida por los demás, a costa de duros sufrimientos. Cuanto mayor es la esperanza que nos anima, tanto mayor es también en nosotros la capacidad de sufrir por amor de la verdad y del bien, ofreciendo con alegría las pequeñas y grandes pruebas de cada día e insertándolas en el gran com-padecer de Cristo (cf. *ib.*, 40).

Que en este camino de perfección evangélica nos ayude María, cuyo corazón inmaculado, juntamente con el de su Hijo, fue traspasado por la espada del dolor. Precisamente en estos días, recordando el 150° aniversario de las apariciones de la Virgen en Lourdes, se nos invita a meditar en el misterio de la participación de María en los dolores de la humanidad. Al mismo tiempo, se nos exhorta a encontrar consuelo en el «tesoro de compasión» (*ib.*) de la Iglesia, al que ella contribuyó más que cualquier otra criatura.

Iniciemos, por tanto, la Cuaresma en unión espiritual con María, que «avanzó en la peregrinación de la fe» siguiendo a su Hijo (cf. *Lumen gentium*, 58) y siempre precede a los discípulos en el itinerario hacia la luz pascual. Amén.

*Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Visita Pastoral a la parroquia
romana de Santa M^a Liberadora, en
Testaccio*

Domingo, 24 de febrero de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Siguiendo el ejemplo de mis venerados predecesores los siervos de Dios, Pablo VI y Juan Pablo II, que visitaron vuestra parroquia, respectivamente, el 20 de marzo de 1966 y el 14 de enero de 1979, también yo he venido hoy a vosotros para encontrarme con vuestra comunidad y presidir la celebración eucarística en esta hermosa iglesia dedicada a Santa María Liberadora.

He venido en una circunstancia muy singular: el centenario de la consagración de la actual iglesia y la transferencia del título de la parroquia de Santa María de la Providencia, que ya existía en vuestro barrio de Testaccio, a Santa María Liberadora. Fue san Pío X quien encomendó la parroquia a los hijos espirituales de don Bosco, y ellos, bajo la guía infatigable del primer discípulo de san Juan Bosco, el beato don Michele Rúa, construyeron la iglesia en la que nos encontramos ahora.

En verdad, los salesianos ya desarrollaban su actividad social y apostólica aquí, en Testaccio, barrio que ha conservado su específica identidad territorial y cultural. En efecto, aun encontrándonos en el corazón de la metró-

poli romana, las personas mantienen relaciones muy familiares y, aunque durante los últimos veinte años la situación ha cambiado un poco, siguen siendo fuertes el arraigo de la gente en su territorio, la identidad del barrio y el apego a las tradiciones religiosas. Sé, por ejemplo, que con ocasión de vuestra fiesta patronal de Santa María Liberadora se reúnen todos los años numerosos ciudadanos y familias que, por varios motivos, se han trasladado a otros lugares.

Queridos amigos, he venido de buen grado a compartir vuestra alegría por el acontecimiento jubilar que estáis celebrando, y que he querido enriquecer con la posibilidad de lucrar la indulgencia plenaria durante todo el año centenario. Os saludo a todos con afecto. Ante todo, saludo al cardenal vicario, al obispo auxiliar del sector centro, monseñor Ernesto Mandara, y a vuestro párroco, don Manfredo Leone. Le agradezco de corazón a él y a sus hermanos salesianos el servicio pastoral que prestan a vuestra parroquia, y también le agradezco las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos vosotros.

Saludo, además, a los huéspedes del estudiantado salesiano para sacerdotes, que tiene su sede en los edificios parroquiales, y a las diversas comunidades religiosas presentes en el territorio: las Hijas de María Auxiliadora, las Hijas de la Divina Providencia y las Religiosas del Buen Pastor. Saludo a los co-

operadores, a las cooperadoras y a los ex alumnos salesianos, a las asociaciones parroquiales, a los diversos grupos comprometidos en la animación de la catequesis, de la liturgia, de la caridad y de la lectura y profundización de la palabra de Dios, a la cofradía de Santa María Liberadora, a los grupos que reúnen a jóvenes y a los que promueven el encuentro y la formación de las parejas de novios y de esposos y de las familias más maduras.

Dirijo un saludo afectuoso a los muchachos del catecismo y a cuantos frecuentan el oratorio de la parroquia y de las Hijas de María Auxiliadora. Extiendo mi saludo, además, a todos los habitantes del barrio, especialmente a los ancianos, a los enfermos y a las personas que se encuentran solas y en dificultades. En esta santa misa los recuerdo a todos y a cada uno.

Queridos hermanos y hermanas, ahora me pregunto juntamente con vosotros. ¿qué nos dice el Señor en un aniversario tan importante para vuestra parroquia? En los textos bíblicos de este tercer domingo de Cuaresma hay sugerencias útiles para la meditación, muy adecuadas a esta significativa circunstancia. A través del símbolo del agua, que encontramos en la primera lectura y en el pasaje evangélico de la samaritana, la palabra de Dios nos transmite un mensaje siempre vivo y actual: Dios tiene sed de nuestra fe y quiere que encontremos en él la fuente de nuestra auténtica felicidad. Todo creyente corre

el peligro de practicar una religiosidad no auténtica, de no buscar en Dios la respuesta a las expectativas más íntimas del corazón, sino de utilizar más bien a Dios como si estuviera al servicio de nuestros deseos y proyectos.

En la primera lectura vemos al pueblo hebreo que sufre en el desierto por falta de agua y, presa del desaliento como en otras circunstancias, se lamenta y reacciona de modo violento. Llega a rebelarse contra Moisés; llega casi a rebelarse contra Dios. El autor sagrado narra: «Habían tentado al Señor diciendo: “¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?”» (*Ex* 17, 7). El pueblo exige a Dios que salga al encuentro de sus expectativas y exigencias, más bien que abandonarse confiado en sus manos, y en la prueba pierde la confianza en él. ¡Cuántas veces esto mismo sucede también en nuestra vida! ¡En cuántas circunstancias, más que conformarnos dócilmente a la voluntad divina, quisiéramos que Dios realizara nuestros designios y colmara todas nuestras expectativas! ¡En cuántas ocasiones nuestra fe se muestra frágil, nuestra confianza débil y nuestra religiosidad contaminada por elementos mágicos y meramente terrenos!

En este tiempo cuaresmal, mientras la Iglesia nos invita a recorrer un itinerario de verdadera conversión, acojamos con humilde docilidad la recomendación del salmo responsorial: «Ojalá escuchéis hoy su voz: “No endurezcáis el corazón como en Meribá,

como el día de Masá en el desierto, cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras”» (*Sal* 94, 7-9).

El simbolismo del agua vuelve con gran elocuencia en la célebre página evangélica que narra el encuentro de Jesús con la samaritana en Sicar, junto al pozo de Jacob. Notamos enseguida un nexo entre el pozo construido por el gran patriarca de Israel para garantizar el agua a su familia y la historia de la salvación, en la que Dios da a la humanidad el agua que salta hasta la vida eterna. Si hay una sed física del agua indispensable para vivir en esta tierra, también hay en el hombre una sed espiritual que sólo Dios puede saciar. Esto se refleja claramente en el diálogo entre Jesús y la mujer que había ido a sacar agua del pozo de Jacob.

Todo inicia con la petición de Jesús: «Dame de beber» (*Jn* 4, 7). A primera vista parece una simple petición de un poco de agua, en un mediodía caluroso. En realidad, con esta petición, dirigida por lo demás a una mujer samaritana -entre judíos y samaritanos no había un buen entendimiento-, Jesús pone en marcha en su interlocutora un camino interior que hace surgir en ella el deseo de algo más profundo. San Agustín comenta: «Aquel que pedía de beber, tenía sed de la fe de aquella mujer» (*In Io. ev. Tract. XV, 11: PL* 35, 1514). En efecto, en un momento determinado es la mujer misma la que pide agua a Jesús (cf. *Jn* 4, 15), manifestando así que en toda

persona hay una necesidad innata de Dios y de la salvación que sólo él puede colmar. Una sed de infinito que solamente puede saciar el agua que ofrece Jesús, el agua viva del Espíritu. Dentro de poco escucharemos en el prefacio estas palabras: Jesús, «al pedir agua a la samaritana, ya había infundido en ella la gracia de la fe, y si quiso estar sediento de la fe de aquella mujer fue para encender en ella el fuego del amor divino».

Queridos hermanos y hermanas, en el diálogo entre Jesús y la samaritana vemos delineado el itinerario espiritual que cada uno de nosotros, que cada comunidad cristiana está llamada a redescubrir y recorrer constantemente. Esa página evangélica, proclamada en este tiempo cuaresmal, asume un valor particularmente importante para los catecúmenos ya próximos al bautismo. En efecto, este tercer domingo de Cuaresma está relacionado con el así llamado «primer escrutinio», que es un rito sacramental de purificación y de gracia.

Así, la samaritana se transforma en figura del catecúmeno iluminado y convertido por la fe, que desea el agua viva y es purificado por la palabra y la acción del Señor. También nosotros, ya bautizados, pero siempre tratando de ser verdaderos cristianos, encontramos en este episodio evangélico un estímulo a redescubrir la importancia y el sentido de nuestra vida cristiana, el verdadero deseo de Dios que vive en nosotros. Jesús quiere llevarnos, como a la samaritana, a profesar con fuerza

nuestra fe en él, para que después podamos anunciar y testimoniar a nuestros hermanos la alegría del encuentro con él y las maravillas que su amor realiza en nuestra existencia. La fe nace del encuentro con Jesús, reconocido y acogido como Revelador definitivo y Salvador, en el cual se revela el rostro de Dios. Una vez que el Señor conquista el corazón de la samaritana, su existencia se transforma, y corre inmediatamente a comunicar la buena nueva a su gente (cf. *Jn* 4, 29).

Queridos hermanos y hermanas de la parroquia de Santa María Liberadora, la invitación de Cristo a dejarnos implicar por su exigente propuesta evangélica resuena con fuerza esta mañana para cada miembro de vuestra comunidad parroquial. San Agustín decía que Dios tiene sed de nuestra sed de él, es decir, desea ser deseado. Cuanto más se aleja el ser humano de Dios, tanto más él lo sigue con su amor misericordioso.

Hoy la liturgia, teniendo en cuenta también el tiempo cuaresmal que estamos viviendo, nos estimula a examinar nuestra relación con Jesús, a buscar su rostro sin cansarnos. Y esto es indispensable para que vosotros, queridos amigos, podáis continuar, en el nuevo contexto cultural y social, la obra de evangelización y de educación humana y cristiana que desde hace más de un siglo realiza esta parroquia, que en la serie de sus párrocos cuenta también con el venerable Luigi Maria Olivares.

Abrid cada vez más el corazón a una acción pastoral misionera, que impulse a cada cristiano a encontrar a las personas -en particular a los jóvenes y a las familias- donde viven, trabajan y pasan el tiempo libre, para anunciarles el amor misericordioso de Dios. Sé que estáis dedicando análoga atención y solicitud al cuidado de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, proponiendo a los muchachos, a los jóvenes y a las familias el tema vocacional, que es de fundamental importancia para el futuro de la Iglesia. De igual modo, os animo a perseverar en el compromiso educativo, que constituye el carisma típico de toda parroquia salesiana.

Que el oratorio, la escuela y los momentos de catequesis y oración estén animados por auténticos educadores, es decir, por testigos cercanos con el corazón especialmente a los niños, a los adolescentes y a los jóvenes. Santa María Liberadora, tan amada y venerada por vosotros, que juntamente con su esposo san José educó a Jesús niño y adolescente, proteja a las familias, a los religiosos y a las religiosas en su tarea de formadores y les dé la alegría, como deseaba don Bosco, de ver crecer en este barrio «buenos cristianos y ciudadanos honrados». Amén.

SANTA SEDE

SECRETARÍA DE ESTADO

**Visita del Cardenal Tarcisio Bertone, a Cuba
con ocasión del X Aniversario del Viaje de Juan Pablo II***Discurso a los Obispos cubanos**La Habana, jueves, 21 de febrero de 2008**Señor Cardenal, señor Presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, queridos Hermanos en el Episcopado:*

Agradezco a Mons. Juan García Rodríguez, Arzobispo de Camagüey y Presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, las cordiales palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre de todos, y a las que correspondo con la expresión de mi sincero afecto y mi profunda estima.

En primer lugar, quisiera hacerme intérprete de los sentimientos del Santo Padre, Benedicto XVI, quien, ante este viaje mío a Cuba, me encargó transmitirles a Ustedes su afectuoso saludo y su cercanía espiritual. En efecto, el Papa conoce bien la situación de la Iglesia cubana, la lleva en su corazón y la tiene muy presente en sus oraciones. Por eso espera con vivo deseo la próxima visita *ad limina* de los obispos cubanos, para poder así encontrarlos personalmente y estrechar los vínculos de comunión que tan fuertemente unen a

los Pastores de esta noble Nación con la Sede Apostólica.

Doy gracias al Señor por la oportunidad que me ofrece de poder estar aquí con todos Ustedes y, de modo especial, en este momento en el que la Iglesia cubana celebra el décimo aniversario de la inolvidable visita del Papa, Juan Pablo II, a este País. Estoy plenamente convencido de que esta efeméride será también un tiempo de gracia abundante y una ocasión privilegiada para impulsar una intensa labor pastoral que, por un lado, permita consolidar los frutos espirituales ya cosechados durante estos años y, por otro, produzca una honda renovación de la vida cristiana en todo el Pueblo de Dios que camina en esta hermosa tierra.

Les animo, pues, queridos hermanos obispos, a intensificar aún más si cabe la acción pastoral que con tanta dedicación y empeño están llevando a cabo. Permítanme recordarles algo que Ustedes, como solícitos Pastores ya conocen bien: la importancia y la primacía que, tanto en la vida personal como en nuestro ministerio episcopal, debemos dar a la oración y al trato íntimo con el Señor en la vida espiritual. Sabemos también que en su ministerio los obispos deben

atender muchos compromisos, programar numerosas actividades y hacer frente a muchas necesidades. Sin embargo, como ha dicho el Papa, Benedicto XVI, «en la vida de un sucesor de los Apóstoles el primer lugar debe estar reservado para Dios. Especialmente de este modo ayudamos a nuestros fieles» (*Discurso a los Obispos nombrados en el último año, 22-IX-2007*). De esta manera, toda nuestra acción pastoral al servicio de los fieles y de la Iglesia será verdaderamente fecunda (cf. Juan Pablo II, Ex. ap. *Pastores Gregis*, n. 12), porque en la intimidad de la oración con Cristo es donde maduran los mejores proyectos e iniciativas pastorales, y donde el corazón se llena de confianza y fortaleza ante las dificultades, con la seguridad de que es el Señor quien actúa en nosotros y a través de nosotros.

Les aliento también a seguir robusteciendo el espíritu de comunión entre todos los obispos, como miembros del Colegio Apostólico, y con el Papa. Todos Ustedes deben sentirse acompañados y sostenidos por sus hermanos en el Episcopado, como manifestación concreta de ese afecto colegial que nos une (*ibíd.* n. 8), y por la unión con el Sucesor de Pedro, a quien se le encomendó confirmar en la fe a sus hermanos (cf. *Lc 22,32*). Les puedo asegurar el interés y el apoyo del Santo Padre por cada uno de Ustedes. En efecto, el testimonio de caridad fraterna y de unidad entre los obispos será, sin duda alguna, el mejor espejo en el que los fieles podrán ver reflejado el misterio de unidad que es la Iglesia.

Este espíritu de comunión ha de embargar a toda la comunidad cristiana, especialmente por la labor cercana y constante de los sacerdotes y personas consagradas, que con su ministerio y consagración colaboran estrechamente con la misión de los Pastores. A éstos, pues, corresponde una tarea inderogable de ocuparse de su formación, inicial y permanente, y de atenderlos con solitud en todo lo que se refiere a su vida espiritual y sus afanes apostólicos, sin descuidar los aspectos personales y ambientales que pueden incidir en el ejercicio gozoso y abnegado de sus tareas.

Además, en Cuba se hace hoy, de manera tangible, la verdad de las palabras de Jesucristo: “La mies es abundante y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe operarios a su mies” (*Mt 9,37-38*). Una oración a la que debe ir vinculada una acción pastoral vocacional seria, sistemática y capilar, que haga llegar al corazón de los jóvenes cubanos el llamado a una entrega incondicional al Señor y a su Reino de amor, los acompañe con paciencia, delicadeza y solicitud en todas las etapas del discernimiento vocacional y muestre a las familias y comunidades cristianas la belleza de una vida totalmente dedicada a Cristo y a la Iglesia.

Albergo la esperanza de que la celebración de este aniversario de la visita del Papa, Juan Pablo II a esta bendita tierra contribuya a dar un nuevo impulso a las relaciones entre el Estado y la Iglesia Católica en Cuba, para que

en espíritu de respeto y entendimiento mutuo, la Iglesia pueda llevar a cabo plenamente su misión, estrictamente pastoral y al servicio de sus fieles, con la debida libertad.

A este respecto, desearía aprovechar el coloquio que tendremos a continuación para dialogar con Ustedes acerca de este importante aspecto de las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Por último, me dirijo a la Virgen María, Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, Patrona de Cuba, para encomendarle los frutos de esta visita, al mismo tiempo que le pido por todos Ustedes, y sus comunidades diocesanas, para que Dios les bendiga, les llene de amor y esperanza, y recompense sus desvelos al servicio de Dios y de la Iglesia.

Muchísimas gracias.

Discurso en el Seminario «San Carlos y San Ambrosio»

La Habana, jueves, 21 de febrero de 2008

Señor Cardenal Arzobispo de La Habana, hermanos en el Episcopado, señor Rector, queridos Formadores y Seminaristas.

Dirijo mi cordial saludo a todos, agradeciendo la calurosa y fraterna acogida que me están dispensando en este

Seminario Archidiocesano de San Carlos y San Ambrosio, donde cursan sus estudios todos los alumnos de Teología de las once circunscripciones eclesísticas de Cuba y la mayor parte de los de Filosofía.

Doy gracias al Señor Rector por las amables palabras que me ha dirigido, a las cuales correspondo con reconocimiento y aprecio. Considero un don de Dios este encuentro con todos Ustedes, futuros pastores de la Iglesia que peregrina en Cuba.

Les traigo el saludo paterno de Su Santidad, Benedicto XVI, que me encomendó vivamente decirles que los tiene muy presentes en su oración, pidiendo a Dios que los sostenga con su gracia en este camino que están recorriendo para llegar un día, si así es la voluntad divina, a ser pastores del rebaño de Dios, convirtiéndose en modelo de la grey que se les encomiende (Cf. *1 Pe 5,1-4*).

La Iglesia en Cuba, como en otras partes del mundo, necesita sacerdotes apasionados por el Señor y muy cercanos a sus hermanos; sacerdotes que sobresalgan por su doctrina y celo apostólico, que hablen a Dios de sus hermanos y a éstos del amor que Él les tiene, y que todo esto lo hagan con dedicación intachable. La Iglesia tiene puestos sus ojos en Ustedes, que son motivo de esperanza para quienes amamos a Cristo y nos esforzamos por difundir su Evangelio.

Ustedes, queridos Seminaristas, dentro de poco, si Dios quiere, se van a incorporar como sacerdotes a un rico patrimonio espiritual, en el que se alternan gozos y sufrimientos, períodos de esplendor y períodos de dificultades. Contemplan con fe y gratitud a los preclaros testigos del Evangelio que los precedieron, imiten su audacia y, con la ayuda y el ejemplo de sus Formadores, afronten con decisión estos años de Seminario, aprovechándolos al máximo para crecer en sabiduría y en gracia ante Dios y los hombres (Cf. *Lc 2,40*).

Al ver sus rostros radiantes de entusiasmo y deseos de servir al pueblo de Dios, me han venido a la mente aquellos años en que yo también me preparaba con ilusión al Presbiterado. Fueron años felices e intensos de oración, estudio y convivencia fraterna. Estoy convencido de que el Seminario es un tiempo de gracia.

También lo pensaba así el venerado Juan Pablo II, que vino a Cuba como “mensajero de la verdad y la esperanza”, hace ahora diez años. Mi presencia entre Ustedes tiene el propósito de conmemorar este importante aniversario. En esta circunstancia, podemos recordar las palabras que el Papa dirigió a los Seminaristas en la Catedral metropolitana de La Habana, aquel 25 de enero de 1998, cuando los alentaba a implicarse en “una sólida formación humana y cristiana, en la que la vida espiritual ocupe un lugar preferencial”. Y añadió: “Así se prepararán mejor para desempeñar el apostolado que más adelante se les confíe. Miren

con esperanza el futuro en el que tendrán especiales responsabilidades. Para ello, afiancen la fidelidad a Cristo y a su Evangelio, el amor a la Iglesia, la dedicación a su pueblo”. Además, los invitó a que en los claustros del Seminario se continuara “fomentando la fecunda síntesis entre piedad y virtud, entre fe y cultura, entre amor a Cristo y a su Iglesia y amor al pueblo” (n.5).

Ciertamente, el Seminario es un tiempo para ahondar en la amistad con Cristo y para robustecer nuestro sentido de Iglesia, porque también a Ustedes, como a aquellos dos discípulos de Juan que vieron pasar a Jesús, el Señor les invita a estar con Él (cf. *Jn 1,35-39*).

Este pasaje evangélico nos puede ayudar a comprender el Seminario como una escuela para aprender de Jesús, nuestro Maestro, profundizando continuamente en sus palabras y misión. Permanezcan, pues, con Él, asuman sus mismos sentimientos, identifíquense con su afán por hacer en todo momento la voluntad del Padre, imiten su entrega generosa y déjense conquistar por su amor sin límites.

A este propósito, Su Santidad, Benedicto XVI, hablando del Seminario en su Viaje Apostólico con motivo de la XX Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, decía lo siguiente: “Sois seminaristas, es decir, jóvenes que con vistas a una importante misión en la Iglesia, se encuentran en un tiempo fuerte de búsqueda de una relación personal con

Cristo y del encuentro con Él. Esto es el seminario: más que un lugar, es un tiempo significativo en la vida de un discípulo de Jesús... Cada uno a su modo... se pone en camino, experimenta también la oscuridad y, bajo la guía de Dios, puede llegar a la meta”.

Estas apreciaciones del Papa no eran fruto de una simple teoría. Él mismo las puso en práctica mientras fue Seminarista. El año pasado, cuando el Santo Padre estuvo en el Seminario Mayor de Roma con ocasión de la fiesta de su Patrona, la Virgen de la Confianza, tuvo la oportunidad de hablar de sus prioridades en sus años de preparación al Sacerdocio. Su Santidad contó cómo su amor a Cristo fue madurando en el Seminario ante todo con la oración, luego con la vida litúrgica, centrada en la Eucaristía y en la Palabra de Dios, con la disciplina de vida, el estudio serio y la comunión fraterna con los otros hermanos seminaristas y con los fieles (Cf. *Encuentro con los Seminaristas del Seminario Mayor de Roma*, n.2, 17 de febrero de 2007).

Queridos amigos, hagan suyas estas recomendaciones del Santo Padre y tengan siempre en cuenta que están en esta Institución para escuchar, una y otra vez, cómo Cristo los llama a dialogar con Él y a ahondar en el amor infinito que les tiene. Bien saben que Él los eligió por pura benevolencia, no a causa de los méritos que Ustedes tienen. Siéntanse, pues, destinatarios privilegiados de este amor y respondan a esta predilección divina con humilde generosidad.

Ojalá que nunca se oscurezca esta verdad en sus corazones, porque la meta que se les presenta es muy exigente. Han de prepararse bien a la misma con una formación ejemplar, sin limitarse a la mera superación de unos requisitos académicos. El estudio ha de ser, pues, riguroso, ordenado y concienzudo, en consonancia con la trascendental labor que les aguarda: llevar a sus contemporáneos la Buena Nueva de la salvación, nutriéndolos con la Eucaristía y mostrándoles al mismo tiempo, de palabra y con el propio testimonio, que Dios es amor.

Sé que sus Formadores, a quienes la Iglesia agradece el encomiable esfuerzo que están realizando y a los que animo a seguir en esta noble tarea, se preocupan de que la formación de Ustedes sea integral, profunda y completa, para que puedan ser excelentes misioneros de Jesucristo.

Queridos Formadores, continúen fomentando la dimensión *espiritual* en los Seminaristas para que sientan aprecio por la oración, la Eucaristía, el conocimiento de la Palabra de Dios y de la tradición viva de la Iglesia, la confesión frecuente, la comunión fraterna con sus compañeros y la ascesis como participación en la cruz de Cristo.

Sigan ahondando en la formación *humana*, que ayudará al aspirante al Sacerdocio a adquirir la madurez de su personalidad, caracterizada por el sentido de responsabilidad y el buen uso de la libertad, por la fidelidad

a la palabra dada, por la capacidad de asumir libremente compromisos definitivos como los que entraña la vocación de consagración a Dios en el celibato sacerdotal y los demás aspectos del ministerio presbiteral (Cf. *Optatam Totius*, n. 11; *Pastores Dabo Vobis*, nn. 43-44).

Es importante igualmente la formación *cultural*, con un esmerado cultivo de las diversas disciplinas académicas, de modo que los Seminaristas se capaciten para iluminar la coyuntura del momento con la luz del Evangelio y de las ciencias humanas.

En definitiva, y como afirma el Concilio Vaticano II: “Toda la educación de los seminaristas debe tender a la formación de verdaderos pastores de almas, a ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor... Todos los aspectos de la formación –el espiritual, el intelectual, el disciplinar–, deben estar conjuntamente dirigidos a dicha finalidad pastoral” (*Optatam Totius*, n.4).

Queridos amigos, los desafíos son grandes y complejos. ¡No tengan miedo! En este itinerario, permítanme que les diga, cuentan con una aliada inestimable. Me refiero a María, la Madre de Jesús. Estoy seguro de que Ustedes, como san Juan en el Calvario, ya han acogido a la Virgen “en su casa”, es decir, en su corazón, en su vida, en sus alegrías y dificultades (Cf. *Jn 19,25-27*).

En la escuela de María se preparó Jesús para su ministerio de Buen Pastor. Así también, en la escuela de María, el futuro pastor de almas ha de forjar su personalidad como discípulo fiel de Cristo.

Que Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, Patrona de Cuba, vele sobre Ustedes, sus Formadores y los Bienhechores de esta casa. ¡Que Ella bendiga su camino hacia el sacerdocio! La Virgen dará el toque materno definitivo a su formación y los conducirá a su Hijo diciéndoles: “Hagan lo que Él les diga” (*Jn 2,5*).

A Ella me dirijo ahora para suplicarle: “Virgen María, en tus manos pongo todas estas intenciones y a tu Inmaculado Corazón consagro todos estos jóvenes y sus anhelos de santidad. Custódialos bajo tu amparo y hazlos amigos fuertes y valerosos de Cristo, para gloria de Dios, bien de la Iglesia y salvación del mundo”.

¡Muchas gracias!

Homilía durante la Misa celebrada en la Catedral de la Habana

Jueves, 21 de febrero de 2008

Señor Cardenal, Queridos Hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio, Queridos Religiosos y Religiosas, Honorables Autoridades, Representantes del Cuerpo Diplomático, Hermanas y Hermanos en el Señor.

Hoy celebramos de forma anticipada la fiesta de la Cátedra del Apóstol San Pedro y lo hacemos en una circunstancia ciertamente singular, pues recordamos el décimo aniversario de la visita que el amado Siervo de Dios, el Papa Juan Pablo II, realizara a Cuba. Él vino como *mensajero de la verdad y la esperanza* cumpliendo así la misión que el Señor le había confiado: ser Pastor de la Iglesia universal.

En la primera lectura, tomada del libro del profeta Ezequiel, hemos escuchado cómo el Señor en persona se preocupa de guiar a su grey, haciendo volver al redil a las ovejas descarriadas, curando a las enfermas, guardando a las gordas y fuertes y apacentando a todas como es debido (cf. *Ez 34*, 11-16). Éste es el proyecto que Él tiene para toda la humanidad. En efecto, todas las naciones de la tierra han sido llamadas por Dios para formar un solo pueblo que se deje conducir por Él, como el rebaño por el Pastor. A la Iglesia se le ha encomendado esta tarea, para lo cual no se apoya en seguridades humanas o materiales, sino en la gracia divina, pues su quehacer consiste en conducir a los hombres y mujeres del mundo a Cristo, para que haya un solo rebaño y un solo Pastor.

El pasaje evangélico que hoy se ha proclamado nos describe el origen de esta misión y también cómo ha de ser llevada a término. Siempre nos impresionan las palabras con las que el apóstol Pedro profesa su fe: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo” (*Mt*

16,16). Ante esta confesión del Príncipe de los Apóstoles, Cristo responde con una afirmación que resuena fuertemente en nuestra alma: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (*Mt 16,18*). Con estas palabras, Jesús revela a Pedro la tarea que le confía, es decir, la de ser el fundamento que dará consistencia a todo el edificio espiritual de la Iglesia. Las tres metáforas a las que Cristo recurre para ello son muy claras en sí mismas: Pedro será el cimiento firme sobre el que se apoyará la construcción de la Iglesia; tendrá las llaves del Reino de los cielos y, por último, podrá atar o desatar, en el sentido de admitir o rehusar aquello que crea necesario para la vida de la Iglesia que, sin embargo, es y seguirá siendo siempre del Señor.

El ministerio eclesial confiado a Pedro y a sus Sucesores es garantía de la unidad de la Iglesia, de la integridad del depósito de la fe y principio de comunión de todos los miembros del pueblo de Dios. Por consiguiente, la cátedra de Pedro, que hoy celebramos, no se apoya en fuerzas humanas, en “la carne y la sangre”, sino en Cristo, piedra angular. También nosotros, como Simón, nos sentimos felices porque sabemos que nuestra gloria no está en nosotros mismos, sino en el designio eterno y providente de Dios, que envió a su Hijo, el Buen Pastor, para apacentar el rebaño y congregar a los hijos de Dios dispersos, ofreciéndose a sí mismo en el altar de la cruz como Cordero humilde y víctima expiatoria.

Este modelo de Pastor, que los Apóstoles aprendieron a conocer e imitar estando con Jesús, queda reflejado en la segunda lectura, en la que Pedro se define como “testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que va a manifestarse” (1 Pe 1,5). Son palabras que incluso en su estructura esencial evocan el misterio pascual que ilumina nuestros corazones, especialmente en estos días cuaresmales. Pedro ha sido modelado como Pastor por Jesús, Buen Pastor, y por el dinamismo de su Pascua. Pedro escribió estas palabras ya anciano, sabiendo que se encaminaba hacia el ocaso de su vida, que terminó finalmente con el martirio. En esos momentos fue capaz de describir la verdadera alegría y de dónde procede: su fuente es Cristo, confesado y amado con nuestra fe débil pero sincera. Por este motivo pudo escribir a los cristianos de su comunidad y decirnos también a nosotros: “No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis; no lo veis, y creéis en él, y os alegráis con un gozo inefable y transfigurado, alcanzado así la meta de vuestra fe: vuestra propia salvación” (1 Pe 1,8-9).

La Iglesia está fundada sobre la base firme de Pedro y su testimonio del mensaje de Cristo. La “cátedra” de Pedro es precisamente el símbolo de su misión, del lugar que ocupa y del papel que desempeña en el pueblo de Dios. A sus Sucesores corresponde transmitir y enseñar la verdad del Evangelio, vigilar por su integridad y pureza, así como proclamarla de manera auténtica. De este modo, los fieles tienen la

seguridad de no desviarse del camino de salvación abierto por el Señor y estar en la verdadera senda que conduce a la plenitud del Reino de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, el relato evangélico de hoy nos muestra el origen divino de la Iglesia y cómo ésta es esencialmente una comunidad de fe. A la profesión de fe del Príncipe de los Apóstoles, Jesús responde asegurando que el poder del infierno no derrotará a la Iglesia (cf. Mt 16,18). Ella nace, por tanto, de la voluntad de Dios y se mantiene viva y activa en el mundo gracias a su Espíritu. Esta verdad une a los católicos del mundo entero y alienta a todos los bautizados para que sean parte activa de esta gran familia, que tiene como fin vivir ella misma con gozo la gracia de haber encontrado al Señor y anunciar su Evangelio de salvación. Colocada como llama en el corazón de la humanidad, como levadura y sal entre los hombres de cualquier raza y cultura, la Iglesia pide ser reconocida y respetada en su misión, sin ánimo de imponer, sino de proponer el Evangelio a cuantos encuentra en su camino.

El mensaje de salvación que la Iglesia brinda hoy a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, mensaje de justicia y de paz, de verdad y libertad, de fraternidad y amor, es el mismo que viene anunciando a la humanidad desde que comenzó a dar sus primeros pasos, hace más de dos mil años, y que ha sido confirmado además con el testimonio de los mártires y de los santos.

Con la proclamación del Evangelio de Cristo, la Iglesia ha dado una gran aportación a este continente, y en particular a Cuba, alentando el respeto de la vida humana desde su concepción a su término natural, tutelando el valor de la familia fundada en el matrimonio de un hombre y una mujer, defendiendo la libertad de conciencia y la libertad religiosa y promoviendo la inviolable dignidad de la persona humana. A lo largo de los siglos, esta verdad del Evangelio ha guiado los pasos de muchos cristianos en su tarea de ser sembradores de justicia y de paz. Más aún, los principios de libertad, igualdad y fraternidad, que en los últimos siglos se han afianzado fuertemente en la conciencia de los pueblos, tienen un cimiento sólido en el Evangelio y un desarrollo creciente en el pensamiento y en la conducta de los creyentes en Cristo. A este respecto, conviene recordar cómo ya en el siglo cuarto, San Agustín fue testigo de que la Palabra de Cristo era la respuesta al anhelo de libertad que hay en el corazón de cada hombre. San Francisco, el pobrecillo de Asís, se convirtió en el siglo trece en promotor infatigable de la fraternidad que brota del Evangelio y del amor de Cristo por los pobres. De la verdad evangélica que hace libres y del amor de Dios que convierte a todos los hombres en hermanos han sido testigos los miles y miles de hombres y mujeres que, a través de los siglos, han dedicado su vida por completo al servicio del necesitado, a la educación de la juventud, a la asistencia de los enfermos y encarcelados,

dando así origen a iniciativas y obras de misericordia corporales y espirituales, movidos sólo por el amor a Dios y al prójimo.

Numerosos Institutos Religiosos y muchas otras personas se han dedicado con abnegación, y lo siguen haciendo, al servicio de los pobres, también aquí en Cuba. Es incalculable el bien que han hecho y hacen en esta hermosa Isla las religiosas y religiosos dedicados a cuidar a los ancianos, a los enfermos y a los menesterosos. Precisamente este año se espera la elevación a los altares del primer Beato cubano, el Padre Olallo Valdés. Este insigne hijo de su tierra, nacido en La Habana, fue abandonado en la casa de Beneficencia de esta ciudad y criado y educado por las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Siendo joven ingresó en la Orden de los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios y en ella se consagró durante más de cincuenta años a una hermosa labor asistencial en Camagüey, atendiendo a los leprosos y a los desvalidos, a los abandonados y despreciados por la sociedad.

Tampoco hemos de olvidar a tantas Congregaciones Religiosas que, sobre todo durante el siglo veinte, llevaron a cabo en Cuba una extraordinaria y hermosa labor educativa en centros de enseñanza y en humildes escuelas parroquiales, en talleres de aprendizaje y en hogares para niños y niñas sin amparo familiar. Muchos de Ustedes recuerdan esto con amor y gratitud.

La Iglesia, al cumplir esta misión de educar, responde a la instrucción de Cristo a sus discípulos para que se ocuparan de los pequeños, porque de ellos es el Reino de los cielos (cf. *Mt* 18,1-5; 19,13-15). Fieles a este encargo del Señor, en 1728, los Dominicos fundaron la Universidad Pontificia de San Jerónimo de La Habana, donde se formaron en filosofía, derecho, teología y otras disciplinas varias generaciones de cubanos ilustres. Con ese mismo espíritu, poco después, el Obispo Pedro Miguel Morell de Santa Cruz, en su visita pastoral a Cuba, creó escuelas en cada uno de los caseríos y poblados que visitaba. Y cabe destacar sobre todo el Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio, en cuyas aulas enseñaron el Siervo de Dios, Padre Félix Varela, y el Padre José Agustín Caballero, y donde estudiaron los forjadores de la cultura cubana y, propiamente hablando, del pensamiento nacional cubano.

Queridos hermanos y hermanas, demos gracias a Dios porque la realidad de la Iglesia en Cuba a través de los siglos ha sido una presencia beneficiosa, marcada por una intensa acción educativa, de promoción humana y de respeto a la vida de toda persona. Ella, fiel a las enseñanzas de Cristo, aspira a estar cada vez más presente y activa en medio de la sociedad con las modalidades propias del mundo actual, llevando a cabo al mismo tiempo su apremiante misión de enseñar, sanar, asistir al pobre y promover la dignidad de todos los seres humanos en su dignidad, ya sean mar-

ginados, desplazados o encarcelados. En este sentido, quiero recordar con gozo el trabajo que “Caritas” cubana está realizando en favor de los ancianos, y sus esfuerzos por llegar hasta sus hogares y atenderlos, así como su afán por ayudar a las personas enfermas, solas o necesitadas. Todo ello es posible gracias a la cooperación de muchos voluntarios que, en los diez años desde que el Papa visitara Cuba, han ido creciendo en número, en generosidad y en compromiso solidario. La caridad cristiana y eclesial tiene también en Cuba algunas manifestaciones en la educación de niños y jóvenes con dificultades escolares, y se abriga la esperanza de que se pueda ensanchar sin reservas este importante campo de su misión.

A la vez que me alegro al ver todo este fervor pastoral y misionero, saludo con cordialidad y gratitud al Señor Cardenal Arzobispo de La Habana, que ha tenido la amabilidad de invitarme a presidir esta solemne Eucaristía. Saludo igualmente con afecto al Presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, a los demás Hermanos Obispos, a los Sacerdotes, a los Religiosos y Religiosas, así como a los seglares que colaboran en labores eclesiales, principalmente a los que desempeñan su apostolado con los jóvenes, que son la esperanza y el futuro de la Iglesia. Dirijo asimismo mi saludo a las Autoridades aquí presentes, a los representantes del Cuerpo Diplomático y a las personalidades que hoy nos han querido acompañar.

Tengo el honor y el gozo de transmitir a todos y cada uno de Ustedes la cercanía espiritual de Su Santidad, Benedicto XVI, así como su aliento para proseguir en el camino que están recorriendo. El Sucesor de San Pedro sigue con paterna solicitud la vida y la actividad de la Iglesia en esta querida Nación y conoce los anhelos y preocupaciones de todos Ustedes. Así mismo, les asegura un recuerdo en su oración, para que Dios bendiga sus esfuerzos evangelizadores y despierte en sus parroquias muchas y santas vocaciones sacerdotales y religiosas para el servicio del pueblo de Dios.

El campo en el que la Iglesia está presente es muy vasto y son muchos los niños, adolescentes, jóvenes, enfermos, ancianos, personas que tienen sed de Dios y a los que ella se dirige como Madre, proponiéndoles a Cristo como Redentor del hombre y de todo hombre. Su Evangelio es fuente de la que brotan aquellos valores cristianos que son también profundamente humanos y humanizadores. La Iglesia desea poder ampliar sin límites el radio de su acción a otros ámbitos, para contribuir con tesón al bien común del pueblo cubano.

A María Santísima, venerada con mucha devoción por los cubanos bajo la advocación de la Caridad del Cobre, confío las aspiraciones que todos Ustedes llevan en el corazón, queridos hermanos y hermanas. Que Ella les ayude a colmarlas plenamente.

Con estos deseos, que son objeto de nuestras plegarias, nos disponemos a acoger a Jesús, que se va a hacer realmente presente entre nosotros en la Eucaristía. Su presencia nos colmará de alegría y otorgará sentido y valor a nuestros anhelos de auténtico bien. Amén.

Homilía durante la Santa Misa celebrada en el Monasterio de las Carmelitas Descalzas de la Habana

Viernes, 22 de febrero de 2008

Queridas hermanas en el Señor:

Es para mí motivo de gran alegría poder celebrar la Santa Misa de la fiesta de la Cátedra del Apóstol San Pedro en este Monasterio de Carmelitas Descalzas, juntamente con la Madres Dominicanas presentes en esta querida Nación.

La confesión del Pescador de Galilea, apenas proclamada en el Evangelio, y la respuesta de Cristo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (*Mt 16,18*), resuenan hoy, con particular énfasis, en nuestros corazones y nos invitan a unirnos desde estas tierras cubanas al Sucesor de Pedro, con esa íntima cercanía de quien está muy dentro «en el corazón de la Iglesia» (*Vita consecrata*, 46).

El ejemplo de Pedro, su encuentro personal con Jesucristo, su firmeza en la fe y sus enseñanzas deben ser estímulo para renovar el entusiasmo por vivir según los criterios del Reino de Dios y dar testimonio del amor al Evangelio. La Iglesia, tal y como les exhortaba el recordado Papa Juan Pablo II, hace ahora diez años, espera de Ustedes una existencia transfigurada por la profesión de los consejos evangélicos, que crean comunión tanto en la comunidad, como en la Iglesia y en el mundo (*Encuentro con el clero, religiosos y religiosas, seminaristas y laicos en la catedral metropolitana de La Habana*, 25 de enero de 1998).

Efectivamente, la Iglesia y el mundo esperan su entrañable acompañamiento, con su oración incesante, en los grandes y pequeños acontecimientos, tanto de la Iglesia universal como de la sociedad concreta en la que viven. A sus rezos se encomiendan especialmente las actividades evangelizadoras y de apostolado, y cuantos están encargados de llevarlas a cabo. No se puede concebir ninguna acción pastoral sin el sustento de la oración (Cf. Card. Tarcisio Bertone, *Carta a los Monasterios contemplativos*, 15 de septiembre de 2006).

Por ello, han de ofrecer plegarias muy especialmente por el Santo Padre, como Pastor de toda la Iglesia. También sus claustros han de ser como santuarios donde, *cum Petro et sub Petro*, se viva en plenitud el misterio de la

Iglesia, esposa de Cristo, con las peculiaridades de sus propios carismas, y se exprese un testimonio de inmolación y de unidad.

Asimismo, sus renunciaciones y sacrificios deben transformarse también en ofrenda agradable al Señor, que sostenga especialmente a los numerosos pastores, sacerdotes y religiosos, así como a tantos laicos que, desde la inquebrantable fidelidad a Cristo y a su Iglesia, acompañan con su entrega generosa a los hermanos en todas sus vicisitudes, defendiendo los derechos inalienables de la persona y la dignidad que le es propia como ser creado a imagen de Dios.

La tarea es vital y apasionante, pues consiste en colaborar, desde lo recóndito del claustro, en la construcción de una auténtica sociedad, muchas veces herida y desarmada de valores, privada de identidad, invertebrada, escasa de fe y lejana de Dios. Les exhorto vivamente a ser artífices, de este modo a veces incomprendido, de una nueva humanidad. Les aliento a vivir santamente su vocación, para ser ejemplo, modelo e inspiración para todos los cubanos, ayudándolos en todo momento a dar vigor a su profundo espíritu religioso, a la vez que los acompañan en sus aspiraciones, alegrías y sufrimientos.

Al animarles, Hermanas, a esta misión, no desconozco las dificultades del mundo actual y los dramas que

sufre cotidianamente la sociedad. Por ello, que su oración consista «en amar mucho» (Cf. Santa Teresa, *Castillo Interior*, IV,1,7). Comprométanse cada día a amar más y a dar testimonio, con gozo y esperanza, desde el silencio de la vida cotidiana, de la belleza de Dios, que todo lo puede y todo lo transforma.

Rueguen también sin cesar para que el Señor ilumine las conciencias de los que tienen en sus manos la responsabilidad de proporcionar una vida digna a los ciudadanos, de instaurar la paz y la justicia, promoviendo la solidaridad en favor especialmente de los más necesitados. Pidán ardientemente para que se favorezca el desarrollo de los valores humanos, éticos y religiosos, cuya ausencia afecta particularmente a los jóvenes. Y nunca se olviden de las familias, para que sigan siendo depositarias de un rico patrimonio de virtudes cristianas y transmisoras de la fe y de los grandes valores que manan del Evangelio.

Finalmente, imploro de la divina misericordia que a través de su vida sencilla y transparente, el Señor bendiga abundantemente sus Monasterios. No se dejen vencer por el cansancio o el desánimo, aún cuando surjan obstáculos y sinsabores. *Prorsus in Domino!* Recen por sus propias comunidades contemplativas y por las vocaciones, para que se acreciente en Cuba el inestimable testimonio de una entrega total al Señor en la vida recogida de los

Monasterios que siguen las huellas profundas del carisma carmelitano y dominico. Pidamos a Dios que su oración y su presencia despierte en muchos jóvenes el deseo de seguir a Cristo en el ministerio sacerdotal o en la vida consagrada.

Ayuden al pueblo cubano a mirar el futuro con la esperanza que solo se encuentra en Cristo.

Queridas hermanas, antes de finalizar quiero renovar el llamado que hice a todos los Monasterios contemplativos al principio del trabajo que como Secretario de Estado me fue confiado por Su Santidad Benedicto XVI. Acompañenme con sus plegarias. Sigo confiando mi ministerio a sus oraciones.

Gracias por su presencia en esta tierra, caracterizada por una historia tan singular. Cuba las necesita porque los cubanos, como todos los hombres, necesitan a Dios. A semejanza del Príncipe de los Apóstoles, muéstrenle que sólo Cristo es “*el Mesías, el Hijo de Dios vivo*” Mt 16, 16).

Su Santidad les asegura su cercanía espiritual y su afecto, y las encomienda a la protección maternal de la Santísima Virgen bajo la advocación del Monte Carmelo, así como a la intercesión de Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Santo Domingo de Guzmán y Santa Catalina de Siena.

Qué Dios las bendiga.

Discurso a la Conferencia Cubana de Religiosos (CONCUR) en el monasterio de Santa Teresa de la Habana

Viernes, 22 de febrero de 2008

Queridos religiosos y religiosas:

Es hermoso estar con todos Ustedes, llamados por el Señor Jesús para ser testigos de su Evangelio en medio de este noble pueblo, a través de los diversos carismas de sus Institutos y de su compromiso misionero y apostólico. Muchos de Ustedes provienen de distintos países y dan con ello testimonio de la catolicidad de la Iglesia y la universalidad de su misión. Pero, sobre todo, les acomuna íntimamente su total consagración al Reino de Dios y su entrega a los hijos e hijas de Cuba, para que abran sus corazones a la esperanza y al amor de Jesucristo, llevando así la luz del Evangelio a esta querida Nación.

Agradezco vivamente las amables palabras que me han dirigido y que me han llegado al corazón, puesto que también yo pertenezco a una Familia Religiosa. En efecto, la intercesión y el ejemplo de San Juan Bosco me sirven de valioso estímulo para cumplir mi actual ministerio eclesial. Como solía decir el Cardenal August Hlond, que fue Primado de Polonia e hijo espiritual también de Don Bosco, «en la Congregación salesiana he aprendido que el trabajo no es carga ni cruz, sino alegría» (Cf. C. Bissoli, *Un pastore della Chiesa in tempi difficili*, Salesianum, n. 44 (1982) 743).

Queridos hermanos, están aquí reunidos como una gran familia representando a todos los consagrados y consagradas de Cuba, para manifestar la vitalidad de la Iglesia, que no obstante las dificultades, sigue trazando caminos de solidaridad.

He venido a esta preciosa isla caribeña para conmemorar el décimo aniversario del significativo viaje pastoral que a la misma efectuara el venerado Papa, Juan Pablo II. El legado que él dejó no ha perdido valor. Es un magnífico tesoro que sigue enriqueciendo a los que tienen la hermosa tarea de evangelizar al querido pueblo cubano.

En la Catedral de La Habana, aquel inolvidable 25 de enero de 1998, el Papa elevaba una alabanza a Dios por la presencia en esta tierra de personas consagradas de diversos Institutos, a las que agradecía «el meritorio y reconocido trabajo pastoral y el servicio prestado a Cristo en los pobres, los enfermos y los ancianos» (*Al clero, a los religiosos, religiosas, seminaristas y laicos reunidos en la Catedral de La Habana, 25 de enero de 1998, n. 4*).

En nombre de Su Santidad Benedicto XVI, quisiera expresarles el afecto e interés de toda la Iglesia, que conoce bien el empeño de Ustedes y el camino que están recorriendo entre vicisitudes y desafíos, y en el que la Palabra de Dios, que siempre aparece como luz y lámpara, les sirve de guía y de consuelo (Cf. *Sal 119,105*). Que la penuria de

medios o las insuficientes infraestructuras, así como otras delicadas situaciones, sean para Ustedes, más que una contrariedad, una oportunidad privilegiada para vigorizar la confianza en Dios, cuyos designios de amor nunca defraudan. Sus ansias de superación y su perseverancia en el bien obrar mostrarán la belleza de nuestra fe y serán un remedio eficaz ante los posibles brotes de secularización y abatimiento.

La providencia de Dios, que no des cansa, mantiene viva la esperanza de que las Familias Religiosas en Cuba puedan contar con numerosos operarios del Evangelio y desplegar un más amplio apostolado. A la oración ferviente al Dueño de la mies, para que suscite en esta Nación generosos y humildes trabajadores en medio de su viña, se añaden los esfuerzos por promover en la misma la presencia de nuevos Institutos Religiosos, de tal manera que un número suficiente de sacerdotes y personas consagradas puedan brindar la atención pastoral que el pueblo cubano requiere. Les aseguro que no faltará la solicitud de la Sede Apostólica en este propósito.

A este respecto, les invito a cultivar el campo de la pastoral vocacional, sin miedo de presentar a los jóvenes este maravilloso horizonte existencial. Es más, siempre se ha de ayudar a cada joven para que descubra y responda con presteza al llamado que Dios le hace y en el que encontrará la auténtica plenitud de su vida.

Al concluir el gran Jubileo del año 2000, el Santo Padre, Juan Pablo II, alentaba a «hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión» y señalaba como primordial desafío el «proponer una espiritualidad de comunión» (*Novo millennio ineunte*, n. 43). Percibo con alegría que esas indicaciones están muy presentes en la vida y el quehacer de las comunidades religiosas de Cuba. El afianzamiento de esta fecunda espiritualidad de comunión en el interior de las propias comunidades religiosas, entre todos los Institutos de Vida consagrada y con los Pastores de la Iglesia facilitará un diálogo constante animado por la humildad, en el que resplandezca la estima recíproca y la búsqueda conjunta del carisma más grande, que es el del amor (cf. *1 Co* 12,31-13,13).

De este modo, Ustedes podrán vivir su propio carisma insertados profundamente en la vida diocesana y llevar la luz de Cristo a las comunidades parroquiales y a otros grupos eclesiales. Esta colaboración infatigable es tenida en gran estima por los Obispos y sacerdotes, que aprecian altamente su testimonio evangelizador, igual que los fieles laicos, atraídos por su vinculación a Cristo y el constante compromiso que tienen por los necesitados.

Mi presencia en este encuentro de fe, de plegaria y de cercanía espiritual quiere transmitirles un mensaje que avive en Ustedes, que eligieron un camino de especial seguimiento de Cristo, el propósito de robustecer su amis-

tad con Él y de poner su Palabra en el centro de su corazón. La próxima Sesión Ordinaria del Sínodo de los Obispos, dedicada a la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, puede representar una oportunidad única para profundizar en su escucha y puesta en práctica (cf. *Lc* 8,21).

Como afirmaba recientemente el Papa, la Vida consagrada está enraizada en el Evangelio, que es su regla suprema y la fuente que la ha inspirado durante siglos y a la que debe volver constantemente si quiere mantenerse viva y ofrecer muchos frutos para el bien de las almas (cf. *A los religiosos y religiosas en la Fiesta de la Presentación del Señor*, 22 de febrero de 2008).

Como oyentes dóciles de la Palabra, interpretada en la tradición viva de la Iglesia, aprenderán a proclamar a Cristo como el verdadero Maestro, a identificarse en todo momento con la voluntad de Dios Padre y a amar a la Iglesia, en la que habita el Espíritu Santo como en un templo (Cf. *1 Co* 3,16; 6,19). Así demostrarán el vivo deseo que tienen de permanecer bajo el señorío de Cristo, Verbo Encarnado, el único que puede colmar nuestros anhelos más profundos, de modo que no nos dejemos cautivar por otras metas contingentes y frecuentemente engañosas.

A este respecto, les ayudará mucho la práctica cotidiana de la *lectio divina*, con la que podrán compartir los

bienes que la gracia de Dios les regala, fortalecerán la cohesión de cada comunidad religiosa y fomentarán el espíritu comunitario de su servicio a la evangelización. Serán de este modo un vivo reflejo de la fraternidad propia de la Iglesia naciente, donde todos «acudían asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (*Hcb*, 2,42).

Además, de la Palabra contemplada (cf. *Lc* 10,39) brotará un manantial de paz y serenidad para afrontar las contrariedades que puedan surgir en distintos ámbitos, pues en ella se nos enseña a valorar al hombre desde la perspectiva de Dios, que es amor perenne (cf. *1 Jn* 4,7-21).

La Palabra de Dios será también luz para mirar hacia el futuro con ilusión, para interpretar los signos de los tiempos y hacer presente entre sus hermanos el Reino de Dios, su misericordia y su bondad, dando consuelo a los tristes, visitando a los enfermos, asistiendo a los pobres y acompañando la soledad de aquéllos que se sienten olvidados o deprimidos.

El pueblo de Dios espera mucho de Ustedes. No lo defrauden en la donación generosa. «Gratis lo han recibido, denlo gratis» (*Mt* 10,8). Tengan presente que son transparencia de Cristo, espejo de la Iglesia y fuente de esperanza. Todo lo que de palabra u obra realicen, háganlo con inquebrantable fidelidad al Magisterio de la Iglesia y al carisma de santidad de sus fundadores y fundadoras. Así da-

rán una respuesta benéfica y evangélica a las urgencias del mundo de hoy.

La tarea apasionante e ingente que tienen ante sí hace imprescindible una preparación sólida, ya desde los primeros años de formación, que ha de continuarse luego con el estudio personal serio y con una formación permanente en diversas disciplinas humanas, eclesiológicas y espirituales. Cuanto más conozcan a Cristo, más podrán amarlo y mejor podrán servir a los hermanos.

«He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5). Estas palabras del Apocalipsis fueron el eje de una asamblea reciente de la Conferencia Cubana de Religiosos (CONCUR). En efecto, queridos hermanos y hermanas, el Señor puede renovar todo el mundo: «Envías tu espíritu y son creados y renuevas la faz de la tierra» (Sal 104,30). Dios no sólo renueva la creación, sino sobre todo al hombre «que nace del agua y del Espíritu» (Jn 3,5). El Espíritu de Dios sopla donde quiere, y hoy siento que Él está aquí presente sobre Ustedes y dentro de Ustedes, para hacerles hombres y mujeres interiormente renovados, porque no dejan de acoger la Palabra de Dios (cf. Lc 2,19,51) para anunciarla después con alegría a los que esperan de Ustedes una vida de absoluta fidelidad a Cristo, a la Iglesia universal presidida en la caridad por el Papa, a las Iglesias particulares regidas por los Obispos, al carisma que les es propio y a los anhelos más nobles que tiene esta insigne Nación.

Queridos hermanos y hermanas, no puedo despedirme de Ustedes sin proponerles a María Santísima, Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, como el perfecto modelo de su fidelidad. En ella hallarán la primera discípula, la mujer del silencio y del consuelo, el auxilio de los cristianos y la puerta del cielo. Amando a María, imitándola y proclamando sus alabanzas encontrarán siempre abierto el corazón del pueblo cubano.

Al amparo de la Madre de Dios les confío, sabiendo que Ella les dará su mano para que sean testigos y misioneros del Evangelio en esta bendita tierra. Porque Ustedes «no solamente tienen una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir» (*Vita Consecrata*, n.110).

Muchas gracias.

Saludo a los representantes del Clero, de los Religiosos y de los Laicos en el Obispado de Santa Clara

Sábado, 23 de febrero de 2008

Querido Señor Obispo de Santa Clara, queridos Hermanas y Hermanos todos en el Señor:

Agradezco vivamente el calor humano y el esmero con que han preparado este acto y la deferente acogida que me han dispensado. Expreso mi cordial gratitud por las afectuosas pa-

labras de bienvenida en nombre de los sacerdotes, religiosos y laicos que trabajan en el Obispado, y les manifiesto con sinceridad el gozo que siento por volver a estar aquí, para compartir con Ustedes su alegría al recordar la visita del Papa, Juan Pablo II a esta ciudad hace diez años.

Precisamente en Santa Clara, en el Campo de Deportes del Instituto Superior de Cultura Física “Manuel Fajardo”, que tuve la oportunidad de visitar, el Papa celebró su primera Misa en tierras cubanas, ante una Asamblea de fieles exultantes de poder celebrar su fe junto al Sucesor de Pedro.

Con la inauguración del Monumento en honor de Juan Pablo II, no sólo se hará perdurable la memoria de su presencia en esta ciudad, sino que también será una ocasión para recordar continuamente la perenne actualidad de su mensaje lleno de fe y de esperanza y, de modo especial, sus palabras a favor del matrimonio y la familia.

En efecto, cada día experimentamos con mayor claridad la importancia de la familia, tanto en nuestra propia vida personal como en la sociedad en general. La Iglesia, que es la gran familia de los hijos de Dios, siente de modo especial todo lo que daña o perjudica al matrimonio, oscureciendo su auténtica naturaleza, y lucha con todas sus energías para que resplandezca siempre la belleza y la bondad de su vocación al servicio de la vida y del ser humano.

Quisiera que mis palabras fueran de aliento para todos Ustedes que, trabajando en el Obispado de Santa Clara, se entregan al servicio de la Iglesia para colaborar, cada uno con su vocación específica y con una tarea concreta, en la obra de evangelización que lleva a cabo la entera Comunidad Diocesana. Es un gran don de Dios, y al mismo tiempo, una gran responsabilidad, poder servir a la Iglesia y a nuestros hermanos. De esta manera, vivimos nuestra vocación de discípulos de Aquél que no vino a «ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (*Mt 20, 28*).

Los animo a realizar siempre sus tareas con alegría, conscientes de que la importancia y el valor de los trabajos se mide sobre todo por el amor con que se llevan a cabo.

Por último, los invito a trabajar siempre muy unidos a su Obispo como colaboradores cercanos en su misión pastoral, experimentando así el gozo de sentirse miembros vivos y activos de la Iglesia de Cristo.

De nuevo, les agradezco su calurosa acogida y les manifiesto la seguridad de mi oración por todos Ustedes y sus familias, así como el aliento y la cercanía espiritual que el Papa, Benedicto XVI, me ha encargado de transmitirles.

Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

Homilía en la Misa celebrada en Santa Clara

Sábado, 23 de febrero de 2008

«¡Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios!» (*Sal 102,1-2*).

Estas palabras del salmo que hemos proclamado expresan acertadamente mis sentimientos de gozo al poder estar aquí con todos Ustedes, para compartir la fe que nos une y transmitir la cercanía espiritual de Su Santidad, Benedicto XVI, a esta Iglesia particular de santa Clara, que está en sus oraciones y por la que se interesa con paterna solicitud. Él me encargó que les dijera a todos Ustedes que ocupan un puesto especial en el corazón del Papa.

Dirijo un fraterno saludo al Señor Obispo de Santa Clara, Monseñor Marcelo Arturo González Amador, a los queridos Hermanos en el Episcopado, a los Sacerdotes, a los Diáconos, a los Seminaristas, a las comunidades Religiosas y a los miembros de las distintas Parroquias de esta Diócesis, así como a los fieles venidos de Cienfuegos y de otros lugares. Saludo también cordialmente a las Autoridades nacionales y locales que nos acompañan.

Animados por el salmista, que nos ha invitado a no olvidar los beneficios del Señor, queremos elevar en esta Eucaristía una ferviente alabanza a Dios

por haber bendecido esta tierra, “la más hermosa que ojos humanos han visto”, con aquella memorable visita que el Siervo de Dios, Juan Pablo II, realizara a la misma, hace ahora diez años.

El monumento al Papa, que dentro de poco tendré el honor de inaugurar, perpetuará este recuerdo y evocará continuamente que el Santo Padre vino a Cuba a compartir con todos Ustedes la «convicción profunda de que el Mensaje del Evangelio conduce al amor, a la entrega, al sacrificio y al perdón, de modo que si un pueblo recorre este camino es un pueblo con esperanza de un futuro mejor» (*Discurso en la ceremonia de bienvenida en el Aeropuerto Internacional “José Martí”, 21 de enero de 1998, n. 4*).

Fue justamente aquí, un 22 de enero de 1998, donde el venerado Pontífice presidió por vez primera la Santa Misa en suelo cubano para pedir por las familias de esta Nación.

Con un solo corazón, imploramos del Señor que continúe sosteniendo con su gracia la abnegada e ingente labor evangelizadora que Pastores y fieles están llevando a cabo en esta tierra, a la vez que deseamos renovar la plegaria que Juan Pablo II dirigiera a Dios por los matrimonios y las familias cubanas, para que fieles a las virtudes que las distinguen, entre las que destacan la solidaridad y la confianza mutua, el respeto de los hijos hacia los padres y la voluntad de construir un mundo

mejor sin reparar en sacrificios, sepan afrontar los retos actuales apoyados en Jesús, el único que puede colmar verdaderamente la felicidad a la que todo hombre aspira (Cf. Juan Pablo II, *Homilía en la Misa celebrada en el Instituto Superior de Cultura Física "Manuel Fajardo" de Santa Clara*, 22 de enero de 1998, nn. 3-4).

Como hoy San Lucas nos ha presentado, Cristo vino al mundo para revelarnos que Dios es Padre de inmensa misericordia y que nosotros somos sus hijos, destinatarios privilegiados de su amor. No somos, por tanto, esclavos de nadie. Somos hijos amados de Dios y esta dignidad nunca se nos podrá arrebatar.

En este mundo todo acaba. Lo único que jamás se agota es el amor de Dios, que no quiere que se pierda ni uno solo de sus hijos, antes bien, su corazón rebosa de júbilo cuando el hombre responde a su amistad. Por este motivo, bien pudo afirmar Su Santidad, Benedicto XVI, que "sólo el amor de Dios puede cambiar desde dentro la existencia del hombre y, en consecuencia, de toda sociedad, porque sólo su amor infinito lo libra del pecado, que es la raíz de todo mal. Si es verdad que Dios es justicia –proseguía el Papa–, no hay que olvidar que, sobre todo, es amor: si odia el pecado, es porque ama infinitamente a cada persona humana. Nos ama a cada uno de nosotros, y su fidelidad es tan profunda que no se desanima ni siquiera

ante nuestro rechazo" (*Homilía en la Parroquia romana de Santa Felicidad e hijos, mártires*, 25 de marzo de 2007).

La certeza de la bondad de Dios ha de suscitar en nuestro interior manantiales de esperanza e impulsarnos a poner en práctica la palabra de Cristo, que nos pide seguir sus huellas y acoger a todos sin distinción, incluso a los que no comparten nuestra fe. Así, imitaremos al Padre celestial, que respeta la libertad de cada uno y atrae a todos hacia sí con su amor inquebrantable. Al mismo tiempo, se pondrá de manifiesto que los cristianos estamos llamados, no a devolver mal por mal, sino a ofrecer a nuestros semejantes lo mejor que tenemos: el amor de Dios revelado en Cristo Jesús, amor que es más fuerte que cualquier agravio.

En sintonía con esta enseñanza, tengamos la valentía de ser testigos de la caridad de Cristo allá donde estemos, ya sea en el hogar o en la fábrica, en el hospital o por la calle. Las circunstancias podrán cambiar, lo que debe permanecer inmutable es nuestra identificación con los sentimientos y las actitudes de Jesús. Entonces, lograremos con su gracia edificar una civilización en donde la mentira, la injusticia, la opresión o la violencia sean derrotadas por la fuerza del perdón y la verdad. Dios nos dio prueba de que esto es posible, pues en Cristo crucificado y resucitado nos mostró que la última palabra en la historia no la tiene el mal, sino el bien.

En este camino, no faltarán contrariedades y problemas. Ahora bien, nada debe amedrentarnos. En medio de nuestras vicisitudes, la confianza en el Señor, la escucha atenta de su Palabra, la participación asidua en los Sacramentos y la oración personal deben ser la fuente de nuestra fortaleza. No seamos remisos, pues, y busquemos el tiempo y los medios para profundizar en el conocimiento de Cristo, y para afianzar nuestros vínculos de amistad con Él. Jesús no es un personaje de ficción o un simple héroe. Tampoco es una idea abstracta, sino una Persona, “que Dios ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención” (1 Co 1,30). Jesús es el Pastor anunciado por Miqueas en la primera lectura (Cf. *Miq 7,14-20*). Por tanto, Él nunca abandonará a su grey. Que nadie se sienta, pues, olvidado o solo, abandonado o fracasado, porque Dios se ha encarnado en Cristo para entender nuestro lenguaje y para que ninguno de nuestros sufrimientos le fuera ajeno.

Que lo tengan esto en cuenta, particularmente, los jóvenes que participan en esta celebración y aquellos otros que, gracias a su palabra, podrán recibir la Buena Noticia de que Dios los ama y quiere compartir con ellos el camino de la vida.

Queridos jóvenes, permítanme Ustede-tes que les proponga con sencillez que miren al Señor Jesús. Él los enriquecerá con su gracia para que se atre-

van a emprender el camino del amor que no exige, sino que se entrega sin pedir nada a cambio. Dejen que Jesús los transforme por dentro y tengan la valentía de preguntarse si Él los llama a seguirlo con una vida de especial consagración, para que Ustedes sean dispensadores de sus misterios y se dediquen a servir a los demás desinteresadamente.

Los invito a que se hagan eco de estas palabras entre sus coetáneos y amigos. Con su compromiso y testimonio de fe, sean para los que les rodean un signo que los lleve a interpelarse y los conduzca a descubrir que el hombre nuevo es aquél que tiene la audacia de amar a Dios, y a los demás, con todo su corazón.

Queridos hermanos, la novedad que hace realmente libre al hombre no viene de una propuesta humana, sino de Dios, que nos ha amado primero y nos ha dado ejemplo. Que ninguno de los aquí presentes se contente simplemente con realizar lo debido o lo que está estipulado, sino que la caridad de Ustedes desborde toda medida y alcance a descubrir las necesidades del otro para ponerse a su disposición con entrañas de misericordia. Que sepan Ustedes conmoverse ante las desdichas de los demás, dando así cumplimiento a las palabras de Cristo, que dijo: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (*Mt 25,40*). Para que su amor sea duradero y desprendido,

el cristiano debe orar a Dios sin desfallecer. Sin ello, el servicio a los demás corre el riesgo de convertirse en mera filantropía, o tal vez en propaganda, y fácilmente puede decaer ante la magnitud de los desafíos y urgencias que debe que afrontar. Por el contrario, si se reza con perseverancia, de esa oración mana aquella serenidad que, por encima de las incomprensiones y confusiones del mundo que le rodea, permite al discípulo de Jesús implicarse con constancia en la historia cotidiana, con el convencimiento de que Dios es Padre y lo ama, aunque su silencio siga siendo a menudo incomprensible para él (Cf. *Deus caritas est*, 38).

Queridos hermanos, les ruego que, al terminar esta celebración, lleven Ustedes el saludo y el afecto del Papa a todos los hogares de esta Diócesis y de los sitios de donde provienen, particularmente a aquellos en donde haya personas que sufren, niños o ancianos. A todos ellos díganles que el Señor los quiere y que nunca los dejará solos.

Pongo todas estas intenciones bajo la mirada de la Virgen María, a quien los hijos de esta Patria veneran con el glorioso título de la Caridad del Cobre. Acudan a Ella, porque Ella les llevará siempre a Jesús, fruto bendito de su seno. A la Madre de Dios le suplico que los custodie en su amor y les ayude en su vida diaria.

Amén.

Discurso durante la inauguración de un monumento dedicado a Juan Pablo II en Santa Clara

Sábado, 23 de febrero de 2008

Querido Señor Obispo de Santa Clara, amados Hermanos en el Episcopado, honorables Autoridades, señoras y señores.

Nos hemos reunido aquí para un acto con el cual se quiere hacer visible y duradera la singular y emocionante experiencia vivida por la Iglesia y el pueblo cubano con la visita a esta bendita isla del Siervo de Dios, el Papa Juan Pablo II, hace diez años. Ya el lugar mismo es particularmente significativo, pues en Santa Clara celebró su primera misa en estas tierras, dejando aquí la primera huella de su intenso camino como «mensajero de la esperanza» por otros lugares del País para compartir con los cubanos «su profundo espíritu religioso, sus afanes, alegrías y sufrimientos, celebrando, como miembros de una gran familia, el misterio del Amor divino y hacerlo presente más profundamente en la vida y en la historia de este noble pueblo» (*Discurso de llegada*, 21 de enero de 1998, 3).

El monumento erigido aquí al recordado Pontífice es también un signo de que aquella peregrinación suya sigue iluminando hoy a la Iglesia y a los cubanos que anhelan los más altos valores espirituales para ellos y su querida Patria.

Saludo cordialmente a los Hermanos Obispos, a los sacerdotes, religiosos y religiosas, así como a las Autoridades

aquí presentes y a cuantos han querido participar en este acto. Agradezco a los que han hecho posible la realización de este hermoso Monumento al querido Papa, Juan Pablo II, a la Diócesis de Santa Clara, en particular a su querido y valiente Obispo, Monseñor Marcelo Arturo González Amador, a las Autoridades del País, a los realizadores del proyecto, a los artistas que lo han plasmado y a los benefactores que han colaborado en esta hermosa iniciativa.

El elemento más importante de este monumento, una estatua Juan Pablo II sobre el fondo de una imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, esta cargado de significado. Refleja la profunda devoción del recordado Papa a nuestra Madre del cielo, a quien confió su ministerio apostólico, como rezaba su mismo lema episcopal, "*Totus tuus*". Bajo su amparo maternal emprendió su visita a Cuba, y encontró también aquí a la Patrona de los cubanos, que envuelve a todos bajo su manto, los une y los protege. Se perfila así un espléndido programa para dar a entender a quienes anuncian a Cristo, único salvador de la humanidad, que cuentan con la protección de aquella Mujer singular, a la que Dios confió la acogida en el mundo de su Hijo, los cuidados maternos durante sus primeros pasos en la tierra y que Cristo, ya en la cruz, nos entregó como Madre de todos los creyentes.

La evocación de María, Madre de Dios y madre nuestra, hace pensar de manera natural en la familia, en nues-

tras familias. Juan Pablo II habló de ellas con pasión precisamente aquí, en Santa Clara, haciendo una ardiente llamada: «¡Cuba: cuida a tus familias para que conserves sano tu corazón!» (*Homilía en Santa Clara*, 22 de enero de 1998, 7). Y poco después añadió: «En el proceso de construir su futuro con todos y para el bien de todos, la familia, la escuela y la Iglesia deben formar una comunidad educativa donde los hijos de Cuba puedan crecer en humanidad» (*ibid.*). Éste es un mensaje crucial también hoy y válido para el futuro de toda nación y de la familia humana misma.

Desde ahora, este espacio monumental recordará a los cristianos que por aquí transiten un acontecimiento que marcó un hito en la historia de la Iglesia y de Cuba, indicándoles al mismo tiempo el compromiso de ser testigos de la verdad del Evangelio y de transmitirla a las nuevas generaciones. Es de esperar que este monumento no se reduzca a un objeto de contemplación o admiración, sino que sea un motivo de reflexión y de inspiración para proseguir por el camino de fe y de la construcción de un mundo mejor y más fraterno, que es la razón por la cual ha sido erigido. Para muchos, será también una llamada a la esperanza de que el pueblo cubano ensanche su corazón para dejar que entre Dios y para que los más altos valores humanos plasmen cada vez más su querida Patria.

Durante las jornadas en que Juan Pablo II estuvo en Cuba, el mundo

entero pudo seguir con interés y emoción los acontecimientos que aquí se desarrollaban, dándose así un paso en el deseo ferviente que Juan Pablo II expresó apenas llegar: «Que Cuba se abra con todas sus magníficas posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba» (*Discurso de llegada*, 21 de enero de 1998,5). Con este Monumento, Cuba cuenta con algo más que la embellece para sus moradores y que puede mostrar con afabilidad a quienes la visitan. También éste puede ser un buen fruto, tanto de la visita del venerado Pontífice hace diez años como de este monumento que ahora se inaugura.

Quisiera terminar con lo que, en realidad, es lo primero: cumplir fielmente el encargo que me ha sido encomendado como Secretario de Estado para la inauguración de este monumento en el décimo aniversario de la presencia de Juan Pablo II en Cuba, y que consiste en transmitirles, queridos hermanos y hermanas, el saludo cordial del Santo Padre, Benedicto XVI. Antes de iniciar este viaje, me dijo: «Haz presente a la Iglesia y al pueblo de Cuba la paternal cercanía del Papa y la certeza de mi oración constante por los hijos de esa querida Nación. Ellos recibieron con afecto a mi venerado Predecesor y él los invitó a colaborar para conseguir un mundo mejor. Todo un mensaje de esperanza que no ha perdido su actualidad. Llévales como prenda de mi amor pastoral la Bendición Apostólica».

Muchas gracias.

Palabras antes del rezo del Santo Rosario en el Santuario de la Virgen de la Caridad del Cobre, Santiago de Cuba

Sábado, 23 de febrero de 2008

Señor Arzobispo de Santiago de Cuba, queridos Hermanos en el Episcopado, hermanos sacerdotes, religiosos y religiosas, queridos jóvenes, hermanas y hermanos todos en el Señor:

Con motivo del X aniversario de la Coronación de la Virgen de la Caridad del Cobre, como Reina y Patrona de Cuba, realizada por Juan Pablo II durante su viaje apostólico a esta Nación, hemos llegado a este célebre Santuario mariano para rezar el Santo Rosario. Lo hacemos en el marco del IV Centenario de la aparición de la Virgen, en el que recordamos el amor que la Madre de Dios, manifestó por esta tierra y por sus hijos, cuando tres jóvenes recogieron su imagen en las aguas del mar. Hoy, conscientes de la presencia de María en su historia, son Ustedes quienes la acogen en sus corazones, con el eco todavía vivo de las Palabras del Papa Peregrino, el cual los invitaba a no tener miedo de abrir sus corazones a Cristo.

Con el rezo del Rosario aprendemos de María a contemplar la belleza del rostro de su Hijo y a experimentar la profundidad de su amor. Es un recordar, un hacer memoria, una contemplación saludable, una meditación y una súplica. Es un recorrido por la vida de Jesús. Por ello «María ha sido defi-

nida como el libro... sobre el cual se ha escrito la doctrina del Hijo» (Card. Tarcisio Bertone, *Homilía en la Misa celebrada con los Nuncios Apostólicos de Latinoamérica*, 17 de febrero de 2007). El Rosario, la mejor tradición del arte de la oración, tiene un fuerte arraigo en la misma vida, ya que ilumina el misterio del corazón del hombre. En el rezo del Rosario hay una profunda actitud contemplativa de los misterios de la vida del Señor, una meditación pausada, mientras se desgranán las plegarias a María según la mejor tradición del arte de la oración, y particularmente benéfica en un mundo dominado a veces por el apresuramiento y la proliferación de voces que acaparan nuestra atención.

Sobre el trasfondo de las Avemarías se va poniendo en las manos de la Madre de Dios y Madre nuestra todo aquello que embarga «la vida del individuo, la familia, la nación, la Iglesia y la humanidad. Experiencias personales o del prójimo, sobre todo de las personas cercanas o que llevamos más en el corazón. De este modo la sencilla plegaria del Rosario sintoniza con el ritmo de la vida humana» (cf. Juan Pablo II, *Rosarium Virginis Mariae*, 2).

Con los Misterios de Gozo hemos recordado esta tarde la encarnación y la vida oculta de Cristo. Según las palabras del Ángel, María se hizo templo de Dios de una forma única: fue Madre del Hijo de Dios. «Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será gran-

de y será llamado Hijo del Altísimo». A lo que, con entero consentimiento y disponibilidad, respondió con aquellas palabras que nos abrieron la puerta a la salvación: «He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1,38). Gracias a Ella, mujer totalmente abierta a los planes de Dios, se cumple la venida definitiva al mundo del Salvador, el esperado de los tiempos. Por eso todas las generaciones la llamarán desde entonces bienaventurada (cf. *Lc* 1, 48). También Cristo, al entrar en este mundo, dice: «He aquí que vengo, oh Dios, para cumplir tu voluntad» (cf. *Hb* 10,5-7). Los dos “*he aquí*”, el del Hijo y el de la Madre, se encuentran íntimamente en el misterio de salvación de todo el género humano. Y Ustedes también pueden participar en él renovando hoy su propio “*heme aquí*”.

Así lo han hecho sus antepasados confiando a Dios con la práctica de esta plegaria mariana, la vida y la causa de la Iglesia que peregrina en Cuba. Del mismo modo que en momentos decisivos para la cristiandad se invocó a la Virgen del Rosario como propiciadora de la salvación, también el pueblo cubano en momentos cruciales de su propia historia, se ha confiado a la Virgen de la Caridad.

Hoy han venido hasta este Santuario jóvenes de diversas diócesis, especialmente de la que nos acoge, Santiago de Cuba, así como de las diócesis de Holguín y del Santísimo Salvador de Bayamo y Manzanillo.

Queridos jóvenes, gracias por su significativa presencia, que nos habla de un país joven con un futuro prometededor. Demuestren a la sociedad actual que, como decía el Papa, Juan Pablo II, «pueden ser modernos y seguir a Jesús» (*Oración al final de la Ceremonia de Canonización en Madrid*, 4 de mayo de 2003). Ustedes son los herederos de la memoria de las comunidades cristianas que, en medio de pruebas y dificultades, han sabido transmitir a lo largo de la historia su fe genuina. Ahora les corresponde ser el presente y el futuro de la Iglesia en Cuba. Esto debe animarles a crecer cada día más en la fe y a entregarse desinteresadamente, aún a costa de sacrificios, a la causa del Evangelio, y a trabajar en favor de todos, especialmente de aquéllos que más los necesitan, los pobres, los marginados, los excluidos, los enfermos y también de sus coetáneos, que en muchas ocasiones, a causa de su misma juventud, son los más vulnerables.

Sean voz de los que no tienen voz. Hoy tienen ante Ustedes nuevos desafíos, nuevos y numerosos problemas, y también nuevas esperanzas, sobre todo en los temas que conciernen a la dignidad de la persona y a sus derechos fundamentales. Defiendan la vida desde su concepción a su término natural y proclamen siempre la verdad. La verdad sobre el matrimonio y la familia, de un valor insustituible para toda la sociedad y también para su pueblo. Las familias cubanas, sus propias familias, han de ser ejemplo de fortaleza en las

pruebas, y de alegría y confianza en el futuro. No olviden nunca la misión que el Señor les ha encomendado. Retomen con confianza el Rosario entre las manos, redescubriendo el rostro de Cristo, y llevando su amor y su Evangelio a su vida cotidiana, a la Universidad, a sus puestos de trabajo, a sus ambientes y a sus amigos. Hagan presente con su propio testimonio los valores del diálogo y del respeto mutuo, de la solidaridad, de la libertad y de la paz. Fomenten la esperanza y estén dispuestos a dejarlo todo para seguir a Cristo.

Pongan bajo la protección de María sus proyectos. Ella les acompañará en el camino de la evangelización como Madre de todos. El pueblo cubano ha experimentado siempre los beneficios de su protección maternal. Así lo afirmaba Juan Pablo II al decir que la historia cubana está jalonada de maravillosas muestras de amor a su Patrona.

Queridos jóvenes, amados hermanos, continúen dirigiéndose a Ella con serenidad de espíritu, pero al mismo tiempo con audacia apostólica, para que Ella siga siendo escudo y amparo, como cantan en su himno.

Confío sus vidas a María, bajo la venerada advocación de la Virgen de la Caridad del Cobre. Pongo en sus manos las dificultades y aspiraciones de todos los hijos de esta querida tierra. Que, como en el pasado, sea Ella quien guíe y sostenga sus pasos hacia el cielo y les aliente «a vivir de tal modo que en

la sociedad reinen siempre los auténticos valores morales, que constituyen el rico patrimonio espiritual heredado de los mayores» (Juan Pablo II, *Homilía en Santiago de Cuba*, 24 de enero de 1998, n. 3).

Que esta plegaria de hoy sea para todos motivo de aliento y esperanza, sabiendo que cuentan con la especial cercanía del Papa, Benedicto XVI, del cual les transmito su afectuosa Bendición Apostólica.

Homilía durante la celebración Eucarística con ocasión del X Aniversario de la creación de la Diócesis de Guantánamo-Baracoa

Plaza de Pedro Agustín Pérez, Guantánamo. Domingo. 24 de febrero de 2008

Querido Señor Obispo de la Diócesis de Guantánamo-Baracoa, hermanos en el Episcopado, honorables Autoridades, hermanos y hermanas en Cristo Jesús:

«Tengo los ojos puestos en el Señor, porque él me libra de todo peligro».

La antífona de entrada de la Misa del tercer domingo de Cuaresma nos ayuda a crear el clima adecuado para esta celebración eucarística, que es un cántico de acción de gracias al Señor. Siempre debemos darle gracias por todo, pero hoy se añade un motivo más y es la con-

memoración del décimo aniversario de la histórica visita a Cuba del Siervo de Dios, Juan Pablo II. Al mismo tiempo que evocamos las imágenes conmovedoras de aquella providencial peregrinación, resuenan en nuestro interior las palabras de la antífona: «Él me libra de todo peligro». Quien tiene siempre la mirada puesta en el Señor, quien se deja guiar por Él, quien lo reconoce como el fundamento más sólido de su propia existencia, experimenta la verdadera libertad del espíritu. Éste es el ejemplo que el inolvidable Juan Pablo II nos ha dejado por su testimonio de total consagración a Cristo y al Evangelio: sus ojos han estado siempre fijos en el Señor y por esto, desprendido de todo, ha gastado la vida por Él hasta el último día, hasta su último respiro.

En este clima de fiesta y de alegría espiritual quiero darles a todos las gracias por su acogida: sé que desde hace tiempo se han preparado con gran esmero para esta visita mía y soy consciente del trabajo que les ha costado. Gracias por todo a cada uno de Ustedes.

En primer lugar, y de modo especial, saludo y agradezco a Mons. Wilfredo Pino, su querido Pastor, la invitación que me ha dirigido para presidir esta liturgia y sus palabras de bienvenida. Saludo cordialmente a las Autoridades presentes y a todos Ustedes, queridos hermanos en el Señor.

Les traigo como regalo precioso la bendición y el recuerdo constante del

Santo Padre, Benedicto XVI, el cual está cerca de Ustedes con su cariño y oración. Él me ha encargado decirles que sigue y anima su camino de vida cristiana en esta querida Comunidad diocesana, animada por una gran vitalidad y pujanza evangelizadora; una Comunidad a la que las pruebas y los sufrimientos la han hecho todavía más solícita y firme en la fe. A este propósito, querido Señor Obispo, Usted ha puesto de relieve que de las diecinueve comunidades religiosas que había en su jurisdicción cuando Su Santidad, Juan Pablo II, erigió la Diócesis, se ha pasado en la actualidad a doscientas tres. Este hecho representa un gran signo de esperanza, no sólo para su tierra y para su Iglesia local, sino también para la Iglesia universal y para el mundo entero.

El entusiasmo con el que acogieron hace diez años al Papa, Juan Pablo II, ha sido como una semilla que, caída en la tierra, ha ido germinando poco a poco y ha dado vida a un gran árbol de abundantes frutos. Demos gracias al Señor.

Prosigan, queridos hermanos y hermanas, la estela trazada por los sacerdotes diocesanos y las comunidades religiosas, que aquí han desarrollado y desarrollan su misión evangelizadora. Juntos podrán dar testimonio de aquella esperanza que no decepciona, como afirma el apóstol Pablo en la segunda Lectura, “porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rm 5,5).

Su Santidad, Benedicto XVI, en su reciente Encíclica *Spe salvi* nos recuerda que Dios es la esperanza que no defrauda. «Sólo Dios –escribe el Papa– es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza». Y añade: «Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar..., sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es realmente vida»(n. 31).

Por tanto, sólo este amor, el amor de Dios, puede cambiar la vida de los hombres. Nuestro ser cristianos tiene origen justamente a partir de esta experiencia, como había subrayado ya el Santo Padre en su primera Encíclica *Deus caritas est*: «No se comienza a ser cristiano –ha escrito– por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (n. 1).

Queridos hermanos y hermanas, ¿no debería ser ésta la experiencia de todos

los cristianos? Tanto en su vida personal como en la historia de cada comunidad el encuentro con Jesús es acontecimiento decisivo que cambia la vida. El relato evangélico nos habla hoy del encuentro de Jesús con la Samaritana en el pozo de Jacob, que transformó la escandalosa vida moral de esa mujer y que tuvo repercusiones en toda la aldea. Esta mujer, que fue a sacar agua para las tareas domésticas cotidianas, ve a Jesús cansado y sentado cerca del pozo. No sabe quién es, pero durante el coloquio sucede algo extraordinario en su corazón. Le sorprende que Jesús hable con ella, porque entre judíos y samaritanos no había buenas relaciones. Después, el diálogo se vuelve cada vez más profundo y misterioso. Ella había ido a sacar agua y oye hablar de un manantial extraordinario que brota hasta la vida eterna. Luego su interlocutor comienza a adentrarse en su alma: le habla de su vida personal, y la mujer se da cuenta de que está ante un gran profeta capaz de leer su corazón. La samaritana se llena de confianza, abre su alma y reconoce en Jesús al Mesías. Siente entonces la necesidad de comunicar a sus conciudadanos esa experiencia liberadora que la llena de alegría. Cuando éstos acuden, como señala el evangelista Juan, le dicen: «ya no creemos por lo que tú dices, nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo» (*Jn* 4,42).

En el episodio de la samaritana se ha visto justamente un paradigma del camino del hombre hacia Dios. Cuando

el hombre acepta cuestionarse, cuando sale de sí mismo y se interroga sobre el sentido de la vida y se pone a la búsqueda de Dios, es el propio Dios quien sale a su encuentro, porque Él ha venido a nosotros en Cristo. Es un encuentro que supera siempre las propias expectativas y orienta hacia otras mayores y más duraderas. Fruto de este encuentro es la alegría y la paz del corazón. Entre quienes han seguido fielmente al Señor ¿hay alguno que haya quedado decepcionado, se haya ido triste o abatido? Recorramos la historia del cristianismo, recordemos la experiencia de los apóstoles, de los mártires y de los santos, la experiencia de tantos cristianos que en cada época, y también en nuestro tiempo, en la sencillez de su existencia, han encontrado en Cristo su plena realización.

Ciertamente, Jesús no promete una vida fácil, sin dificultades en esta tierra. Quien lo sigue sabe que tiene que afrontar muchas pruebas. Él, sin embargo, nos robustece con la fuerza de su amor, y su presencia hace que estemos siempre «alegres en la esperanza, firmes en la tribulación, asiduos en la oración» (*Rm* 12,12).

A este respecto, sé de los sufrimientos presentes en el corazón de muchos jóvenes y conozco también el dolor de los niños y adolescentes que han padecido la separación de sus progenitores y los ha obligado a crecer sin disfrutar de la unión de sus padres. Esto ha provocado en ellos a menudo un dramático desequilibrio afectivo, con nocivas

consecuencias a largo plazo para el desarrollo armónico de la persona, al cual contribuye sin duda el afecto y la presencia complementaria de los padres en el mismo hogar.

Exhorto, por tanto, a cuidar cada vez mejor la preparación de los jóvenes al matrimonio e invito a los padres a no escatimar sacrificios para mantener unida la familia, siendo ejemplo de fidelidad matrimonial, buscando siempre el bien del cónyuge y no dejándose vencer por caprichos dañinos. Este ejemplo ayudará a los hijos y les mostrará que se pueden vencer las dificultades de la vida con el respeto mutuo, con el diálogo franco, con la oración en familia y con un amor sincero y profundo.

Queridos hermanos y hermanas, confíen en Jesús, porque Él dirige su mirada amorosa hacia cada uno de nosotros. Confíen especialmente en Él Ustedes, queridos jóvenes.

Hoy hago más las palabras que, en aquel histórico 23 enero de 1998, Juan Pablo II confiara a los jóvenes cubanos en Camagüey. «En su vida —afirmó— está pasando Cristo y les dice: “Sígueme”. No se cierren a su amor. No pasen de largo. Acojan su palabra. Cada uno ha recibido de Él un llamado. Él conoce el nombre de cada uno. Déjense guiar por Cristo en la búsqueda de lo que les puede ayudar a realizarse plenamente. Abran las puertas de su corazón y de su existencia a Jesús». Y,

continuando, insistió con mayor fuerza: «Tengan la seguridad de que Dios no limita su juventud ni quiere para los jóvenes una vida desprovista de alegría. ¡Todo lo contrario! Su poder es un dinamismo que lleva al desarrollo de toda la persona: al desarrollo del cuerpo, de la mente, de la afectividad; al crecimiento de la fe; a la expansión del amor efectivo hacia Ustedes mismos, hacia el prójimo y hacia las realidades terrenales y espirituales» (*Mensaje dirigido a los jóvenes cubanos*, 23 de enero de 1998, n. 1-3).

Hace diez años el Papa, Juan Pablo II, lanzó este desafío a los jóvenes cubanos y los invitó a abrir el corazón a Cristo. Este reto sigue vigente. El vigor, la fuerza espiritual de muchas de sus comunidades cristianas que hoy admiramos provienen en buena medida del sí de aquellos jóvenes a Jesús y a su Evangelio. Hoy la Iglesia los necesita todavía más; sigan a Jesús sea lo que sea lo que les pida. Si les llama a seguirlo más de cerca en el ministerio sacerdotal y en las diversas formas de vida consagrada, respóndanle con prontitud y fidelidad; síganlo según los dones que el Espíritu Santo les concede en abundancia. Sean generosos con el Señor y Él no cesará en su generosidad.

Queridos hermanos y hermanas, permítanme que ahora me haga intérprete de la invitación que Su Santidad, Benedicto XVI, les reitera, haciéndose eco de lo que dijo su Predecesor. Sean constructores de

una sociedad cada vez más solidaria y justa, donde reine un sincero espíritu de verdadera hermandad. Para ello, como sugiere el apóstol Pablo, es preciso que nos comprometamos a hacer siempre el bien a los demás, sin responder al mal con el mal (cf. *Rm 12,16-21*).

Colaboren “*con todos y por el bien de todos*”, le gustaba decir a José Martí, el apóstol de la independencia de Cuba. El Papa desea que éste sea un período en el cual el pueblo cubano crezca unido y solidario gracias al diálogo paciente y perseverante, gracias a gestos de reconciliación y de pacificación que abarquen a todos los sectores de la sociedad. Sólo con el camino de la concordia y la comprensión se curan los corazones, y se sanan definitivamente las heridas provocadas por las tensiones del pasado.

La Iglesia no dejará de ofrecer su propia ayuda para esta acción pacificadora, haciéndose cada vez más la casa común de todos, especialmente de los pobres, de los enfermos, de los necesitados; una gran familia, en la cual cada uno tenga su sitio y desarrolle su propia vocación, al servicio del Señor y para bien de los hermanos.

Pienso ahora de modo particular en los graves daños causados en estos últimos tiempos por calamidades naturales. La experiencia de compartir, de caridad y de ayuda recíproca, que

han tenido en tan dolorosa circunstancia, les ha permitido revivir lo que ocurrió en las primeras comunidades cristianas, dónde cada uno se mostraba solícito por las necesidades de los hermanos, atento a la hospitalidad y a la acogida.

Por último, en esta solemne celebración eucarística, no podemos dejar de dar gracias a Dios por la disponibilidad y el amor mostrados hacia esta tierra por muchos sacerdotes y religiosos de otros países. Esta Diócesis y toda Cuba está agradecida a cuántos han venido a esta gran isla como a la viña del Señor, para entregar su vida por el Reino de Cristo y su justicia. A estos nuestros hermanos y hermanas, muchos de los cuales viven y trabajan todavía entre Ustedes, y a los que ya fueron llamados por el Señor, dirigimos nuestro recuerdo agradecido, porque con su obra y su apostolado han contribuido a renovar y a edificar el nuevo pueblo cubano.

Que la Madre de Dios, bajo la advocación de la Virgen de la Caridad, que ha velado y custodiado su pasado, continúe acompañándoles y que su protección maternal sea garantía de esperanza para su futuro. Continuando nuestra celebración invoquémosla con confianza para que les ayude sobre todo a permanecer siempre fieles a Cristo, como lo fueron los Santos que han gastado su vida en esta tierra y que desde el Cielo interceden por ustedes, por sus comunidades cristianas y por toda la nación de Cuba.

Discurso en la inauguración del Obispado de Guantánamo-Baracoa

Domingo, 24 de febrero de 2008

Querido Señor Obispo de Guantánamo-Baracoa; queridos Hermanos en el Episcopado; honorables Autoridades Civiles; estimados sacerdotes, religiosos y fieles todos en el Señor:

Como muy bien ha recordado Su Excelencia, Mons. Wilfredo Pino, el 24 de enero de 1998, el Papa, Juan Pablo II, al terminar la Misa que celebró en Santiago de Cuba, anunció la creación de una nueva Diócesis, la de Guantánamo-Baracoa. Hoy, diez años después, tenemos la dicha de inaugurar esta sede del Obispado, iniciada por Mons. Carlos Jesús Baladrón Valdés, y que ha contado con la colaboración y la ayuda de tantas personas e instituciones civiles y eclesiales, a las que agradecemos su esfuerzo, al mismo tiempo que manifestamos nuestro reconocimiento a los constructores de la misma por el estupendo trabajo realizado.

En aquella ocasión, el venerado Papa animó a todos los sacerdotes y fieles «a edificar, como piedras vivas en torno a su pastor, esta Iglesia particular» (*Homilía en Santiago de Cuba, 24 de enero de 1998*). Desde entonces, esta joven Comunidad Diocesana de Guantánamo-Baracoa ha ido creciendo y consolidándose cada vez más, y un paso importante son estas instalaciones que vamos a inaugurar. De alguna manera,

podríamos decir que ellas representan como un fruto visible, así como un recuerdo perenne de ese llamado que el Santo Padre les hizo a empeñarse en la construcción del edificio espiritual que es la Iglesia. Ciertamente, los medios materiales son muy necesarios y, sin ellos, sería muy difícil poder llevar a cabo de modo adecuado cualquier labor pastoral o de evangelización. Pero, aún siendo cierto esto, estamos también plenamente convencidos de que lo más importante para nosotros, la realidad verdaderamente determinante, es la presencia del Señor Jesús en medio de su Iglesia. Él es nuestro tesoro, nuestra riqueza, el bien más grande que poseemos y que queremos compartir con todos. Todo lo demás debe estar al servicio de esta realidad y de esta misión: anunciar al mundo entero el amor de Cristo, el único que puede llenar plenamente los corazones humanos con su mensaje de fe y esperanza.

La Iglesia, edificada por el Espíritu Santo sobre la piedra angular que es Cristo, es también para los cristianos como su casa común y su hogar. En ella hemos sido engendrados a la vida del espíritu, y ella, como buena madre, nos acoge en su seno, nos alimenta con su palabra y nos fortalece con sus sacramentos. Cuántas gracias tenemos que dar a Dios, queridos hermanos, por habernos concedido la fe y habernos hecho hijos suyos, por estos hermanos nuestros que nos ha dado para formar juntos la gran familia de los hijos de

Dios. Les animo con todas mis fuerzas a que cada una de las comunidades eclesiales de esta Diócesis sea verdaderamente ese espacio de libertad, de comunión y reconciliación, de amor fraterno y pacífica convivencia, que permita a todos los que se acerquen a la Iglesia experimentar la alegría de la fe, el amor de Dios y la esperanza que tanto anhelan.

Toda esta maravillosa realidad encontrará aquí, en esta Sede del Obispado, una fuente continua de irradiación misionera y evangelizadora. Desde aquí, el Obispo, en unión con sus colaboradores más inmediatos, podrá alentar e impulsar toda la labor pastoral de la Diócesis, haciendo que todos se sientan responsables de esta apasionante tarea y gozosos de poder entregarse en la Iglesia al servicio de la fe y del Evangelio de la paz y de la reconciliación.

Les felicito, queridos hermanos, por este acontecimiento tan importante en la vida de esta Diócesis, y les invito a continuar trabajando en esta Iglesia Particular sintiendo el aliento y la cercanía espiritual del Papa, Benedicto XVI. Pueden estar seguros que en cuanto llegue a Roma transmitiré al Santo Padre todo el cariño y el afecto de los guantanameros, así como la belleza de esta Sede del Obispado que ahora vamos a inaugurar.

Muchísimas gracias a todos y que Dios les bendiga.

Saludo a las autoridades cubanas y al Comité permanente de la Conferencia de Obispos católicos de Cuba en la Nunciatura Apostólica de La Habana

Domingo 24 de febrero de 2008

Honorable señor Vicepresidente, señor Cardenal y queridos Hermanos en el Episcopado, honorable señor Presidente de la Asamblea Nacional, honorables señores Ministros, señor Nuncio Apostólico en Cuba, distinguidas señoras y distinguidos señores:

Gracias por haber aceptado mi invitación a compartir la cena esta noche. Estar juntos alrededor de la mesa es más que un gesto de cortesía humana. Demuestra la posibilidad de estar unidos en la diversidad. Fue durante una cena que Jesús enseñó cómo Dios y el hombre están unidos en alianza nueva e inquebrantable.

Es para mí motivo de satisfacción tener este encuentro con Ustedes, en el que una vez más se pone de manifiesto lo que ya he venido comprobando durante estos días de mi estancia en su bello país: el gran espíritu hospitalario del pueblo cubano. Por ello, al saludarles con afecto, aprovecho nuevamente la ocasión para agradecerles de corazón la exquisita acogida que me están dispensando.

Mi presencia entre Ustedes tiene como objetivo primordial conmemorar el décimo aniversario del Viaje Apostó-

lico del Papa, Juan Pablo II, a Cuba. Como ya ocurriera en aquella relevante circunstancia, las celebraciones, los encuentros formales e informales, académicos y religiosos, han puesto de relieve el respeto y la búsqueda de un diálogo auténtico por el bien de Cuba y por el bien de la Iglesia en Cuba.

Recordando las primeras palabras del amado Pontífice en esta tierra, quiero decirles que también yo he llegado aquí como “*peregrino de amor, verdad y esperanza*”. Mi visita tiene, pues, un carácter eminentemente pastoral. He venido a esta nación de antigua tradición católica para compartir con todos los creyentes sus esperanzas, alegrías y tristezas, en unas jornadas de fe, oración y fraternidad. La Iglesia, a través de su tarea evangelizadora, difundiendo entre todos los ciudadanos su riqueza espiritual, humana y moral, contribuyó y seguirá contribuyendo siempre de manera positiva al bien de la Nación.

Quiero ahora, con motivo de esta cena, dirigir un particular saludo a los Representantes del pueblo cubano aquí presentes, y en ellos a quienes en la Nación tienen responsabilidades de gobierno. Agradezco a todos Ustedes y a todas las Autoridades cubanas el haber contribuido generosamente al desarrollo de mi visita a este estupendo país. Gracias a Dios y a los esfuerzos conjuntos del Estado y de la Iglesia todo está saliendo muy bien. Formulo mis mejores votos para que cuanto se ha sembrado con ilusión y esperanza

pueda germinar en un futuro no lejano. En este espíritu de concordia estoy seguro de que pronto se podrá llegar a establecer un instrumento de trabajo que facilitará nuestras relaciones recíprocas.

De igual modo, y sin pretender establecer criterios sobre aspectos que no son de mi incumbencia, pido a Dios que les dé luz para que sepan en toda ocasión dirigir el destino del País, favoreciendo siempre la convivencia, la solidaridad, el bien común y el respeto por los derechos humanos. Ustedes, juntamente con todos sus compatriotas, son los principales protagonistas de su propia historia con vistas a un futuro colmado de justicia, solidaridad y paz.

La Iglesia católica, de acuerdo con la misión que le es propia, está siempre dispuesta a colaborar con las instituciones civiles de la Nación. Fieles cada una a su cometido, han de contribuir, a través de un entendimiento constructivo, al desarrollo humano y espiritual de la sociedad cubana.

Quisiera tener también una palabra de cordial afecto para mis Hermanos en el Episcopado, aquí representados por los miembros del Consejo Permanente de la Conferencia Episcopal. Que el Señor recompense su abnegada solicitud por la Iglesia que peregrina en Cuba. Dentro de poco nos veremos en Roma con ocasión de su visita *ad Limina*.

Al transmitir a todos la cercanía y afecto del Papa, Benedicto XVI, alzo mi copa para brindar por Ustedes y por el pueblo cubano a fin de que, sin eludir el reto de la época en la que les ha tocado vivir, sigan siendo constantes en el bien hacer, solícitos en la solidaridad y firmes en la esperanza.

Continúen conservando los valores más genuinos del alma cubana, como son: su fe en Dios, su amor a la cultura y a las propias tradiciones y su vocación a la libertad.

Pido a Dios que colme a todos de abundantes bendiciones, con el fin de poder crecer más en la colaboración recíproca para el bien del pueblo cubano, al que servimos cada uno de manera diversa, pero buscando siempre el bien común y el incremento de un clima de concordia y fraternidad. ¡Muchas gracias!

Encuentro con el Cuerpo Diplomático acreditado en La Habana

Lunes, 25 de febrero de 2008

Honorable señor Ministro, honorable señor Decano y miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante el Gobierno cubano, honorables Representantes de los distintos Organismos Internacionales, distinguidos Oficiales del Ministerio de Relaciones Exteriores, señoras y señores.

Agradezco al Señor Ministro de Relaciones Exteriores el haber organizado este cordial encuentro con los representantes de varios países e instituciones del mundo, lo que valoro mucho y considero un gesto de especial respeto y deferencia hacia la Santa Sede y al Santo Padre, Benedicto XVI, del cual quiero transmitirles su más afectuoso saludo.

Es para mí un gran honor estar en esta noble tierra para conmemorar el décimo aniversario de la histórica visita del amado y recordado Papa, Juan Pablo II, a Cuba, país que en estos diez años ha dado muestras de entrega y capacidad de desarrollo. Es evidente el progreso alcanzado en el ejercicio de la solidaridad con países de África, de Asia, del Caribe y de América Latina, especialmente en los campos de la salud y la educación. También en el escenario internacional la presencia de Cuba ha ido afianzándose claramente. A este respecto, es muy significativa su actual presidencia del Movimiento de los Países no Alineados.

Teniendo la posibilidad de intercambiar algunas consideraciones con Ustedes, me parece oportuno dedicar estas breves palabras a las relaciones entre la Iglesia y el Estado, dada su relevancia en la historia pasada y reciente de la Nación cubana.

Basada en su plurisecular experiencia diplomática, que le ha permitido establecer relaciones de diálogo y de amis-

tad con casi todos los Estados, la Santa Sede encuentra hoy una luz particular para su actividad internacional en los pronunciamientos del Concilio Ecu­ménico Vaticano II, sobre todo en su constitución pastoral *Gaudium et spes*. En el número setenta y seis de dicho documento se puede leer lo siguiente: “La comunidad política y la Iglesia son independientes y autónomas en su propio campo. Sin embargo, ambas, aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social del hombre. Este servicio lo realizarán tanto más eficazmente en bien de todos cuanto procuren mejor una sana cooperación entre ambas, teniendo en cuenta también las circunstancias de lugar y tiempo”.

También en Cuba, así como en el resto del mundo, la Iglesia, inspirada en la verdad del Evangelio, procura con humildad y solícita dedicación ofrecer su propia contribución de pensamiento y acción para la edificación del bien común, respetando la identidad y las leyes propias del Estado.

Otro pronunciamiento del Concilio Ecu­ménico Vaticano II, la declaración *Dignitatis humanae*, nos recuerda que el compromiso de la comunidad civil por el bien de los ciudadanos no se puede limitar a algunas dimensiones de la persona, como la salud física, el bienestar económico, la formación intelectual o las relaciones sociales; el ser humano tiene también una dimensión religiosa, que se refleja en actos volun-

tarios y libres, con los cuales él se dirige inmediatamente a Dios.

Pero, la libertad religiosa no sería integral y verdadera si no comportara también una dimensión pública, la libertad religiosa no pertenece sólo al individuo, sino también a la familia, a los grupos religiosos y a la Iglesia misma. Un Estado que quiera respetar esta libertad no puede eximirse del crear condiciones propicias para el desarrollo de la vida religiosa, de manera que los ciudadanos tengan la posibilidad real de ejercer sus derechos y cumplir con sus obligaciones espirituales.

Como ya dijera el venerado Papa, Juan Pablo II, dando la bienvenida al actual Embajador de Cuba ante la Santa Sede: “la Doctrina Social de la Iglesia se ha desarrollado mucho en estos últimos años, precisamente para iluminar las situaciones que requieren esa dimensión solidaria desde la justicia y la verdad. A este respecto -continuaba el Papa, Juan Pablo II- la Iglesia en Cuba, con su presencia evangelizadora y con espíritu de servicio sincero y efectivo al pueblo cubano, se esfuerza por poner de relieve ese magisterio, no sólo de palabra, sino también con sus empeños y realizaciones concretas. El conjunto de valores y propuestas que integran la Doctrina y la consiguiente acción social de la Iglesia forman parte de su misión evangelizadora y, consecuentemente, de su propia identidad”.

Estas palabras siguen siendo de gran actualidad. Pero, cabe decir que el desarrollo de la misión social de la Iglesia cubana se basa en las buenas relaciones que existen entre las instituciones eclesiales y estatales, con la esperanza de que aún sigan progresando: siempre hay posibilidades de mejoría, y esto no sólo vale para las relaciones con Cuba, sino con todos los pueblos y naciones del mundo.

Un gran Pastor de la Iglesia en Cuba, el benemérito Arzobispo de Camagüey, Mons. Adolfo Rodríguez Herrera, expresaba poco antes de su muerte: “Nuestro sueño es que la Iglesia cubana sea la Iglesia, y nada más; y que las instituciones civiles de la Patria sean las instituciones civiles, y nada más. Y que la Iglesia pueda ser en Cuba la Iglesia de la caridad, del servicio, de la comunión, de la misión”.

Antes de concluir quisiera enviar mis deferentes saludos al Presidente Fidel Castro que pude encontrar personalmente en octubre de 2005, con mis mejores votos para él.

Desde ayer Cuba tiene un renovado Consejo de Estado, al que la Santa Sede con toda la Comunidad Internacional le desea mucho acierto y la capacidad de escuchar e interpretar más y más las necesidades de cada ciudadano, el cual tiene el derecho de sentirse orgulloso de ser cubano y respetado, valorado y representado por quienes lo gobiernan.

En estos días de mi visita, acompañada por la exquisita hospitalidad y cortesía de las Autoridades cubanas que agradezco vivamente, además de constatar la vitalidad de la Iglesia católica cubana y su solícita dedicación al bien común de la Patria, he encontrado gran disponibilidad al diálogo y a la cooperación en los Gobernantes del País, tanto en temas nacionales cuanto internacionales. Esto es un positivo impulso a las relaciones entre el Estado y la Iglesia Católica en Cuba, que permite mirar con serena esperanza la nueva etapa -ciertamente ardua y exigente- que Cuba se dispone a afrontar.

Muchas gracias.

Conferencia del Cardenal, Tarcisio Bertone, en la Universidad de La Habana

Lunes, 25 de febrero de 2008

La cultura y los fundamentos éticos del vivir humano

Magnífico señor Rector, honorables Autoridades, señor Cardenal y señores Obispos, ilustres profesores, señores representantes del mundo de la cultura, señoras y señores, amigos todos.

Con gratitud por la amable bienvenida que me han dispensado, quisiera comenzar esta tarde recordando con aprecio dos grandes figuras apasionadas

por Cuba y vinculadas a este lugar. El primero es el Siervo de Dios, Félix Varela, padre de la patria cubana, cuyos restos reposan aquí y del que hoy celebramos el aniversario de su fallecimiento. La segunda es el Siervo de Dios, Juan Pablo II, quien habló desde esta misma cátedra hace diez años. Pocos han sabido glosar con tanto acierto la figura del Padre Varela como lo hiciera el Papa, Juan Pablo II, en el discurso que pronunciara en este mismo lugar. Ambos personajes encarnan un egregio modelo de humanidad, siendo reconocidos unánimemente como hombres de paz y de bien, incluso por aquéllos que no comparten sus ideales ni sus creencias. Uno y otro son la confirmación de que no es necesario diluir la propia identidad para entablar un diálogo fecundo y creativo con todos los hombres.

La aventura existencial del Padre Varela nos ofrece el marco ideal en el que situar el tema que se me ha encomendado, —la cultura y los fundamentos éticos del vivir humano—, considerando en particular la cultura cristiana como sustento e inspiración de la ética.

Como es sabido, el joven sacerdote Félix Varela ganó por oposición la primera Cátedra de Constitución, establecida en el Colegio de San Carlos en 1821. Es significativo el modo en que el novel catedrático, en su brillante lección inaugural, definía su cátedra: ésta, decía, debería llamarse más bien, «la Cátedra de la libertad, de los derechos del hombre, de las garantías naciona-

les,... la fuente de las virtudes cívicas, la base del gran edificio de nuestra felicidad» (*Discurso en la inauguración de la cátedra* (21 de enero de 1821). Para él, aquella Cátedra le ofreció una ocasión inmejorable para reflexionar sobre el modo de construir una sociedad, sobre los valores que deben fundamentar la convivencia entre los hombres, entre los cuales, la libertad, —«uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos», en palabras de Don Quijote (II, cap. 58)—, ocupa el primer lugar, y junto a ella, los demás derechos del hombre y la rectitud de sus obras. La preocupación por la formación de la juventud fue constante en el Padre Varela, consciente de que no son las leyes las que salvan los pueblos, sino sus virtudes en el orden personal y en su actuación pública. En su visión de una nueva patria cubana, Varela, como antes de él el Padre Agustín Caballero y José Martí después, muestran un catolicismo comprometido con la modernización del país, los derechos del hombre y la libertad. Muestran, en definitiva, que el cristianismo y la modernidad no son incompatibles, sino que se encuentran en la defensa de la dignidad del hombre. Es más, el mundo necesita de esta gran alianza.

José Martí, preclaro cubano, afirmó que «ser cultos es la única manera de ser libres». Esta afirmación me ofrece la posibilidad de examinar ahora, con un poco más de detalle, la relación entre la cultura y los fundamentos éticos de la vida del hombre.

Todos los hombres aprecian la cultura como un bien importante. Pero, ¿por qué la cultura es un bien? Juan Pablo II lo expresó magistralmente cuando recordó que «la cultura es aquello a través de lo cual el hombre, en cuanto hombre, se hace más hombre, “es” más, accede más al “ser”» (*Discurso a la UNESCO*, 2 de junio de 1980). Por medio de la cultura, en efecto, el ser humano «afina y desarrolla sus múltiples cualidades espirituales y corporales; pretende someter a su dominio, por el conocimiento y el trabajo, el orbe mismo de la tierra; hace más humana la vida social» (*Gaudium et Spes*, 53). Si la cultura es un bien, debe estar entonces al alcance de todos y no ser un lujo reservado a algunas élites.

La cultura, sin embargo, es algo más que la simple voluntad individual por adquirir nuevos conocimientos. Tiene una fundamental dimensión histórica y comunitaria y se nos presenta como un gran esfuerzo por brindar una visión que dé sentido a toda la vida, abarcando todos sus aspectos. A este respecto, la cultura está siempre marcada por una tensión que la lleva a superarse continuamente a sí misma, en una doble dirección: en sentido horizontal, hacia las demás culturas, enriqueciéndose mutuamente; y en sentido vertical, hacia la trascendencia, hacia la fuente última de la verdad, la belleza y el bien.

Podemos decir, pues, que la cultura es el *ethos* de un pueblo. Es un modo

de comportarse y, a la vez, un ideal normativo, aun cuando no siempre sea vivido y respetado. En este sentido, *ethos* y ética están estrechamente relacionados, no sólo por su etimología, sino también porque la cultura es el resultado de la praxis del hombre y, a su vez, condición del obrar humano. No hay cultura que no remita a una ética, ni una ética sin referencia a una cultura. Ambas caen o se mantienen unidas.

Una simple observación, sin embargo, pone ante nuestros ojos el fenómeno de la diversidad cultural, uno de los rasgos más característicos de nuestro tiempo, que provoca a veces un salvable cambio de costumbres y obliga a replantearse convicciones consideradas inmutables. Pero puede provocar también una dolorosa pérdida de identidad, con consecuencias difíciles de prever.

Para algunos, la diversidad cultural y de normas de comportamiento conduce inevitablemente a afirmar la inexistencia de una norma moral común y objetiva. A partir de la experiencia de la diversidad se deduce la imposibilidad de normas morales universalmente válidas. El relativismo moral sostiene que una afirmación ética sería verdadera únicamente en el contexto de una cultura determinada. No habría por tanto convicciones ni principios éticos mejores que otros, ni nadie tendría derecho a decir lo que está bien y lo que está mal.

Las tesis del relativismo cultural y del relativismo ético se han visto reforzadas por el desarrollo de la razón moderna, un proceso descrito magistralmente por el Papa, Benedicto XVI, en su lección en la Universidad de Ratisbona. En extrema síntesis, este proceso ha consistido en la reducción de la razón a la ciencia experimental, que combina la verificación empírica con la formulación matemática. Sólo sería racional entonces aquello que es susceptible de experimentación y formulable matemáticamente. Con ello, sin embargo, las grandes cuestiones de la existencia del hombre, los problemas de la ética y la estética, la metafísica y, sobre todo, el problema de Dios, quedan fuera de toda consideración, porque son pre- o a-científicos (Cf. *Discurso en la Universidad de Ratisbona*, 12 de septiembre de 2006).

Ahora bien, este estrechamiento de la razón contemporánea, conduce inevitablemente en el plano ético al subjetivismo de la conciencia. A pesar de los intentos de Kant por mantener una moral universal tras haber descartado la metafísica al afirmar que el único conocimiento racional posible es el de la ciencia, se ha de confinar la moral al ámbito puramente subjetivo: no sería posible hablar de normas morales universalmente cognoscibles. Pero entonces, «el sujeto, basándose en su experiencia, decide lo que considera admisible en el ámbito religioso y la “conciencia” subjetiva se convierte, en definitiva, en la única instancia ética»

(*Ibid.*). La consecuencia es clara: de este modo, el *ethos* y la religión pierden su capacidad para dar vida a una comunidad y se convierten en un asunto totalmente personal.

El subjetivismo ético llevado hasta el extremo conduce a la situación paradójica de tener que admitir la inmoralidad como moralmente buena. Puesto que no hay modo de determinar lo que está bien y lo que está mal, habría que concluir que todos los comportamientos son igualmente válidos. El sentido común se rebela contra esta conclusión, a la que, sin embargo, se llega necesariamente desde las premisas de partida.

La lógica de este dinamismo lleva a lo que Benedicto XVI ha denominado la *dictadura del relativismo*. Es decir, ante la imposibilidad de establecer normas comunes, con validez universal para todos, el único criterio que resta para determinar lo que está bien o lo que está mal es el uso de la fuerza, sea la de los votos, sea la de la propaganda o bien la de las armas y la coacción. «Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos» (J. Ratzinger, *Homilía en la Misa para elegir Sumo Pontífice*, 18 de abril de 2005). A partir de estos presupuestos, resultaría imposible construir o mantener la vida social.

Existe, por tanto, una distinción fundamental, de cuyo reconocimiento

depende la subsistencia misma de la comunidad humana. Esta distinción es la línea de demarcación entre el bien y el mal. Sin esta distinción, no queda otra alternativa que el reino de la arbitrariedad.

Es necesario, por tanto, subvertir el axioma del relativismo ético y postular con fuerza la existencia de un orden de verdades que trasciende los condicionamientos personales, culturales e históricos y que conserva validez permanente. Este orden es lo que la filosofía denomina la *ley natural*. No pretendo entrar ahora en la problemática en torno a este término, sino subrayar únicamente el hecho de que con esta expresión se hace referencia a un orden previo al hombre, que él no se ha dado, que ningún gobierno ha promulgado y que únicamente puede reconocer. Es la constatación de que frente al derecho positivo, que puede ser injusto, tiene que haber un derecho que procede de la naturaleza misma, del propio ser del hombre. Este derecho tiene que ser hallado y constituye el correctivo para el derecho positivo.

La idea de derecho natural presupone un concepto de naturaleza estrechamente asociado al de razón. Presupone la idea de que la naturaleza está permeada de razón, de que hay en ella un *logos* que el hombre con su razón, participación e imagen del *Logos* creador, puede reconocer. La ciencia misma, a la que debemos increíbles avances en todos los campos, resultaría imposible

sin aceptar una racionalidad en la naturaleza. Más aún, si el mundo es mero producto de lo irracional, nuestra misma libertad es, a la postre, una ilusión.

La ley natural aparece así como una especie de «gramática» trascendente que permite el diálogo entre los pueblos, es decir, un conjunto de reglas de actuación individual y de relación entre las personas en justicia y solidaridad, que está inscrita en las conciencias, en las que se refleja el sabio proyecto de Dios.

La Iglesia no pretende imponer su visión de las cosas a todos los hombres, como si tuviese la exclusiva del discernimiento moral. Sin embargo, no puede renunciar al profundo conocimiento que tiene del hombre y de la sociedad. Ella es experta en humanidad y desea ofrecer respetuosamente su contribución para la creación de la sociedad de los hombres en medio de los que vive.

En este punto, el pensamiento de algunos teóricos, como John Rawls o Jürgen Habermas, ha defendido la necesidad de la contribución de las confesiones religiosas al debate público (Cf. Benedicto XVI, *Discurso a la Universidad de la Sapienza*, 17 de enero de 2008; J. Habermas, «*Vorpolitische Grundlagen des demokratischen Rechtsstaates?*», en J. Habermas – J. Ratzinger, *Dialektik der Säkularisierung*, 34). Éstas, en definitiva, desempeñan un papel social no sólo como elementos de integración social, que prestan subsidiariamente servicios

sociales a la comunidad, sino también como fuente de saber y conocimiento.

A este respecto, el Papa, Juan Pablo II, recordaba que el principio de la libertad religiosa entendido en su sentido pleno, es como la prueba de los demás derechos. Y recordaba que, «del mismo modo que se daña a la sociedad cuando se relega la religión a la esfera privada, también la sociedad y las instituciones civiles se empobrecen cuando la legislación -violando la libertad religiosa- promueve la indiferencia religiosa, el relativismo y el sincretismo religioso, quizá incluso justificándolos mediante una comprensión errónea de la tolerancia. Por el contrario, todos los ciudadanos se benefician cuando se respetan las tradiciones religiosas en las que cada pueblo está arraigado y con las que las poblaciones generalmente se identifican de un modo particular» (*Discurso a la Asamblea de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa*, 10 de octubre de 2003).

La objeción que se adivina inmediatamente es que en la sociedad actual, las iglesias y las confesiones religiosas deben limitar su actuación al ámbito puramente personal de los individuos que quieran adherirse a ellas, pero no tendrían algún lugar en la constitución de una ética social. El Estado moderno, se afirma, debe estar por encima de las religiones, las cuales, en muchos casos, no son vistas de modo positivo y equilibrado.

La sana laicidad conlleva, naturalmente, la distinción entre religión y política, entre Iglesia y Estado. Creyentes y no creyentes encuentran el fundamento de esta distinción en las mismas palabras del Evangelio, cuando Jesús recordó que había que dar «al César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios» (*Mt 22,21*). Pero esta misma laicidad no puede significar que Dios sea una hipótesis puramente privada o que excluya la religión y la Iglesia de la vida pública. La célebre frase de Hugo Grocio *etsi Deus non daretur*, interpretada erróneamente como la fundamentación del ordenamiento político «como si Dios no existiese», significaba, para los jusnaturalistas del siglo XVIII, más bien la necesidad de establecer principios que tuviesen validez permanente «aun en la hipótesis de que Dios no existiera», es decir, con validez permanente para todos.

Como contribución de los cristianos a la construcción de la sociedad, el entonces cardenal J. Ratzinger, desde el marco sugestivo de Subiaco, poco antes de ser elegido Sucesor de San Pedro, lanzó al mundo una propuesta que yo me permito hoy evocar ante todos Ustedes: «el intento, radicalizado, de plasmar las vicisitudes humanas prescindiendo completamente de Dios, nos lleva cada vez más al borde del precipicio, a la marginación total del hombre. Deberíamos transformar completamente el axioma de los ilustrados y decir: también quien no fuese capaz de encontrar el camino para aceptar a Dios debe-

ría, en cualquier caso, vivir y orientar su vida *veluti si Deus daretur*, como si Dios existiese. Éste es el consejo que ya Pascal daba a sus amigos no creyentes; y es el consejo que quisiéramos dar a nuestros amigos que no creen. Esta invitación no limita la libertad de nadie y ofrece a todas las vicisitudes de nuestra vida el apoyo y el criterio que necesitan urgentemente» (J. Ratzinger, *L'Europa nella crisi delle culture*, Subiaco 1 aprile 2005. Ed. Cantagalli, Siena 2005. Edición multilingüe, con el texto español 75-84, aquí, 83).

Llegamos así al final de nuestro recorrido y retomamos la pregunta inicial. ¿Cuál es la contribución de la cultura cristiana al fundamento de una ética del vivir humano?

La respuesta podría ser ésta: presentándose como la religión del *logos* y del amor, la Iglesia ofrece una sabiduría milenaria, que pone a disposición de todos los pueblos y todas las culturas, convencida además de que es posible un diálogo y un enriquecimiento mutuo. En este sentido, se presenta ante la sociedad como memoria y como recuerdo de la existencia de un fundamento de los valores. Se presenta, en definitiva como testigo de lo imperecedero. Ella, al proponer con respeto su propia visión del hombre y de los valores, contribuye a la creciente humanización de la sociedad. La fe, por tanto, no destruye cultura alguna, sino que coopera a la purificación de todo lo que entorpece la dignidad, los derechos y el desarrollo

de las personas y de todo lo que se opone a la humanización de la sociedad. Si en una nación crecen los ambientes y actitudes deshumanizantes, algo está sustancialmente dañado en el *ethos* de ese pueblo. La fe contribuye además a dar plenitud a todo lo bueno, verdadero y bello, abriendo al hombre a una visión siempre más elevada de sí mismo y de su convivencia en sociedad. Una convivencia sin valores es igual a una cultura sin ética, es una cultura deshumanizada y deshumanizadora que invierte la escala de valores y coloca el mundo al revés.

Precisamente porque toda sociedad digna se basa sobre el principio del valor supremo del hombre, de su responsabilidad ante la historia y ante sus semejantes, necesita el recuerdo permanente de valores perdurables, que existían antes de que él fuese y que seguirán existiendo después.

La sociedad necesita personas que manifiesten con sus vidas la existencia de unos valores fundamentales y dignificantes, necesita testigos que con sus vidas trabajen para recordar a todos los hombres el valor de la conciencia, santuario de Dios en el hombre, y de la verdad.

Los cristianos, mediante figuras como la del Padre Varela y una muchedumbre incontable de audaces personas semejantes a él, no piden más que poder dar testimonio de esta verdad entre sus contemporáneos.

Distinguidas Señoras y Señores, hemos reflexionado sobre la cultura como apoyo e inspiración para la ética. La cuestión es encontrar caminos concretos para que cultura y ética, Iglesia y sociedad, puedan colaborar en la construcción de un mundo más humano, anclado en los grandes valores de nuestra historia: la libertad, la paz, la solidaridad, la justicia y el desarrollo integral de la persona, de todo el hombre y de todos los hombres.

Permítanme que concluya con las palabras finales que el Santo Padre había escrito para su discurso en la Universidad de *La Sapienza* de Roma, que no pudo pronunciar personalmente por motivos de sobra conocidos.

El Papa, dirigiéndose a los universitarios de Roma, respondía a la pregunta «¿Qué tiene que hacer o qué tiene que decir el Papa en la universidad?». Nosotros podemos parafrasear esta cuestión preguntando «¿Qué tiene que hacer o decir la cultura cristiana como fundamento ético del vivir común?». La respuesta que dio entonces, estimo que conserva toda su validez para nosotros: El Papa, -la Iglesia católica, los cristianos podríamos decir-, «seguramente no debe[n] tratar de imponer a otros de modo autoritario la fe, que sólo puede ser donada en libertad... De acuerdo con la naturaleza intrínseca de su ministerio pastoral, tiene[n] la misión de mantener despierta la sensibilidad por la verdad; invitar una y otra vez a la razón a buscar la verdad,

a buscar el bien, a buscar a Dios; y, en este camino, estimularla a descubrir las útiles luces que han surgido a lo largo de la historia de la fe cristiana y a percibir así a Jesucristo como la Luz que ilumina la historia y ayuda a encontrar el camino hacia el futuro» (*Alocución preparada para la inauguración del año académico en la Universidad La Sapienza de Roma*, 17 de enero de 2008).

Muchas gracias a todos.

Homilía en la Santa Misa celebrada en la Casa de Retiros Espirituales de las Hijas de María Auxiliadora

Peñalver, La Habana, Martes, 26 de febrero de 2008

«¡Los que confían en ti no quedarán defraudados!» (*Dn 3,30*)

Siento un gran gozo al poder encontrarme con todos Ustedes en esta casa, donde se respira un ambiente de paz, y que se puede considerar como el símbolo de una presencia salesiana ininterrumpida.

Dirijo mi cordial y fraterno saludo a los Hermanos Obispos, a los Sacerdotes, a las Religiosas Hijas de María Auxiliadora y a todos Ustedes, amados hermanos en el Señor.

La primera lectura que hemos escuchado presenta una súplica conmove-

dora al Señor en un momento de necesidad extrema: Azarías, junto a Ananías y Misael, están en medio del fuego dispuestos a sufrir el martirio antes que traicionar su fe. Habían sido condenados por negarse a adorar una estatua de Nabucodonosor. Apoyándose en la fidelidad de Dios, prefieren la muerte que les espera a convertirse en siervos de un falso dios, que sólo puede manifestar su poder castigándolos, pero no salvándolos.

El cántico de Azarías muestra que Dios no es fuente de desgracias sino de salvación. La oración de estos jóvenes, por tanto, no se dirige al que inflige el mal para aplacar su cólera, sino al que promete salvación para que la lleve a término. Por eso no se someten con impotencia al rey extranjero esperando su favor, sino que, a pesar de la desdicha, ponen su esperanza en el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. En su plegaria de intercesión, estos muchachos recuerdan que la palabra dada por Dios a los patriarcas se cumplirá. Las promesas del Señor no fallarán.

Lo que pasó a Israel sucede al pueblo de Dios en todas las épocas, antiguas o modernas, en las que no falta quien pretende ocupar el lugar que corresponde a Dios. A menudo, el hombre se empeña en convertir en dioses aquello que es sólo hechura de sus manos, “seres de polvo que no pueden salvar” (*Sal 145*).

Cuando el creyente percibe que el hombre tiene poder para castigar pero

no para redimir, para destruir pero no para crear o recrear la vida, se siente agobiado por quien intenta imponerse por medio de la opresión, y eleva su voz al Dios verdadero. Y Dios le manifiesta que su misericordia es eterna y su fidelidad dura por siempre.

Pero si esto es así, si a pesar de nuestra iniquidad, la bondad divina es perenne; si nuestro pecado hace resaltar la grandeza y la fidelidad de Dios, ¿no cabría un abuso de su misericordia? Por eso, en el pasaje evangélico escuchado, Pedro plantea una cuestión importante: ¿Es justo perdonar siempre o se ha de poner un límite? Perdonar continuamente, ¿no es acaso una forma de banalizar la injuria, alentar la injusticia y abrir la puerta a la prepotencia?

Jesús responde a Pedro que no es así, porque el paradigma del perdón es el modo por el que Dios misericordioso actúa. Su perdonar es el ofrecimiento constante de su amor, el cual requiere ser correspondido por el hombre y, por tanto, una conversión interior para crear un corazón que ama y se siente amado. De esta manera no se alienta la injusticia ni hay lugar para la prepotencia, sino para la confianza y la benevolencia sin límites.

En Cristo, esta presencia de la misericordia divina se ha revelado como definitiva y universal, enseñándonos la necesidad de llevar a la vida de cada uno, y a la historia de la humanidad, un deseo de conversión, sin dejarse atena-

zar por el peso de los agravios ni cegar por pretensiones egoístas e interesadas. Contamos para ello con una nube de testigos que interceden por nosotros.

San Juan Bosco forma parte de esa muchedumbre de preclaros testigos que nos hacen cercano a Jesús. Creando en el Oratorio un hogar humano para la acogida de los jóvenes pobres y abandonados, derramó en los demás la gracia que llenaba su corazón y cumplió con los jóvenes la misión de Cristo, que concentró su mensaje en el mandamiento supremo de la Nueva Ley: “Que se amen unos a otros como yo les he amado a Ustedes” (*Jn 15,12*). Don Bosco vive esta reciprocidad del amor en su entrega a los jóvenes, como revela su sistema educativo basado en el amor. Sabía que “la educación es cosa del corazón y sólo Dios es el dueño” (*Epistolario 4, 209*).

Bien saben Ustedes, queridos Hermanos, que Don Bosco añadió la práctica de la delicadeza a su sistema educativo. Al amor paterno y preventivo, añadió aquella amabilidad que invita a la persona amada a corresponder a ese amor, superando todas las barreras y deficiencias. Así rescató a multitud de jóvenes de un ambiente malsano. Logró que se entusiasmaran con el ideal de la santidad, que recuperaran el sentido de la gracia y del pecado y que se abrieran a la amistad de Jesús y de María.

Esta importante tarea no era necesaria sólo en su tiempo. Sé que todos

Ustedes están empeñados en ella y realizan este hermoso quehacer con ahínco y constancia.

San Juan Bosco intuyó en el misterio de la Virgen Inmaculada que el educador debe amar a sus discípulos con antelación, como Dios amó a la futura Madre de su Hijo. Por eso le gustaba atribuir a Nuestra Señora toda la obra del Oratorio: “Todo ha sido hecho por ella”, decía con frecuencia.

Don Bosco sabía que podían ponerse bajo el amparo de María, Madre amable, las necesidades materiales y afectivas de los jóvenes. Siguiendo este ejemplo, también yo quiero en este momento encomendar a la protección de Nuestra Señora toda la benemérita labor que la familia Salesiana está llevando a cabo en esta hermosa tierra desde hace muchos años.

En este sentido, no puede faltar una palabra de especial reconocimiento, que me consta es compartido por innumerables personas de este País, para Sor Gesuina Flaminia Lecchi Alborggetti, bergamasca, quien, nada más profesar como Hija de María Auxiliadora en agosto de 1930, viajó a esta noble Nación y, desde entonces, se encuentra aquí sirviendo con abnegación y modélica solicitud a Dios y a sus hermanos. La felicito sinceramente porque he sabido que pronto cumplirá, si Dios quiere, los setenta y ocho años como Misionera en Cuba y cien años de edad.

Pongo en las manos de María Santísima a esta Hermana nuestra y a tantos otros agentes de pastoral que se han consagrado de forma especial a anunciar el Evangelio de la caridad en medio de los jóvenes y de los que sufren.

Que la Virgen, Modelo de educadora, nos ayude a enseñar a los que nos rodean el valor de la oración de intercesión por las necesidades de los demás, del perdón que abre caminos de paz y reconciliación, de la paciencia que ama y espera, de la concordia que enaltece y dignifica a los pueblos, para que con estos sentimientos en nuestro interior, todos crezcamos en gracia y en sabiduría, como Jesús bajo la maternal mirada de María (Cf. *Lc* 2,39-40).

Amén.

Discurso a los profesores y alumnos de la Escuela Latinoamericana de medicina (ELAM)

La Habana, martes 26 de febrero de 2008

Honorables Autoridades, señores de la Junta Rectora de esta insigne Institución, estimados Profesores, queridos alumnos y alumnas de la Escuela Latinoamericana de Medicina, señoras y señores, amigos todos.

Es un inmenso honor hallarme en esta Ilustre Escuela Latinoamericana

de Medicina. Correspondo a las atentas palabras de bienvenida que me han sido dirigidas con mi sincera gratitud y estima. Reciban todos Ustedes el afecto de Su Santidad, Benedicto XVI, que me encargó encarecidamente que les transmitiera su cercanía espiritual y su cordial aprecio.

Han pasado ya diez años desde el memorable viaje del Santo Padre, Juan Pablo II a esta tierra bendita de Cuba, que Cristóbal Colón consideró «la más hermosa que ojos humanos hayan visto jamás». Dios me concede seguir las huellas de quien vino como *mensajero de la verdad y la esperanza* —como decía el lema de su Visita pastoral—, porque fue servidor del Evangelio de Cristo. Este Evangelio, como él mismo precisó en su Homilía en La Habana, no es «en absoluto una ideología o un sistema económico o político nuevo, sino un *camino de paz, justicia y libertad verdaderas*» (25 de enero 1998, n. 3).

Al encontrar a la comunidad de la Escuela Latinoamericana de Medicina, me viene a la mente la atención que el Santo Padre dedicó al mundo del dolor en el Santuario de San Lázaro. Con las palabras que pronunció en aquella ocasión, los saludo hoy a todos Ustedes, «que con competencia y dedicación utilizan los recursos de la ciencia para aliviar el sufrimiento y el dolor. La Iglesia estima su labor pues, animada por el espíritu de servicio y solidaridad con el prójimo, recuerda la obra de Jesús que “curaba a los enfermos” (*Mt* 8,

16). Conozco –continuó diciendo en esa misma circunstancia el venerado Pontífice– los grandes esfuerzos que se hacen en Cuba en el campo de la salud, a pesar de las limitaciones económicas que sufre el País» (24 de enero 1998, n.1). También yo quiero sumarme hoy a esos mismos sentimientos y expresar mi agradecimiento a la noble Nación cubana por este continuado esfuerzo académico, que permite a estudiantes de toda América Latina formarse en un campo tan fundamental para el desarrollo de los pueblos como es el de la salud.

Me dirijo ante todo a los estudiantes que frecuentan las aulas de esta prestigiosa entidad universitaria. Vuestra presencia me hace revivir gratísimos recuerdos personales. No puedo olvidar los años que dediqué a la enseñanza del Derecho público eclesiástico, de 1978 a 1991, ni los rostros de tantos jóvenes estudiantes que he tenido la oportunidad de encontrar en ambientes educativos y que, con el pasar del tiempo, han asumido relevantes responsabilidades en la vida social y eclesial. La formación adquirida en sus años de estudio e investigación los ha capacitado para ofrecer un cualificado servicio a pueblos de todo el mundo.

Hoy, gracias a la amable invitación de las autoridades académicas, vuelvo a estar entre jóvenes estudiantes que se preparan en esta Escuela Universitaria para servir a sus semejantes. Veo en este encuentro la realización de un

deseo expresado por Juan Pablo II en la Universidad de La Habana: «*La Iglesia y las instituciones culturales de la Nación deben encontrarse en el diálogo, y cooperar así al desarrollo de la cultura cubana.* Ambas tienen un camino y una finalidad común: servir al hombre, cultivar todas las dimensiones de su espíritu y fecundar desde dentro todas sus relaciones comunitarias y sociales» (23 de enero de 1998, n.6).

Distinguidos Señores, permítanme que hoy, como parte de este diálogo, les presente algunos aspectos del pensamiento de la Iglesia sobre la universidad y sobre la dimensión humanitaria de la medicina.

Es bien sabido que la Iglesia entiende la Universidad como una *comunidad comprometida en la búsqueda de la verdad y en el servicio a los hombres y a sus derechos fundamentales*. La centralidad de la persona y su dignidad inviolable reclaman de la Universidad una propuesta pedagógica integral. Esta perspectiva no debe quedar desatendida aunque el contexto contemporáneo parezca otorgar primacía absoluta a la técnica experimental, olvidando de este modo que toda ciencia debe defender siempre al hombre y promover su búsqueda del bien auténtico. «Conceder más valor al ‘hacer’ que al ‘ser’, ha dicho el Papa, Benedicto XVI, no ayuda a restablecer el equilibrio fundamental que toda persona necesita para dar a su existencia un sólido fundamento y una finalidad válida. En efecto, todo

hombre está llamado a dar sentido a su obrar sobre todo cuando se sitúa en el horizonte de un descubrimiento científico que va contra la esencia misma de la vida personal» (*Discurso en la Pontificia Universidad Lateranense con motivo de la inauguración de año académico*, 21 de octubre de 2006). Dejarse llevar por el gusto del descubrimiento sin salvaguardar los criterios que derivan de una visión más profunda induce a una engañosa ilusión que puede tener consecuencias desastrosas para nuestra vida y la de los demás.

Ustedes, queridos jóvenes, no sólo son estudiantes de medicina; son personas que se interrogan sobre el sentido de su existencia y de sus actos; también sobre el sentido de estos años de estudio y de esa ciencia adquirida, que en el futuro podrán usar para el bien o –Dios no lo quiera– en perjuicio de sus hermanos.

La *dimensión integral* de la formación universitaria y la *búsqueda de la verdad* se ve favorecida por el diálogo abierto entre las diversas disciplinas universitarias. Por eso, la necesaria especialización de los estudios superiores no debería fragmentar el saber, ni empobrecer otras vertientes de la formación intelectual, humana y religiosa. La apertura de la razón a todas sus dimensiones y a la fe, quedando a salvo siempre la debida especialización que requiere todo estudio universitario serio, aunque pueda ser facilitada por la organización universitaria misma, es

tarea de cada profesor y estudiante. En este sentido, valoro los esfuerzos que se hacen con el fin de que los estudiantes tengan espacios para participar en las actividades pastorales, litúrgicas y catequéticas que la Iglesia católica y las demás Confesiones cristianas ofrecen en todo el País. De hecho, la mayor parte de sus estudiantes son católicos. Animo a los alumnos a integrarse en los diversos grupos de oración, en los grupos “pro-vida”, con el fin de ayudar a las jóvenes que se encuentran en dificultad y piensan erróneamente en la solución del aborto cuando quedan embarazadas, así como a ser audaces testigos del Evangelio en medio de este ambiente educativo.

Como Ustedes bien saben, el estar lejos del propio país y de la familia provoca una sensación de soledad y desarraigo que puede ser muy dañina. En efecto, esto induce a veces a perder los propios valores y caer en una deriva existencial. Por eso, es de suma importancia no olvidar los mandamientos de Dios ni las enseñanzas de la Iglesia. De este modo, mantendrán mejor una fuerza espiritual positiva, que les permitirá también ayudar a los demás. Para los que son católicos, un buen número de Ustedes, he de añadir, además, la gracia inestimable que se recibe en el encuentro con la misericordia de Dios, especialmente mediante el Sacramento de la Penitencia.

La formación religiosa les facilitará madurar como personas y como médi-

cos, sin que esto comporte detrimento alguno para su formación académica. De este modo, los años pasados en Cuba les servirán, no sólo para ser profesionales competentes, sino también para afianzar la amistad con Cristo, al que han conocido desde niños en sus familias y países de origen. Estos espacios de vida cristiana en la universidad son expresión del derecho inalienable a la libertad religiosa que toda persona tiene y que les invito a seguir cultivando (Cf. Juan Pablo II, *A los miembros de la Conferencia Episcopal Cubana recibidos en el Arzobispado de La Habana*, 25 de enero de 1988, n. 3).

Queridos estudiantes, en cuanto personas jóvenes, Ustedes están viviendo ese momento importante de la vida en el que someten a crítica las múltiples propuestas que se encuentran en el camino y escrutan las convicciones y pautas que orientan la vida. La libertad que les permite optar por la verdad, por el bien, por la justicia y, en definitiva, por la persona de Jesucristo, debe ser conquistada una y otra vez (Cf. Benedicto XVI, *Encuentro con el mundo de la cultura en la Universidad de Ratisbona*, 12 de septiembre de 2006). No olviden que Cristo nunca los apartará de todo aquello que contribuya a su bien y los haga progresar en un conocimiento que los dignifique auténticamente. Antes bien, los impulsará a buscar las correctas relaciones entre teoría y praxis, es decir, entre conocimiento y acción. En nuestros días, sin embargo, el hombre corre el peligro de rendir-

se ante la cuestión de la verdad. Y eso conlleva que la razón, al final, se doblega ante la presión de los intereses y ante el atractivo de la utilidad, como si fuera ésta el criterio último. Para evitar este riesgo, el Papa transmitía recientemente a la Universidad un mensaje en el que invitaba «a la razón a buscar la verdad, a buscar el bien, a buscar a Dios; y, en este camino, estimularla a descubrir las útiles luces que han surgido a lo largo de la historia de la fe cristiana y a percibir así a Jesucristo como la Luz que ilumina la historia y ayuda a encontrar el camino hacia el futuro» (*Alocución preparada para la Universidad "La Sapienza" de Roma*, 17 de enero de 2008).

Quisiera concretar esta alta visión de la Universidad con relación a las aspiraciones de Ustedes como estudiantes de Medicina. Para ello, me remonto nuevamente a la visita del Papa, Juan Pablo II, a Cuba y a aquella pregunta fundamental que Su Santidad planteó a los jóvenes reunidos en Camagüey, tomada de un versículo del Salmo 119: «¿Cómo podrá el joven llevar una vida limpia? ¡Viviendo de acuerdo con tu palabra!» (*Homilía en la Eucaristía celebrada en la plaza Ignacio Agramonte de Camagüey*, 23 de enero de 1998, n.3).

El recordado Pontífice constataba que, por desgracia, muchos jóvenes caen fácilmente en un relativismo moral, víctimas de esquemas culturales vacíos de sentido o de ideologías que no ofrecen normas morales altas y precisas. Este relativismo moral sólo ge-

nera «egoísmo, división, marginación, discriminación, miedo y desconfianza hacia los otros» (*Ibid*).

En el actual ambiente cultural e intelectual del relativismo, que consiste en no reconocer nada como definitivo y afirmar que no hay verdades o valores absolutos en materia moral, ¿dónde podrá un joven –cualquier joven, creyente o no en Jesucristo– encontrar verdades y valores perdurables? En la ley moral natural.

Esta ley muestra al hombre el camino que debe seguir para practicar el bien y alcanzar su fin y le indica los preceptos primeros y esenciales que rigen la vida moral. Se llama natural «no por referencia a la naturaleza de los seres irracionales, sino porque la razón que la proclama pertenece propiamente a la naturaleza humana» (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1955).

Su Santidad, Benedicto XVI, atribuye a esta doctrina una gran relevancia para el buen funcionamiento de la vida en sociedad, pues sobre la base de la ley natural, que puede ser descubierta por todos los hombres, es posible «entablar el diálogo de los creyentes con todos los hombres de buena voluntad y, más en general, con la sociedad civil y secular» (*A la sesión plenaria de la Comisión Teológica Internacional*, 5 de octubre de 2007). Esa ley señala el valor sagrado de la vida humana, desde su inicio hasta su término natural, y afirma el derecho de cada ser humano a que se

respete totalmente este bien primario suyo. En el reconocimiento de este derecho se fundamenta la convivencia humana y la misma comunidad política (Cf. *Evangelium vitae* n. 2). Esa ley moral natural nos dice igualmente que «no todo lo que es científicamente factible es también éticamente lícito»; nos recuerda asimismo que el hombre no puede ser reducido a material biológico, que es “alguien” y no “algo” (Benedicto XVI, *A los participantes en la Sesión plenaria de la Congregación para la Doctrina de la Fe*, 31 de enero de 2008). «La técnica –enseña también el Papa, Benedicto XVI–, cuando reduce al ser humano a objeto de experimentación, acaba por abandonar al débil al arbitrio del más fuerte. Fiarse ciegamente de la técnica como única garante de progreso, sin ofrecer al mismo tiempo un código ético que hunda sus raíces en la misma realidad que se estudia y desarrolla, equivaldría a hacer violencia a la naturaleza humana, con consecuencias devastadoras para todos» (*A los participantes en el Congreso Internacional sobre la Ley Moral Natural organizado por la Pontificia Universidad Lateranense*, 12 de febrero de 2007).

Esa ley puede ser conocida mejor por una conciencia educada y dispuesta para abrirse al bien y a la verdad. De ahí la importancia de la educación. Por el contrario, como dice el Papa, «si falta una formación continua y cualificada, resulta aún más problemática la capacidad de juicio en los problemas planteados por la biomedicina en ma-

teria de sexualidad, de vida naciente, de procreación, así como en el modo de tratar y curar a los enfermos y de atender a las clases débiles de la sociedad» (*A los participantes en la Asamblea General de la Pontificia Academia de la Vida*, 24 de febrero de 2007). Les invito, por tanto, a que se dejen interpelar por los criterios morales que conciernen a estos temas y elaboren un juicio recto de ellos en su conciencia.

Ustedes, conscientes de la grandeza y alcance de esta noble ciencia de la medicina, no ignoran que el servicio que prestan a la sociedad es un testimonio vital y elocuente de la trascendencia y valor de la persona humana. La solidaridad que Ustedes practican por profesión les ofrece una oportunidad, formidable y concreta a la vez, de reconocer en cada contacto con el paciente su dignidad humana y la posibilidad de crear una sociedad cada vez más justa y equitativa.

Hoy día aparece como un ideal dominante la adquisición de la felicidad permanente, entendida como exaltación del bienestar material y supresión del sufrimiento. El ejercicio de su profesión les permite, sin duda, comprender con mayor profundidad el dolor y el sufrimiento, que no son incompatibles con la dignidad de la persona humana. Les exhorto a que en su trato con los enfermos no sólo descubran los dolores físicos, sino además esos dolores espirituales que, con tacto y afecto, podrán también aliviar.

Aprendan, queridos jóvenes, a asistir al enfermo en esos momentos de crisis que la enfermedad conlleva inevitablemente. A Ustedes les corresponderá la gracia y el honor de acompañar con solicitud y amor a nuestros hermanos dolientes y afligidos. Estoy seguro que lo harán con todo esmero, con una gran rectitud de corazón y con una caridad que en ocasiones llegue hasta el heroísmo.

En esto, les servirá de estímulo y ejemplo el modo en que Cristo amaba a los enfermos, recordándoles que los seres humanos precisan siempre algo más que una mera atención técnicamente correcta. Necesitan humanidad y trato cordial. Cuantos trabajan en las instituciones sanitarias, por tanto, están llamados a distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, se requiere, además de la preparación profesional, una “formación del corazón” (Cf. *Deus Caritas est*, n. 31).

El Papa, Benedicto XVI, profundamente convencido de que la caridad de Cristo crea “humanidad” en los corazones, transmitió con vigor a los jóvenes esta persuasión al inicio de su pontificado, subrayando que el cristianismo no destruye nada de lo que hace la vida libre, bella y grande, sino que lleva lo verdaderamente hu-

mano a su plenitud. Y nada hay más humano que el amor. «Hoy –dijo en aquella ocasión–, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo» (*Homilía en la Misa de inauguración del ministerio petrino como Obispo de Roma*, 24 de abril de 2005).

Al concluir este encuentro con todos Ustedes, deseo que estas sencillas reflexiones les sirvan para su vida, a la vez que «los aliento a seguir trabajando juntos, animados por los principios morales más elevados para que el conocido dinamismo que distingue a este pueblo produzca abundantes frutos de bienestar y prosperidad en beneficio de todos» (Juan Pablo II, *Discurso de despedida en el aeropuerto internacional José Martí de La Habana*, 25 de enero de 1998).

Dejo estas intenciones en manos de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre con la misma oración que le dirigió Juan Pablo II: «Haz de la nación cubana un hogar de hermanos y hermanas para que este pueblo abra de par en par su mente, su corazón y su vida a Cristo, único Salvador y Redentor» (*Homilía en la Misa celebrada en la Plaza Antonio Maceo de Santiago de Cuba*, 24 de enero de 1998, n. 6).

Muchas gracias.

Saludo y declaración final del Cardenal, Tarcisio Bertone, al término de su visita a Cuba

Martes, 26 de febrero de 2008

Al acercarse el momento de mi partida, deseo expresar mi profunda gratitud a quienes hicieron posible las magníficas jornadas pastorales que he podido vivir en esta querida Nación para conmemorar el X Aniversario de la visita del Papa, Juan Pablo II, a Cuba.

Agradezco de modo especial al señor cardenal Jaime Ortega, arzobispo de La Habana, a monseñor Juan García, arzobispo de Camagüey y Presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, a los Obispos de las Diócesis que he visitado: Santiago de Cuba, Santa Clara y Guantánamo-Baracoa, y a todos mis hermanos obispos, con quienes he compartido el pan de la eucaristía, así como los retos pastorales, las angustias y aspiraciones de la Iglesia en Cuba. He visto en cada uno de ellos al *buen pastor* que conoce a sus ovejas, es decir al pueblo de Dios que les ha sido confiado, hombres probados en su fidelidad al Sucesor de Pedro y en el servicio a su patria. Asimismo llevo en mi memoria los encuentros con la vida religiosa y los seminaristas.

Quiero manifestar también mi reconocimiento a los representantes del gobierno por su solicitud y atenciones. Deseo ver en estas jornadas un nuevo impulso en el camino de las relacio-

nes entre la Iglesia y las autoridades de Cuba. Estas relaciones serán siempre desafiantes, pero también llenas de oportunidades para promover el bien común de los cubanos.

Deseo también significar mi agradecimiento especial al Presidente de la República de Cuba, Raúl Castro Ruz, quien tan gentilmente ha querido escuchar al enviado del Santo Padre, Benedicto XVI. Al inicio de su nueva responsabilidad, le he deseado éxitos en esta misión al servicio de su país y le he confirmado el compromiso de la Santa Sede de promover el acercamiento del mundo a Cuba y compartir convergencias sobre temas internacionales. Juntos, en un diálogo personal, hemos hablado sobre la Iglesia, sobre Cuba y los cubanos en el momento actual, con particular referencia a los retos que presenta el mundo de los jóvenes. Como todos saben, muchas personas que sufren en el cuerpo y en el espíritu manifiestan sus aspiraciones y anhelos a la Iglesia Católica, tanto en Roma como en Cuba. Atendiendo a estas peticiones, y en el máximo respeto de la soberanía del país y de sus ciudadanos, he expresado al Presidente, Raúl Castro, la preocupación de la Iglesia para con los presos y sus familiares.

En estos días, de gran intensidad física y espiritual, he recibido numerosos regalos. Espero sepan perdonarme si destaco el regalo que más me ha conmovido: el cariño de los cubanos. He sentido este cariño en cada una de las

diócesis que he visitado, en las celebraciones eucarísticas públicas que he presidido, en el rezo del Santo Rosario con los jóvenes en el Santuario de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, en los caminos, calles y plazas donde centenares de personas saludaban al enviado del Santo Padre, Benedicto XVI. En este regalo aprecio, además, cuán vivos están el mensaje y la imagen del Papa, Juan Pablo II, en los hijos de esta tierra, a quienes él quiso de un modo especial. Tengo la particular satisfacción de haber podido inaugurar y bendecir en Santa Clara un bello y expresivo monumento en honor del recordado Papa, fruto de una sana colaboración entre la Iglesia y las autoridades civiles. Además, como significativo momento de encuentro con el mundo cultural cubano, he apreciado la posibilidad de pronunciar una conferencia en la Universidad de La Habana sobre "*La Cultura y los fundamentos éticos del vivir humano*", así como el encuentro con profesores y alumnos de la Escuela Latinoamericana de Medicina.

He visto también, en esas muestras de cariño, la alegría de un pueblo que necesita y quiere vivir la esperanza. Como Secretario de Estado de Su Santidad, y junto a mis hermanos obispos de Cuba, soy consciente del particular momento de la historia de vuestro país en que hemos celebrado juntos el décimo aniversario de la visita del Siervo de Dios, Juan Pablo II, a esta Isla. Me voy, como lo hizo él hace diez años, con «una gran confianza en el futuro

de su patria» (Juan Pablo II, *Discurso de despedida*, La Habana, 25 de enero de 1998), deseando que los hijos de Cuba hagan crecer su esperanza en Dios, inspirador de toda bondad, y en sus coterráneos, con quienes comparten el espacio y el destino común. En nombre del Papa a todos les digo: *la esperanza salva*.

Renuevo a todos los cubanos, ciudadanos y autoridades, creyentes y no creyentes, la cercanía de la Iglesia y la certeza de la oración y el cariño del Santo Padre, Benedicto XVI.

¡Dios bendiga a Cuba y a su pueblo, que tanto ama a la Virgen de la Caridad!

IGLESIA EN EL MUNDO

CÁRITAS INTERNACIONAL

La miseria es la causa principal de la trata de personas

Ponencia que ha presentado Caritas Internationalis en la Iniciativa mundial contra la trata de seres humanos del Departamento de la ONU sobre Drogas y Criminalidad, en Viena, que se ha celebrado, que se ha celebrado del 13 al 15 de febrero de 2008.

Caritas Internationalis, una red de 162 organizaciones humanitarias católicas de ámbito nacional, exige políticas de migraciones y económicas que puedan reducir la vulnerabilidad de la población ante la trata de personas, así como la urgencia de afrontar las causas raíces de este fenómeno, con la adopción de medidas duraderas, para alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

Combatir la trata de personas significa defender la dignidad humana, luchar contra la pobreza y defender los derechos humanos. Todos estos factores son esenciales en la misión y las actividades de Caritas.

Caritas condena con determinación la trata de seres humanos, “creados a imagen y semejanza de Dios pero tratados como esclavos”, porque son acciones criminales, que violan los derechos humanos fundamentales y la inviolable dignidad e integridad de la persona humana.

La pobreza estimula la trata que, con frecuencia, se agrava con la violencia, la injusticia y la carencia de oportunidades.

Todo ello hace que la gente sea vulnerable ante los delincuentes. En una legítima búsqueda de condiciones de vida decentes, o simplemente de supervivencia, centenares de millares de personas - sobre todo mujeres - abandonan sus comunidades y se sienten atraídas o atrapadas en la esclavitud.

Caritas exhorta a los líderes de todo el mundo, sobre todos a los de las naciones más ricas, para que respeten sus compromisos para responder a la pobreza y alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio.

Estas numerosas promesas no mantenidas están engendrando desesperación e injusticia deshumanizadoras, eso es lo que significa la trata y la esclavitud.

Caritas está empeñada en todo el mundo en la lucha contra la trata de seres humanos:

- con acciones de incidencia a favor de los derechos y la protección de las víctimas de la trata; para conseguir le-

yes y medias eficaces contra la trata, y/o la debida potenciación de medidas ya existentes o normativas en vigor;

- mediante la sensibilización de la población ante el problema;

- permitiendo a la población la adopción de medidas necesarias ante la trata, con el fin de prevenirla;

- trabajando con grupos vulnerables para encontrar alternativas;

- ayudando y protegiendo a las personas que son víctimas de la trata;

- defendiendo políticas de emigración y económicas, que reduzcan la

vulnerabilidad de las personas ante el trata;

- trabajando en red con las autoridades, comunidades religiosas y actores relevantes de la sociedad civil internacional, con el fin de establecer asociaciones eficaces, que puedan desafiar el fenómeno de la trata de seres humanos.

Caritas ha puesto en marcha la red ecuménica COATNET (Christian Organisations against Trafficking - Organizaciones Cristianas contra la Trata), y está empeñada en colaboraciones y asociaciones eficaces, junto con órdenes religiosas de todo el mundo.



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANA

FEBRERO

Días 8 y 10: Santa Visita Pastoral a la Parroquia de San Pío X en el Arciprestazgo de Ourense Sur.

Día 12: Reunión del Consejo Episcopal.

Días 15-16-17: Santa Visita Pastoral a la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro en el Arciprestazgo de Ourense Sur.

Día 16: Celebración del cursillo sobre “O Domingo, Día do Señor” en Rivadavia.

Día 19-21 Semana de la Familia, organizada por la Delegación Diocesana de Familia.

Día 22: Encuentro del Sr. Obispo con los sacerdotes jóvenes, en el Seminario Mayor.

Segunda jornada del curso sobre la DSI (Doctrina Social del Iglesia) organizado por el Obispado y la fundación “Santa María Nai”, en el Seminario Mayor.

Conferencia de Clausura de la Semana de la Familia “Familias depredadoras, familias creadoras” pronunciada por D. Xosé Manuel Domínguez Prieto en el Ateneo de Ourense.

Día 23: Cursillo sobre los ministerio no ordenados, celebrado en el Seminario Mayor y organizado por la Vicaría de Pastoral y la Delegación Diocesana de Liturgia.

Día 27: Reunión mensual del Colegio de Arciprestes en el Seminario Mayor.



Beati Misericordes